

# ESTHER.

---

NOVELA ORIGINAL

DE

Dr. D. MIGUEL CANÉ.

---

TOMO UNICO.

---

BÜENOS AIRES.

Imprenta de MAYO, calle de Representantes N. 128.



# **BIBLIOTECA AMERICANA.**

TOMO IV.

---

**ESTHER**

FOR EL

**Dr. D. MIGUEL CANÉ.**



**Siendo esta obra propiedad del autor, perseguirá ante los tribunales á quien la reimprima sin su permiso.**



## El editor à los suscritores.

---

Al preparar para la estampa la cuarta pàgina de la Biblioteca que hoy sale à luz, habiamos pensado en señal de aprecio al presente y à los futuros colaboradores de ella, consignar en una introduccion algunas ideas relacionadas con el plan general de la obra que traemos entre manos.

Habiamos trazado ya algunas líneas, cuando recibimos la siguiente carta del Dr. D. Juan Maria Gutierrez, y no necesitamos encarecer la satisfaccion con que la leimos y el placer con que le cedemos la palabra.

Los hombres intelijentes y la juventud del Plata, sin duda agradeceràn como nosotros al laureado poeta esta bellisima disertacion, y séanos permitido ponerla al frente del volúmen, como un débil homenaje del aprecio é importancia que le damos.

En el tomo inmediato contestaremos al Sr. Gutierrez, limitàndonos ahora à felicitarle cordialmente por su brillante epístola, y à rogarle apresure la terminacion del patriótico libro que tuvo la galante-

ria de ofrecernos, para imprimirle cuanto antes. Nuestro *antiguo y querido amigo* sabe mejor que nosotros, que nada es mas convincente en estos casos que *ilustrar la teoría con el ejemplo*. Queda, pues, notificado para cumplirnos su promesa, sino puede ser en este, en todo el año de gracia de 1859.

Dice así la carta à que nos referimos.

---

Rosario, Domingo 17 de Octubre de 1858.

SR. DR. D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Mi antiguo y querido amigo:

Lacayo entre los amigos de V. al venir tras ellos à alentarle en su nueva empresa literaria, no les voy sin embargo en zaga en cuanto al interes por el buen éxito que en ella es de desearle. Quiera guiarle à V. mejor estrella que à sus antecesores.

La Biblioteca Americana, es la realizacion de un pensamiento que bajo diversas formas bulle hace muchos años en la cabeza de varios amigos del progreso intelectual de nuestro continente. Su primer jérmen, brotò con la lozania que era de esperarse bajo las sazoadas plumas de Bello y Garcia del Rio. Pero, fuese que el clima de Londres nada de propicio podia tener para la *Agricultura de la Zo-*

*na Tórrida* del Delille Venezolano, ò que las atenciones de la patria les arrojase del terreno de la literatura al de la política, el hecho es que, el *Reperitorio* y la *Biblioteca*, tan conocidos por los estudiosos, quedaron á medio camino. El último artículo crítico de una de estas publicaciones se contraía al *canto lírico á la victoria de Ituzuingo*, cuadrando la casualidad que al eclipsarse aquel faro del buen gusto americano entre las nieblas de Inglaterra, iba á comenzar también á transponerse el brillante sol de nuestros aciertos. Contando desde 1828, guerra civil, delitos, mal gobierno, silencio, fueron la expresión de nuestra existencia durante cinco lustros.—*La flor colombiana*, bajo título tan seductor, abrió su carrera de propósitos análogos desde la imprenta de *Rose y Buret* en París, quedando muerta, pero no del todo olvidada, desde su primer volumen.

Las glorias del bello sexo americano, cuya narración reprodujo, hacen de aquella *flor* un libro interesante y útil.

García del Río, el secretario del Libertador, llevó siempre en sus largas y variadas vicisitudes de fortuna, fija en su idea la de revelar al mundo el mérito de los pensadores, de los poetas y de los hombres beneméritos de las regiones en que él había nacido. Siempre que hallaba un momento de reposo, anudaba el hilo de su querida tela, y redactaba una ó ma-

páginas de un libro que no alcanzó forma fija bajo la mano del que le formaba hoja por hoja. Muchas de estas pueden hallarse en la *Revista de Ambas Américas*, que redactó en Valparaíso antes de emprender su correría postrera.

Todos estos ensayos, sin escepcion, descubren la tendencia de traer á un centro vasto y comun las fuerzas intelectuales y saludables, que, naciendo del espíritu americano, obrasen sobre el mismo robustecidas por efecto de la concentracion. El foco no podia ser mejor establecido: allí donde confluyen la igualdad del origen, la semejanza en la forma de gobierno, y la comunidad del idioma, allí está el hogar natural de los pueblos como familias morales. Harmonizar los intereses, fraternizar por el entusiasmo, amarse por la similitud de los sentimientos, vanagloriarse en comun de la capacidad de producir lo bello y lo bueno, tal habria sido la consecuencia definitiva del logro de cualquiera de aquellos ensayos para las Repúblicas independientes en que se subdividió la América de los Reyes católicos.

En el largo espacio que media entre aquellas tentativas y los dias presentes, tanto en Europa como en América se ha promovido el estudio de las cosas sud-americanas, comenzando por donde es indispensable comenzar para este fin. La dispersion y el desorden de los antecedentes hace necesario reunirlos

y clasificarlos, y de aquí la necesidad de las colecciones homogéneas.—En Venezuela y en Nueva Granada se han dado à luz varias compilaciones que contienen parte de lo mas selecto que allí han producido los contemporaneos en materia de amena literatura. Chile ha contraído tiempo y dinero à enriquecer sus colecciones de historia patria y à rehabilitar los nombres memorables, sea cual haya sido la época ó la bandera bajo que se ilustraron. Y por último, y sin juzgar aquí el acierto ni el desempeño de M. Ternaux Compans, mucho tenemos los americanos que agradecer à este erudito por haber vulgarizado en la mas cosmopolita de las lenguas vivas, las crónicas, relaciones de viajes é historias, relativas al descubrimiento y conquista de los dominios españoles en esta parte del mundo.

Desde Carlos V. hasta Fernando VII. fué espresamente prohibido que americano alguno se educase fuera de los dominios españoles de esta habla. A la influencia de las escuelas de Italia debia tener miedo aquel ambicioso retrógrado, como la tenia à las prácticas comerciales y doctrinas económicas de los italianos. Las Universidades de Alcalà y de Salamanca fueron las únicas que gozaron de la prerogativa de mezclar sus turbios raudales con los mas turbios todavia de Méjico y de Lima, cabiendole à la pobre *virgen del mundo*, la triste fatalidad de que

sus ingénios se mostrasen justamente cuando las letras españolas cayeron en el oscurantismo y en la perniciosa mania de sutilizar los conceptos. Las ciencias fueron un centon de citas y de disertaciones à priori; la literatura, un monstruo de afectacion y de gongorismo. Sin embargo desde el uno al otro extremo de nuestra vasta América, en el silencio de los claustros, en el bullicio de los campamentos y en los estrados de las Audiencias, tan vivaz era el talento y tan grande la aplicacion, que brotaron por todas partes los frutos de ambos, ya espontaneos, ya artificialmente producidos por el trabajo del estudio. Buenas ò malas, pero siempre curiosas, fueron como era natural, à confundirse esas producciones con el caudal principal de la literatura española. Si Garcilaso no hubiera añadido el dictado de *Inca* à su apellido de conquistador, habria esperado para obtener su carta de naturaleza à que la diese à conocer el historiador Prescott, antes del cual no era conocida biografia alguna del famoso cronista peruano. El épico chileno del siglo XVII habria pasado por un hermano menor de Ercilla, si lleno de orgullo patrio no hubiese tenido la presision de advertir al frente de sus poemas que era nacido en los confines del belicoso Arauco. Alarcon, que ha inspirado una de las mejores piezas dràmaticas al *gran* Corneille, seria tenido por peninsular,

si la envidia de sus contemporaneos madrileños no le hubiera arrojado por via de apodo, su glorioso título de mejicano.

Qué vasta esfera de trabajo no habria, pues, para quien se propusiese separar del raudal de las letras españolas, propiamente dichas, el tributo americano pagado forzosamente por la dominacion y por la comunidad de la lengua!—Trabajo de esta naturaleza traeria consigo todo género de agrado y grandísima utilidad. Se engañaria quien creyese que un espíritu vulgar podria acometerle. La paciencia del erudito seria uno de los brazos de su tarea; pero sin gusto y sin ciencia no podria escojer ni clasificar, y se espondria á sacar del polvo lo que no mereciese desenterrarse y á condenar al olvido las verdaderas perlas. Por otra parte, el conocimiento de las obras escritas por americanos durante la dominacion española, falta entre las páginas de la incompleta historia de aquel importante periodo, para comprender bien cual era el estado social del individuo nacido en América, y cuan cortado sentia el vuelo, propio de sus sentimientos y de su libertad intelectual. A cada momento se lee en ellos la expresion del sentimiento de hallarse apartados del sol del monarca que vivificaba con su proteccion los ingenios regnicolas, y rodeados de dificultades para dar á la estampa los frutos queridos de sus viglias. Aparte esto, nõ-

tase, principalmentè en los historiadores, que se colocan en un punto de vista especial para apreciar los hechos y para calcular los intereses; y en los estadistas y letrados un celo mas inteligente y ardiente que los peninsulares, por los derechos, prerogativas y prosperidad del pais en que han nacido, revelando desde los tiempos mas remotos, que las causas de la emancipacion vinieron condensándose y estendiéndose desde las primeras generaciones cristianas nacidas de la mezcla de la sangre indigena con la española.

Deduzco de aquí, mi querido amigo, que si la empresa que V. acomete no tomase toda la estension que sin duda le ha trazado en su cabeza, no será por falta de materia ni de variedad de asuntos, pues la formacion de lo que se me ocurre llamar ahora “los anales del ingenio americano,” limitándoles en la parte antigua al final del siglo último, daría materia para muchos volúmenes, para hacer sudar muchas prensas y para una larga serie de tomos de su biblioteca.

En la República Argentina no sería escasa la cosecha. Huérfana está todavía de dos de sus mas notables historiadores, los PP. Jesuitas, Iturri, natural de Santa Fé, y Morales, nacido á las faldas orientales de la Cordillera, en una de las provincias Cuyanas. Las obras completas de Luca, de Frai Caye-

tano Rodriguez, de Echeverria mismo, cuyo *Angel caido* permanece sin revelarnos los misterios de su inspiracion y de su dulcísima rima, sufren por incuria el ostracismo inmerecido de nuestro brillante Parnaso. Y trasladándome de nuevo à tiempos mas lejanos, ¿por qué no habriamos de indagar el paradero de las producciones que recomendaron entre sus contemporáneos al riojano Camaño, al santia-gueño Juarez, à Eugenio Lopez, á J. B. Maciel, à J. Perfecto de Salas, à los hermanos Rospillesi; à los famosos predicadores Monteros, Barrientos, Basalo, Chambo, Sullivan, Villanueva y Garcia; al Dr. D. Julian de Leiva, Labarden, José Joaquin de Araujo, frai Julian Perdriel, etc., etc., hombres notables por la literatura, por el profundo conocimiento que tuvieron de las cosas patrias y por la grave moralidad del caracter. El Sr. D. Bartolomé Mitre, en la elegante y erudita introduccion à la *Galeria de celebridades Argentinas*, ha plantado seguros jalones para marcar el sendero que puede conducirnos al hallazgo de pingües joyas de literatura patria.

V. que tiene entusiasmo y hábitos de trabajo y tiempo que consagrar à esos dulces sueños, hàgase el instigador y el obrero en esas resurrecciones, y cuente con la seguridad de que han de acarrearle la gratitud de los que comprenden que la honra patria se complementa con la solicitud hácia aquellos

de nuestros pasados que estudiaron y produjeron, exclamando al espirar con el pensamiento en la posteridad: *non omnis moriar*.—Ya que la modestia democrática nos veda tallar el mármol y levantar monumentos à la gloria humana, hagamos que el invento de Gutemberg, mas consistente que el granito, salve para siempre del olvido à nuestros antecesores en el dulce y civilizador comercio con las musas.

Anudemos el presente à lo pretérito para que el progreso sea sano, y legítimo el desarrollo de nuestro constante mejoramiento. Los pueblos como las familias (lo repito aquí porque es mi tema) necesitan para morijerarse de la presencia, ante el espíritu, de la censura moral de los antepasados, y de los que han de venir à formar la severa posteridad. Debemos ser mejor que los unos ò no inferiores en nada, y prepararnos à despedirnos del mundo con la conciencia de que los otros han de recordarnos sin rubor y aun con satisfaccion al reconocernos como sus progenitores. ¿Qué es un pueblo ignorante de lo que fué? Un ciego perdido en el caos de los hechos presentes que no comprende. ¿Qué podrá ser un pueblo sin historia escrita, sin celebridades aceptadas, sin conmemoracion de grandes hechos, sin dolores conocidos para lamentarlos en comun? ¿Cómo podrá hallarse el hilo de Ariadna en el laberinto de las

cuestiones de derecho político, si está apagada la luz de la historia, que es à la vez la antorcha del amor para la razon y para los corazones, cuando alguna vez se troza por medio la cadena social?

El ejemplo de los acreditados escritores que le han prometido à V. trabajos históricos para la Biblioteca, ha de influir (lo espero) para inclinar los espíritus de la juventud argentina à las investigaciones de aquel jénero. La historia es la gran aplicacion de todos los talentos: todas las ciencias morales estàn à su rededor formando corro. Reclama la brillantez y la blandura del pincel, la económica severidad del buril; la imaginacion la da encarnacion y bulto; la reflexion impone à sus páginas el peso del oro; la crítica la acerca à la verdad, y el corazon la hace tierna y la ablanda con el rocío de las lágrimas. Madre de toda enseñanza, universal como el cristianismo que la emancipò y la dotò de alas, la historia es en nuestros dias la musa que consuela à los fuertes ingenios naufragos en las olas turbulentas de los negocios públicos, y la que disciplina à los soldados conscriptos para las batallas de la tribuna ò de la prensa. Feliz el que bosqueja en todo ó en parte la gran figura de la Patria, si puede decir de su pluma lo que el pintor Greuze de su pincel: “lo he mojado en mi corazon.”

Tiempo ha que el genio de la historia se cierne

buscando una cabeza argentina en que posarse: conozco algunos compatriotas (sin contar los que han dejado de existir) que contraen su atencion desde muy atras á este estudio y ensayan sus fuerzas para producir la gran página de que carecemos para mirarnos en ella y mejorarnos para lo futuro. El momento ha llegado talvez. La Biblioteca puede acelerar la realizacion de ese hecho que tiene forzosamente que verificarse. Quede à V. al menos la gloria de haberlo provocado. Le faltará à V. la proteccion ó el ànimo? Esa bella juventud que á veces se enmaraña en el zarzal de la conseja folletinesca, no ambicionarà á inspirarse de los acontecimientos reales, ya para producir *romances históricos* como los del angelical Adolfo Berro, ya para animar y colorir las nebulosidades de Funes ó las arideces de Nuñez?

Cuànto hay de nuevo que decir! Cuan fecundos en reflexiones son nuestros viejos anales!

Le escribo à V. desde un lugar en donde la curva del gigante que lleva sus aguas al Plata, se avanza hàcia donde el sol se esconde. Es una puerta esterior para dar salida à las producciones del interior de la República. La geografia, que es la hechura mas providencial de Dios, le habia predestinado para ser un centro de comercio y un foco de la civilizaci3n que se desenvuelve por resortes de paz. Este destino está revelado por la historia desde la época de la

conquista. A pocas millas de aquí levantò Sebastian Gaboto una fortaleza y una cruz el año 1526, y veinte años màs tarde, fué aquí tambien à donde arribaron como à término de su peregrinacion desde el Perú, los compañeros de Francisco de Mendoza. Del levante, pues, y del poniente llegaron à encontrarse en las tierras que baña el *Caracará-aña*, los que nos prepararon la civilizacion de que hoy gozamos en estos amenos y bien situados parages. La historia descubre el velo que oculta el índice de la voluntad del Creador.

Deséole à V. muy de veras un buen éxito en su recomendable empresa, y me repito su amigo y affino.  
S. S. Q. S. M. B.

JUAN MARIA GUTIERREZ.



## MIGUEL CANÉ.

Nació el 26 de Abril de 1812, en una propiedad de campo **dn sus padres**, llamada **Algarrobos**, à cuarenta leguas al Norte de **Buenos Aires**.

Hizo sus estudios preparatorios en la Universidad de Buenos Aires, y el 10 de Mayo de 1835 recibió el grado de doctor en leyes.

Ese mismo día, y dos horas despues de la funcion universitaria, el nuevo doctor emigró de su país, donde la tiranía de Rosas hacia insoportable la existencia. Se dirigió à Montevideo à casa de su hermano político el Dr. D. Florencio Varela, à cuyo lado practicó la ciencia del derecho, y se recibió de abogado de la matricula del Estado Oriental del Uruguay en Abril de 1839.

Siendo practicante todavía del malogrado Varela, estableció un periódico *de todo y para todos*, con el título del INICIADOR. La buena fé y el entusiasmo por la nueva escuela literaria de aquella época, se descubren en todas las páginas de ese periódico, en el que escribieron Estevan Echeverria, Alberdi, Juan M. Gutierrez, Bartolomé Mitre, Félix Frias, Carlos Tejedor, y muchos otros jóvenes proscriptos.

La influencia fatal del opresor de los argentinos, estendiéndose à la ribera izquierda del Plata, dió los funestos resultados que dà siempre toda influencia estraña, sea quien fuere el que la egerce.

En honor de la verdad, los primeros pasos del Presidente D. Manuel Oribe habian sido intachables, y à juzgar por lo que hemos oido à personas muy caracterizadas, la emigracion argentina le era mas bien simpática que hostil.

La pluma severa de la historia apreciará algun dia las ra-

zones, en virtud de las cuales, sin otra causa aparente que la de ser enemigos declarados de Rosas y á pretexto de que atizaban el fuego de la discordia y comprometian la paz del Estado, fueron perseguidos y violentamente espulsados los argentinos residentes en la República Oriental. Esa persecucion los colocó naturalmente en el partido del General Rivera, que se habia alzado en rebelion, alegando motivos que no nos incumbe examinar aquí, puesto que no escribimos la historia, sino una simple reseña biográfica.

Bástenos decir ahora, que Cané fué encarcelado y desterrado como Agüero, los Varelas y todos los ciudadanos argentinos de alguna nota.

La revolucion triunfante arrojó á Oribe á Buenos Aires, y Cané y Lamas establecieron entonces (1838) el *Nacional* de Montevideo, en cuya redaccion permaneció diez y ocho meses en union con Alberdi, por haberse separado de ella el Sr. Lamas, pocos dias despues de la aparicion del periódico.

Dificultades con los Editores les hicieron abandonar la redaccion del *Nacional*, y un mes despues estableció, siempre en union con el Dr. Alberdi, la *Revista del Plata*, que duró poco apesar de su buen crédito y de la numerosa suscripcion que la sostenia. Las imprentas de ese tiempo se habian propuesto, segun el Dr. Cané, parodiar á la guillotina, y la inteligencia era decapitada por ella. Per nuestra parte podemos asegurar que si eso pasaba en Montevideo, en Buenos Aires no se ha perdido la casta de tan hábiles tipógrafos.

Muerta la *Revista del Plata*, Cané estableció en sociedad con Alberdi, *El Porvenir*, que murió tambien guillotinado por los cajistas.

Del año 37 hasta el 43, Cané vivió entregado á la política favorable á la libertad de su pais, y al foro que era su profesion y por consiguiente sus medios de subsistir. En ese intervalo

formó parte de la redaccion del “Muera Rosas,” del “Corsario” y de otros diarios que nacian y morian en embrion.

A la aparicion en el Cerro del ejército vencedor en el Arroyo Grande, Cané tomó las armas y fué honrado con el mando de la 1.ª compañía de la Legion Argentina, en cuyas filas permaneció dos años y medio.

Llamado à desempeñar en el foro el empleo de defensor de pobres en lo Criminal, y nombrado fiscal del Estado en graves negocios que se referian á la situacion del pais, Cané abandonó las armas por la pluma, las murallas por el bufete.

La muerte de su esposa, acaecida en Junio de 1847, rompió su sistema de vida y le afectó en términos que le fué necesario salir de Montevideo, y partió para Francia dos meses despues de aquel acontecimiento.

Durante su viage se distrajo escribiendo algunos episodios de la guerra que dejaba obstinada y terrible en el Estado del Uruguay, algunos retratos políticos de personajes notables en las dos orillas del Plata, que no han visto aun la luz pública, que el autor reserva entre sus recuerdos domésticos, y que no piensa por ahora publicar.

Cané veia en el triunfo de Montevideo la salvacion de su patria, y se nos asegura que prestó su decidido é inteligente concurso, como amigo, como consejero y coadjutor al General D. Melchor Pacheco y Obes, en todos sus trabajos diplomáticos en Paris, encaminados á que la Francia entrase de frente en la lucha contra Rosas.

Ese viage fué para Cané la realizacion de sus intuiciones de civilizacion, y le sirvió para educar sus sentidos en el arte estéticamente, y para ensanchar su inteligencia.

Restablecido en su salud y adormecida un tanto su pena, volvió à América.

Sucesos puramente privados le hicieron salir de Montevi-

deo en 1849 y dirigirse de nuevo à Europa. Pero Cané quiso decir un adios, que él creia eterno, à su vieja madre, y tuvo el coraje de afrontar los peligros que le asignaban sus antecedentes en la lucha contra Rosas, y vino á Buenos Aires donde mandaba absoluto y terrible su enemigo. Durante su permanencia en la patria, que no pasó de treinta dias, sabemos que escribió sus impresiones, que tituló paseo à Buenos Aires en 1850, de las que no han visto la luz pública sino dos capítulos, titulados el uno, *Buenos Aires y la Opera Italiana*, y el otro *Buenos Aires y sus alrededores*.

En su segundo viage Cané visitó la Francia en todas sus direcciones, una parte de la Saiza, de la Bélgica y de la Italia, recorriendo estos países con el provecho que sacan de los viages los hombres inteligentes y estudiosos.

La Esther, que publicamos en este volúmen de nuestra Biblioteca, fué escrita en Florencia, à presencia de los objetos que en ella se describen, y sobre la tumba de la noble criatura que acompañaba al viagero en sus penas y en sus estudios.

La noticia de la disidencia del General Urquiza con Rosas, le advirtió al proscrito que se acercaba la hora de volver à la patria, y rompiendo las travas que le retenian y el propósito intimo que habia hecho al salir del Plata, se embarcó en el Havre de Gracia con destino à Montevideo, que suponía libre y vuelto à la vida. En la entrada del rio recibió la noticia de la caída de Rosas en Febrero de 1852, por un buque que salía, y desde entonces nos ha repetido mas de una vez en sus conversaciones familiares, formó el propósito de volver à vivir y morir en el suelo natal.

Sus negocios particulares la retuvieron tres meses consecutivos en Montevideo, de donde pudo desprenderse al fin y pasar à Buenos Aires.—Llegó en malos momentos y sin estar al corriente de la situacion política del país: "*encontrando à mis*

*amigos de destierro en el poder*, nos escribia posteriormente en carta que tenemos à la vista, *me entregué á ellos sin exámen, y cai con ellos por la revolucion de Setiembre.*” ;

Cansado de tan repetidas peripecias, volvió à Montevideo decidido à vejetar ganando y perdiendo pleitos, como él dice: pero muerto para la política.

Su indiferencia, ficticia sin duda, pero sostenida con empeño, le trajo ratos de ocio y de solaz,— que aprovechó escribiendo sus recuerdos de viaje, de los que hemos visto algunos fragmentos bajo diversos títulos.

Pero la ficcion debia ceder à la naturaleza, y despues de la desgraciada revolucion de Noviembre de 1856, Cané aceptó la redaccion del periódico fundado por Florencio Varela, el acreditado “Comercio del Plata,” tarea que desempeñó durante dos años con sensatez à la par que con energia y talento.

Lanzado de nuevo à la vida de la política, Cané no pudo mirar con indiferencia el progreso de su patria, y como jornalero honesto quiso traer tambien su puñado de tierra al edificio comun.

En Noviembre de 1857 partió con toda su familia para Buenos Aires, donde hoy se encuentra ejerciendo su profesion con bastante crédito, y habiendo merecido el honor de ser nombrado socio del Colejio de Abogados, del Instituto histórico y geográfico, del Ateneo del Plata y del Liceo Literario, de los cuales es: miembro honorario y director de la seccion de *prosa*, en el primero, y dela comision de censura en el segundo.

Las obras literarias que se conocen de Cané, son si nuestra memoria no nos engaña, à mas de los periódicos que hemos nombrado, el Traviato, la Cora, la Noche de Boda, la familia Scenner, la Semanera, la Esther que ve recién la luz pública, y muchos artículos de bellas letras, publicados en la Tribuna de Buenos Aires en la que es director de la seccion judicial y literaria. Sabemos que tiene en su cartera de borradores, la Lau-

ra, la Muerte del Poeta, y varios retratos de personajes políticos, que tal vez mas tarde se decida el autor à publicar, ó lo hagamos nosotros en la Biblioteca, si como esperamos alcanza esta larga vida, y nuestro colaborador y amigo tiene à bien continuar favoreciéndonos con sus escritos.

A. MAGARIÑOS CERVANTES

Buenos Aires, 22 de Octubre de 1858.





# ESTHER.

SIMPLE NARRACION.

*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice, nella miseria.*

DANTE.

## I.

**L**A primavera prematura de Florencia viste los árboles, las rosas, los prados y las montañas, cuando todavía el yelo ciñe las sienas del Apenino. Las Calscinas, este *rendez-vous* de la elegante sociedad de Florencia, que tienen à su izquierda las turbias y correntosas aguas del Arno, y à su derecha, las màgicas vistas de Fiesole, de Pratolino y de cien pueblos rivales en poesia y en belleza; obtentaban ya su verde alfombra de trebol, y los árboles sacudiendo el manto de la estacion moribunda, se mostraban alegres y risueños como el niño que sale à respirar el ambiente de los campos despues de un año de colegio.

El desterrado en todas partes està solo, y Eugenio vagaba solitario à la sombra de los àrboles seculares, pensando en los inciertos destinos de su patria querida, en las tristes amarguras de su vida y en ese mundo que se ofrecia à sus ojos, frio, indiferente y egoista. Su excelente caballo de Maresmas, educado à los hábitos americanos y docil à la voz como el perro de caza, batia la tierra, respiraba altanero la brisa perfumada y parecia pedir, con su mirada eléctrica, un poco de ejercicio y un poco de soltura, à la manera de los potros salvajes. *La enfermedad de patria* se habia apoderado del alma del caballero, y con la voz airada le ordenò se esperase tranquilo : el animal pareciò resignarse al humor melancólico de su señor, y éste seguia su camino tristemente : un grito de terror hiriò sus oidos, y el ruido de veinte caballos, lanzados à la carrera, le hizo volver los ojos. Un elegante cupé, cuyos briosos caballos se habian desbocado, corria à precipitarse en el Arno, ò à estrellarse contra alguno de los mojones de piedra de los que dividen las calles, para los de à pié y para los carruajes. El cochero habia sido lanzado de su asiento, y los caballos aterrorizados por el grito de los que les perseguian precipitaban doblemente la velocidad de la carrera. Ver y lanzarse sobre el soberbio animal fué obra de un instante, y como si la Providencia

hubiese dado inteligencia al bello potro, conoció que era necesario sobrepujar à los caballos desbocados en lijereza y en vigor.

Eugenio habia visto allà en los campos en que vino al mundo como se arranca el freno de los dientes al animal que le ha mordido para no obedecer al brazo del ginete, y acercàndose con toda la rapidez de la carrera al caballo de la derecha, y ahogàndole con el freno, el animal perdiò el equilibrio, y disminuyò su furia al menos de un tercio. Viendo que él cedia, Eugenio le tranquilizaba con la voz, sin separarse de su lado; su caballo, que se sentia despedazar por la espuela, daba saltos salvajes que él podia apenas soportar; pero le calmò con la voz, y pudo al fin de una lucha furiosa sujetar à los caballos desbocados.

Los que perseguian al carruaje se habian acercado, y el estrangero, desconocido de todos, pero dueño de la posicion, preguntó al primero que se acercó :

—¿Hay gente dentro? . . . . Abra V. la puerta; estos caballos ya no pueden servir.

Entonces los que perseguian al carruage descendieron y abrieron la puerta. Un niño de cuatro ó cinco años se arrojò al cuello del primero que se presentò, pàlido, lloroso, aterrado. Una señora descendió por sí sola, y tomando al niño por la mano

vino hacia el extranjero, y puesta de rodillas le dijo :

—Caballero, es Vd. un hombre de corazon, y le soy deudora de la vida de mi hijo.

—Señora, contestó el jóven quitándose el sombrero; feliz mil veces si he podido ser útil à Vd.— Ignoraba que Vd. fuese y ahora agradezco doblemente al cielo de haberme colocado en su camino, y en circunstancias en que le era necesario . . . . . No suba Vd. à su coche; esos caballos están asustados . . . . .

—Oh! no, Dios me guarde; . . . . si quisiese Vd. acordarme su compañía . . . . mi esposo se lo agradecería por mi, por él y por su Enrique . . . . .

Ocho ò diez ginetes habian descendido de sus bellísimos corceles y rodeaban al extranjero llenos de ese entusiasmo estúpido que no va bien sino à los incapaces de hacer algo que salga de la vulgaridad. ¡Qué abnegacion! Qué fuerza de voluntad! decian los unos.—¿Y si el caballo del carruaje, decia otro, le hubiese desmontado cuando le tomó por el freno? el señor era muerto.

Al oír esa sentencia terrible, Eugenio sintió temblar el brazo de la dama, por una lijerísima presión.

—Señores, les dijo al fin; Vdes. exajeran demasiado el mérito de una obra que cualquier indiferente habria ejecutado en mi lugar; mi caballo es más

acreeador que yo á esos elogios, pues me ha dado la ocasion de servir á la señora y á su hijo.

Entre las mil palabras triviales que no se economizan en casos semejantes, y en medio ya de la sonrisa de la alegría por la felicidad del suceso, se habian acercado á la Rotonda de las Calscinas.

La música militar de uno de los batallones austriacos, tocaba el preciado wals de Strauss, el *Adios á Génova*. ¡Qué contraste, se decia á si mismo Eugenio! Tengo á mi brazo una muger que aun tiembla, porque la muerte ha tocado su frente con sus alas de yelo, y aquí se rie, se vive en otro mundo, cada uno para si y nadie para los otros.

—Yo abuso acaso de su bondad de Vd., le dijo la dama; porque le privo de sus paseos y de la sociedad de sus amigos.

—Oh! señora; mi paseo era bien triste, dijo el jóven; yo soy solo en Florencia, sin amigos que amen lo que yo amo, y tal vez soy yo quien deba á Vd. un pesar menos . . . . Permitame Vd. conducirla . . . .

—Es V. muy bueno, señor . . . . pero me acompañará V. á pié.

—Sin duda; este ejercicio convendrá á su salud. Ahora trate V. de olvidar todo lo pasado.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—Imposible.

Los que les seguian, viéndoles atravesar rápidamente por medio del gentío sin dar muestras de detenerse, principiaron à abandonarles y à dispersarse. La pareja tomó el camino que sigue à seis varas del Arno, y que conduce al magnífico puente de fierro suspendido. A doscientos pasos se encontraron solos, la dama, el joven y el niño que le daba la mano. El caballo guardaba la espalda, y seguia tranquilamente à su amo.

—¿Cuánto le debo á V.? dijo la señora; y no sabia V. que hubiese gente dentro del coche y que dos existencias iban à concluir! Oh! V. no es de este pais, ni de ninguno de la Europa.

—Yo habria hecho otro tanto, señora, por salvar à mi enemigo, si conociese à un enemigo, dijo Eugenio; pero si hubiese previsto que era V, tal vez no habria podido serle útil, porque habria temblado, me habria precipitado, y en este momento todos reposariamos en la eternidad . . . . No soy europeo, en efecto, sino de un pais desconocido, salvaje, pero donde los hombres nacen y mueren con el corazon que Dios les dà, y ese corazon està en armonía con la belleza de mi cielo natal, con la eterna primavera de mis lindas praderas y con ese aire que se diria el aliento de las virgenes . . . . Tampoco me parece V. Florentina : sus ojos y su tez me descubren à la cria-

tura del norte. Oh! el norte tiene criaturas que le son propias.

—No se ha engañado V.; soy inglesa. Me llamo Esther, y soy la esposa de lord Wilson. Hemos venido à pasar seis meses en Florencia, y en Mayo pensamos regresar à Londres. Ahora à mi vez desearia saber el nombre de Vd.

—¡Mi nombre! ¿quiere V. mi nombre? ¿A qué decirselo? Desconocido en este mundo, mañana partiré sin que nadie me recuerde, à la manera de los pajaros que atraviesan los aires sin trazar su camino. Una sola criatura me ama y me sirve de-amigo; ya la conoce V., es mi caballo. Hace cuatro meses que vivimos en amistad, y me ha tomado tanto cariño que me obedece y me sigue contento. Ya sabe V. si es valiente, si es digno de que yo le ame tambien . . . . hoy mas que ayer.

—Procuraremos reemplazar esa amistad, dijo la dama. Mi esposo es un hombre de nobles y altos sentimientos; él sabrà agradecer el servicio de haberle salvado à su hijo, que es toda su familia, su dicha, todo su mundo. Es jóven como V., señor, y estoy cierta de que simpatizarán, y que de hoy en adelante podrá V. contar con un amigo mas, pero con un amigo sincero, invariable. ¡Pobre Jorge!! se arrojarà à los piés de V. cuando sepa lo que V. ha hecho por su hijo. Y luego ¿me juzga V. tan es-

teril de corazon que no pueda demostrar en la vida ni siquiera la gratitud que debo al que salvò la existencia de mi hijo? Por mí, no sé; pero me parece que ya he cumplido con mis deberes de muger, y que todo momento es bueno para ir à la presencia de Dios.

Habia en el acento de esta muger una melancolía que afectaba el corazon; su voz penetraba en el pecho como una voz fatidica, y Eugenio callaba y sufría dentro de sí mismo. Un pronóstico siniestro le decía al oido: “Esa que tu has salvado, que era el àngel de tus dulces delirios, no es una criatura feliz, no es una muger que ama de corazon; cuando hace el retrato de su marido, cuando te lo diviniza y te ofrece su amistad, como digno de tí, te miente; lo ennoblece porque ella es noble, y queria que todo lo que la rodea fuese santo y puro como su alma. Hùyela.”

Entretanto habian atravesado el puente de fierro, y se hallaban à la puerta de uno de esos antiguos y soberbios palacios florentinos que exhalan aun el aire altanero de los tiempos Guelfos-Givelinos.

—**Enrique**, dijo Esther, hablando à su hijito, corre à prevenir à papà que le esperamos un amigo y yo.

La sangre de Eugenio se sublevó al nombre de amigo, y oprimiendo con bastante violencia el brazo de la dama, la dijo :

—Yo no puedo ser amigo de su marido de V., señora. A nadie he engañado en este mundo, y V. no querrá obligarme á mentir . . . . yo no puedo ser amigo de su marido de V.

—Tranquilízese V., señor.

Este diálogo extraordinario fué interrumpido por la presencia de un hombre de cuarenta años, corpulento, alto de talle y ojos de estatua, que con Enrique de la mano parecía escuchar lo que el niño le contaba.

Eugenio se apercibió desde luego que el Lord era una de aquellas creaciones muertas, que viven, viajan, comen y duermen sin haberse dado cuenta nunca de las obligaciones sociales del hombre.

—Yo sabia, dijo el lord, despues del saludo de costumbre, que esos caballos concluirían por hacer de las suyas . . . . Le agradezco á V., caballero, y me complazco en ofrecer á V. mi amistad, la amistad de un par de Inglaterra y mi casa. Ahora entremos; su cubierto se encontrará siempre en mi mesa. ¿Y ese bellissimo animal que está ahí solo?

Eugenio habia olvidado su caballo: las emociones de ese dia se habian sucedido tan rápidamente, que su compañero habitual habia sido abandonado.

Volvió la cabeza y llamóle á su lado. Vino como el perro á estender su cuello para ser acariciado, y

entonces Esther con su finísimo pañuelo le enjugó el rostro y los ojos.

—Ahora subamos, dijo ella.

—¿Me permitirán Vds. una impolítica? Deseo retirarme porque estoy deshecho; mi pobre cuerpo no es fuerte ya; otro día, otra ocasión . . . .

—¡Oh! no, dijo Esther; es un servicio mas que no me negará V . . . . Entremos, entremos; y tomando el brazo del jóven, no le permitió replicar ni una palabra.

No es del caso describir la morada transitoria de Lord Wilson, ni la severidad de un viejo palacio florentino. Ese lujo de artes y de arquitectura que no afecta à los ojos vulgares, se hallaba derramado en profusion, y un sentimiento de respeto y de reserva se apoderaba del que le visitaba por primera vez.

Algunos bajos relieves del Della Robbia adornaban los chapiteles del salon, mientras que las pinturas de Vinci, de Fray Bartolomé, cubrian las paredes tapizadas del rico terciopelo de fábrica florentina.

En la mesa quiso saber el Lord los detalles del suceso, y dirigiéndose à Eugenio le dijo :

—Suplico à V. me refiera los detalles de ese accidente.

—Oh! son bien sencillos : los caballos del carrua-

ge se desbocaron, arrojaron al cochero de su asiento, y yo tuve la fortuna de detenerlos . . . .

—Es V. bien lacónico en su narracion, dijo Esther.

Entonces tomó ella la palabra, y con el fuego de una muger entusiasmada, y como si hablase del héroe de su alma, hizo el retrato de sus riesgos, de los de su salvador y de la modestia infantil que demostraba.

El marido no parecia dar atencion à lo que Esther decia, y el extranjero rectificaba dentro de sí sus sospechas anteriores.

—Su caballo debe ser de raza inglesa ò árabe, dijo el Lord.

—Lo ignoro: yo lo he comprado como á simple caballo de *maresmas*, y por poco dinero.

—En Inglaterra valdria doscientas libras.

—Yo no lo daria por mil.

—Tengo una yegua, Janny, que no la daria por ningun dinero: ¡que noble y magnífico animal! Ha salido victorioso en tres carreras, tres años consecutivos, y conservo sus coronas con orgullo . . . . han sido tres buenos dias de mi vida.

La comida habia concluido, y el Lord queriendo seguir las habitudes tradicionales de sus padres, invitó al huesped à acompañarle en el *madera*. Este escusòse cuanto pudo y concluyó con esta frase:

“milord; yo no soy de un país en que las razas de los hombres sean distintas, y pienso ser igual à todo el género humano, la casualidad ó méritos que yo ignoro, me han arrastrado muchas veces à la sociedad que en Europa se llama de *grandes, duques ó marqueses*. Nunca he podido dominar mi naturaleza independiente y caprichosa; si tolera vd. mi relacion, le ruego no se fije en mis mil defectos de sociedad.” Al decir estas palabras, levantòse de la mesa y Lord Wileon hizo otro tanto.

Esther que espiaba probablemente lo que se pasaba entre los dos hombres, vino hacia Eugenio con sus ojos tan dulces, y le suplicó le dijese su nombre y la direccion de su casa.

—Yo me llamo Eugenio Segry, señora, y mi morada es el *Hotel de Jork*.

Enrique que se habia colocado al lado de Eugenio y jugueteaba con los dedos de su mano, le dijo en mal francés: “béseme vd., amigo mio.” Eugenio le alzò hasta su rostro, le aprefó contra su pecho y le besò muchas veces la cara y la cabeza.

—Pídele, dijo Esther, que vuelva mañana à comer contigo.

—Sí, con él, si, pero en mi casa, en el cuarto del viagero sin títulos.

—Sea; dijo ella, pero à condicion que V. vendrá à buscarlo.

—Sí, mi querido, dijo el niño, y me llevará V. à las Calscinas.

—Queda convenido. A las tres y media de la tarde vendré à tomar à Enrique, comeremos juntos en mi casa, y luego iremos à las Calscinas, dijo el viajero y retiròse de la casa de Lord Wilson.

## II.

Esther era la primera muger que habia impresionado el alma de nuestro amigo en Florencia; su tipo delicado, aereo, en medio de esas criaturas que la Italia produce, llenas de fuego en la mirada, en los movimientos, en toda la persona, la ofrecia à los ojos del viajero mas bella, mas pura que todas las que ostentaban ese lujo de formas picantes, voluptuosas. Amiga de los paseos solitarios, se habian encontrado cien veces bajo de los árboles melancólicos de las Calscinas, en el laberinto de Ficsole, sobre las alturas históricas de San Miniatto, y dádose una mirada recíproca que siempre tenia el caracter de un adios eterno. En vano habia procurado averiguar su nombre y su condicion; un misterio impenetrable rodeaba à esa muger, y Eugenio sentia nacer en su pecho una de aquellas pasiones que ya creia apagadas para siempre. La veia en el Teatro y sentia que su corazon lloraba à los acentos de la

*Luisa Miller* interpretada por la Albertini, y él sufría con ella. Una cadena magnética le arrastraba á pesar suyo, que en vano procuraba quebrar; un afán incesante atormentaba su corazón, que lacerado ya por tantas penas, tenía miedo de aumentarlas. Pero ¿cómo sacudir la cabeza cuando la mano del Eterno os liga á la desgracia? ¿Cómo cerrar el labio al lamento que sale del corazón rompiéndose las entrañas . . . ? roer el freno de la vida y lanzar una blasfemia contra el autor de la injusticia . . . Las emociones de ese día dieron la fiebre á su cabeza y una de esas noches borrascosas, en que el lecho es el sudario, el silencio la voz de los sepulcros, y el aullido del perro extraviado un pronóstico fatal, postraron su cuerpo de tal modo, que le fué imposible abandonar su habitacion para cumplir con la palabra dada á Esther y á su hijo. La civilidad exijía les hiciera saber la causa de su falta, y escribió á Milord el billete siguiente:

“Un ligero inconveniente de salud, me impide  
“cumplir hoy con lo que habia prometido á su hijo  
“de Vd.; la tranquilidad actual me permitirá maña-  
“na ser mas exacto.

“Florenca 8 de Abril de 1851.

“*Eugenio Segry.*”

Una media hora despues de dejado el billete, se presentò en el cuarto de Eugenio el lacayo de Lady Wilson, diciendo que su señora le pedia el permiso de verle.

El rayo en medio del oceano habria causado menos impresion en el espíritu de Eugenio, y sin conciencia de lo que decia “la espero” esclamò à gritos precipitándose à la puerta.

El frote de un vestido de seda, y el lijerísimo rumor de pisadas precipitadas llegaron luego à sus oidos, y un segundo despues Esther se hallaba en el cuarto pobre del viagero, pero lleno de su imagen y de su amor.

—Yo se lo traigo à Vd., le dijo, entregándole à su hijo. A él le toca acompañar al enfermo, y me alegro que empieze à pagar de algun modo su deuda . . . .

—Oh! señora, yo soy buen acreedor, dijo Eugenio.

—Qué pálido está V.; ¿ha consultado V. à un médico? Acaso no se le cuida bien en esta casa. Oh! las posadas son verdaderas cárceles para estos casos. Si yo me atreviese, le ofertaria à V. mi habitacion.

—No; jamás, Señora; ya estoy mejor. Mi enfermedad es antigua, y el aire de esta tarde me probarà bien . . . . Iremos à las Calscinas, Enrique . . . . mis ca-

ballos no disparan; vos conducireis un poco . . . .  
Oh! la bella vida de los niños; así debería ser .  
siempre para que se realizase la idea de Dios.

—Está V. exaltado, dijo Esther . . . . Su carácter habitual no es el de este momento.

—Perdon, Señora . . . . yo no soy feliz . . . . y los desgraciados no tienen, no pueden tener un carácter habitual. Dentro de diez minutos me verá V. reír; ahora atraviesan por mi cerebro ideas tétricas, ideas que reflejan sangre . . . . pido à V. mil perdones . . . . Ea, Enrique, ahí está mi látigo, mis pinturas, mis estatuas, romped, quebrad, amigo, haced un poco de bulla y castigad esta soledad que me inspira tristeza . . . . Oh! los niños, ¡que felices!

El muchacho no parecía esperar sino la autorización, para lanzarse furioso sobre cuanto caía à sus manos y en vano procuraba detenerlo la madre. Una mirada impuso à Esther, y Eugenio la dijo con todo el acento de la melancolía y de la verdad:

—Esther: yo debo partir de Florencia; me había propuesto como V. permanecer aquí hasta Mayo, habría adivinado su partida y la habría buscado en toda la Europa. Donde la suerte me hubiese permitido encontrarla, allí habrían cesado mis peregrinaciones, y mi vida de Florencia continuado su curso. Pero el cielo lo ha dispuesto de otro modo; ahora ya es imposible no verla, no hablarla y no

decirla que yo soy un loco, un frenético condenado á hacer llorar á la criatura de mi alma; y que mi estrella la cubrirá con su luz de dolor y de llanto perdurable . . . . sí, partiré y llevaré conmigo esta fatalidad, que acaso abrirá dos tumbas.

—V. solo no es desgraciado, Eugenio. Hay en la tierra muchos seres que sufren! Mañana iremos juntos á Pratto; mañana fijará V. su resolución; le pido á V. un dia, algunas horas . . . .

—Oh! demasiado se yo, dijo el jóven, que no es la dicha la herencia de nuestra especie; pero hay pesares que reunidos son insoportables, mientras que aislados y silenciosos solo causan la desgracia de uno. Ese paseo será fatal para todos; V. no me conoce, y yo sé ahora cual es su estado y su rango; los hombres atribuyen á estas cosas un valor superior á mi modo de ver; Vd. encontrará en mi un salvaje, uno de aquellos seres con toda la corteza de la naturaleza primitiva, y me amará, sí me amará V. porque así lo siento en mi alma, y ese amor nos llevará á la tumba sino evitamos la deshonra á los ojos de ese mundo ficticio y egoista.

—Vd. sabe mis títulos y mi rango, pero V. no me conoce todavía . . . . mañana comprenderá V. á esta pobre muger que acaso no ha sido comprendida hasta hoy . . . . A las once de la mañana yo estaré á su puerta: á mi me toca, pues que le invito, y á su

lado no tengo miedo . . . . Iremos en mi coche de viage y cuatro caballos vigorosos nos conduciràn rápidamente . . . . Estudiaremos juntos esos sitios: parece que hay lugares històricos, y la historia de Italia es sangrienta, pero llena de grandes acciones, de fantasmas que aterran . . . . V. me hablará de estas cosas y yo aprenderé á juzgar.

—Haremos como V. quiera, y la providencia decidirá del resto . . . . Ahora le pido me deje V . . . . ya estoy sano y quiero ocuparme de ese pobre niño que ignora si el hombre que lo salvò de la muerte, serà mañana su verdugo, algo peor, el que infame su nombre.

—Me aterra Vd. amigo mio.

—Oh! Esther, V. no conoce mi vida ni mi carácter . . . . y sin embargo yo tengo un corazon de angel.

—Oh! amigo mio, no me hable V. de ese modo. ¿No ve V. que yo tambien soy desgraciada?

—Basta, Señora, acaba V. de pronunciar una palabra sagrada . . . . Separémonos ahora, se lo suplico á Vd.

—¿Nos veremos en las Calscinas?

—Sí; allí mismo donde vi à V. por primera vez, parecida à la Cleopatra del Guido.

.. ¡Una lisonja! . . . . oh! no la esperaba . . . . adios pues, hasta luego.

Enrique seguía haciendo del cuarto una arca de Noé, y Eugenio aprovechó de sus ocupaciones para prepararse á la partida de Pratto. Una vez que volvió en sí y conoció la extravagancia de su conducta, se dijo á sí mismo —“esta pobre mujer derramará una lágrima mas por mi culpa.”

### III

Las bellas tardes de Florencia no tienen tipo conocido; ese valle rodeado de pequeñas montañas salpicadas en las cimas, en las pendientes rapidísimas, en los mas caprichosos accidentes del terreno, de edificios calculados mas para el efecto óptico que para la comodidad, quiebran la luz del sol de modo que de los bosques, de las calles de la poética ciudad, os parece ver entreabiertas las puertas del Eden y respirar su atmósfera de bienaventuranza.

Sería necesario no tener entrañas de hombre, para no sentir el hálito divino y las expansiones gratuitas del corazón; sería necesario que el alma despojada ya de sus cualidades irrenunciables, pidiese á la tumba lo que ella no puede ó no debe dar, para no sentirse transportado á otro mundo, esto es, á los recuerdos queridos de una juventud feliz, á las afecciones predilectas, á la vida íntima y misteriosa que todo ser humano lleva en su pecho como el depósito querido de su peregrinacion. ¡Es tan lógico

que cuando la naturaleza entera sonrie y es feliz sienta el hombre dentro de sí la alegría del Eterno! . . . .

Y sin embargo, bajo la luz mas suave del cielo estrellado, bajo la luz mas pura de la luna, alli donde el sol podria asumir el nombre del Eterno, nacen vívoras venenosas, animales carnívoros y feroces, tiranos peores que ellos, y las pasiones que asesinan y las desgracias que piden veñganza ò ateismo. Mirad el manto estrellado de ese cielo, fijad vuestras pupilas en ese Sol que los Incas en latitudes y siglos diferentes adoraron, y descendad luego la vista à examinar lo que se pasa en esta Italia que los hombres llaman jardin de la tierra . . . . ¿Qué vereis? Poderosos que hacen roer el freno de la miseria, calculada para envilecer à su especie; hombres que se llaman nobles y que explotan vilmente à sus hermanos; gobernantes que gravan en beneficio personal, algo peor, en sosten de un lujo estúpido, el sudor de los pueblos; militares que llevan el sable à la cintura, para voltear la cabeza de sus conciudadanos, cuando la voluntad de Dios ha puesto en ella una chispa de la intelijencia divina; sacerdotes que adoran en público al Dios de la verdad, y que sirven de espías y de esbirros à los que tiranizan à sus conciudadanos; juventud generosa, arbustos sofocados por el veneno de la tirania que filtra gota à gota y

dia à dia sobre los gérmenes de la libertad nacional, obligada à mendigar en el destierro el puesto que la inteligencia les asignaria brillante en el hogar doméstico. Y todo esto se encuentra en medio de las flores de mas puro perfume, bajo de ese cielo que hace sobreir la vida, en los prados, en las verdes montañas despojadas de nubes, al lado de los monumentos que gritan à la decadencia actual, vergüenza ò piedad por los hijos de los grandes que los elevaron; y asi se eterniza esa cadena, de generacion en generacion, de siglo en siglo, y la naturaleza siémpre bella, siempre buena, cubre con su manto de luz tanto dolor, tanta desgracia y tanta maldad.

—Ea, Enrique . . . . à las Calscinas . . . . dejad en paz esas caricaturas . . . . la caricatura es un gran medio . . . . dejad esas figuras y venid conmigo. dijo Eugenio al muchacho que continuaba su batalla.

Y arrebatados por la belleza de la tarde, se lanzaron à la caleza y ocho minutos despues estaban en las Calscinas.

Esther se paseaba ya muy despacio, por el mismo camino donde sus caballos se habian enfurecido; apenas su lacayo les descubrió del pescante vino à ellos.

—Milady os espera y me ha ordenado preveniros. Enrique y Eugenio bajaron prontamente, y dos mi-

nutos despues el último tenia à Esther de su brazo.  
. —;Que dulzura en todo lo que nos rodea. Esther, y que armonia, decia Eugenio à su compañera. Mire V. el verde de esos àrboles y el azul de este cielo. Ve a V. como corre el Arno, que refleja en sus aguas la copa juguetona de ese pino, destinado acaso como tanta esperanza de proscrito à morir en tierra estrangera. Todo lo que no depende del hombre, Esther, es feliz; la tierra sufre sus inviernos, sus dias de dolor, pero renace à la alegria y tiene su primavera constante. A mi me parece oirla sonreir en cada yerba, oir su canto de nupcias en cada pàjaro que atraviesa los aires; y para el hombre no hay primavera sino una que otra sonrisa que pasa como la nube solitaria.

—Oh! Eugenio . . . . Siempre triste, siempre mal con los hombres: no hablemos de ellos. Me gusta tanto oirle discurrir de la naturaleza, de los àrboles, del cielo . . . . acaba V. de decir cosas tan dulces que me crei à la presencia de un cuadro seductor.

—Me juzga V. mal, Esther; mañana sabrà V. si tengo razon para quejarme de los hombres: no por un acaso; yo he puesto mis pies sobre la cabeza de la murmuracion y sigo mi camino; la verdad es peligrosa, y suele causar enemistades implacables; las pasiones dominan tirànicamente en mi tierra natal; quise luchar y fui vencido y V. sabe que la victoria

siempre tiene razon. Cuando conozca V. mi vida pública me juzgará bien, y cuando le diga al oido, temeroso de que mis palabras no lleguen à su coraçon sin que las escuche el eco, porque tendria celos hasta de esa divinidad solitaria, todas mis penas íntimas, todas las peripecias de esta mi vida que siempre ha sido à los ojos de los otros tranquila y feliz, siendo en verdad un infierno, me tendrá lástima y me amarà. Si me amarà, y yo tambien la amaré à V. con aquel amor que no conoce rangos ni condiciones, ni conveniencias. Vea V., Esther; ustedes criaturas modificadas por una sociedad puramente de formas, no saben como ama el toro en las praderas salvages, el tigre en los bosques solitarios, el tiburón en medio de los mares; condenadas por la necesidad de un lujo mortífero han puesto en los bienes de fortuna la medida del afecto, y si alguna vez les habla el coraçon, es un capricho de juventud, les dicen sus padres, y la máscara vuelve de nuevo à cubrirles el rostro. Por eso es que estas sociedades que tienen por base la mentira y el egoismo no llegarán nunca à la realizacion de una sola idea general en beneficio de la felicidad comun; recorra V. la Europa toda entera, y nómbreme el pueblo feliz . . . .

—Le escucho à V. Eugenio.

—Perdon, Esther . . . . hace cuatro meses que mi coraçon devoraba dentro de si estas cosas, y tenia

necesidad de decir las . . . . V. es mi amiga. ¿He sido indiscreto acaso?

— ¡Eugenio!

— Bendita sea . . . . escùcheme pues . . . . Yo he recorrido muchos pueblos de la tierra, he estudiado el organismo de muchas sociedades, he saludado las Houries del Coran y los àngeles del catolicismo, he regado con los protestantes y adorado los ìdolos con los chinos; que he encontrado en todo esto? sistemas mas ó menos vulgares, inventados à propòsito para explotarse los hombres entre si. Esto no se puede decir à todo el mundo, porque os llamarian immoral, persona sin principios, irreligioso, ateo; pero à V. debo decirle mi pensamiento todo entero. Mire V. lo que es el Papa, el sucesor de San Pedro, el representante del que muriò en la cruz por la salvacion del género humano, y le hablo à V. de la cabeza que rige los destinos mas caros y sagrados de las dos terceras partes del mundo, porque de ella debe nacer la ley de la unidad moral, el principio que encadena y dirija todos los esfuerzos hàcia el bien comun, la felicidad universal. El catolicismo agoniza y muere asesinado por sus ministros; los tiempos de la fé ciega, de la fé bàrbara, han pasado para siempre y los secuaces de San Pedro hacen cada dia injurias tales à la razon humana, que ya nadie cree en su poder ni en su virtud. El vulgo que amaba el mis-

terio y el prestigio que era la base del inmenso poder del papado, está completamente desengañado y el último hecho de llamar en su auxilio ejércitos extranjeros que à fuerza de batallas sangrientas le han restituido su Palacio, ha demostrado que la ingerencia de la inteligencia divina en el gobierno de los fieles y en el sosten de la Iglesia, era una quimera, una mentira política, como tantas de las que se emplean para explotar à los pueblos.

—Yo soy protestante, Eugenio.

—En hora buena; es un paso mas que los suyos han dado hacia la simplificacion de un sistema; pero ustedes no han completado la revolucion, y el protestantismo morirà tambien, porque lo minan otras causas. Entretanto siga V. sus creencias con fervor, con conciencia, porque en el sentimiento íntimo, en la fé consiste la bondad de toda religion como de toda virtud.

—Es V. un santo, Eugenio.

—Pobre Esther . . . .

Y la dulce criatura se abandonaba sobre el brazo del amigo, como si la bienaventuranza les hubiese cubierto con su manto estrellado, como si la tierra fuera la atmósfera azulada y la naturaleza toda, el Paraiso terrenal.

Los que no ven en el amor de la muger mas que la espresion de un deseo material, no pueden com-

prender la arrobacion del alma, cuando otra alma cándida y buena viene á los labios de la muger amada à murmurar las sensaciones simpáticas que le bullen en el pecho; ignoran que cada aprobacion, cada sílaba que se escapa arrancada por la plenitud del contento, es un beso, y un beso como se dan los àngeles, sin mancha ni temor; ignoran la actualidad de la existencia de toda criatura, la una que refleja à la divinidad, inmortal, y la otra que se arrastra en el fango de esta vida terrenal, y por lo tanto, son seres imperfectos, defectuosos.

—Dejemos ahora à los pueblos y hablemos de nosotros, dijo Eugenio à Esther. No es de ayer que nos conocemos, y buscando en la memoria, podremos encontrar sin esfuerzo, me parece, algun recuerdo no muy remoto ni muy borrado. Hoy, si, hoy hace ocho dias que la ví à V. en San Maniatto, sola completamente, en medio de esas ruinas del tiempo y me pareció descubrir el àngel de la resurreccion; yo la veia à V. examinar una por una esas paredes que la mano descarnada de los siglos ha rasgado por todas partes; y creí deveras que buscaba V. alguna cosa.

—Si, amigo mio, queria descubrir algun vestigio de esos antiguos frescos tan aplaudidos, de que no quedan ni rastros.

—Mi investigacion era mas fácil:—V. sabe que en

esa torre de San Miniatto se defendió la ciudad de Florencia, cuando fué atacada por el ejército de Carlos V, combinado con el de Clemente VII, que procuraba colocar en el poder á su sobrino Lorenzo de Medicis; me habia propuesto subir à esa torre para poner mis pies, donde puso los suyos el gran artista, el siempre sublime Miguel Angel, porque el autor del David peleó allí como simple soldado por la libertad é independencia de su patria.

—Ah! Miguel Angel ha peleado tambien?

— ¿Cree V., amiga, que quien puso sobre la frente de David esas arrugas que respiran guerra, victoria, heroismo, no sentia dentro de sí mismo todos los sentimientos que traducia? En mi pais hay un proverbio vulgarísimo que se puede aplicar muy bien à las bellas artes—“nadie dá sino de lo que tiene.” Miguel Angel era sublime de alma y de corazon, y por eso sus obras son sublimes sobre todas las otras; Bandinelli era pobre, mezquino de carácter y por eso produjo esa caricatura que està al lado del David, con el nombre de Hércules, que no se sabe si representa una criatura de nuestra especie ó un animal de género desconocido. Su grupo del Laocoon parece mas bien un hacinamiento de furias, que la representacion de esa fábula tan patética, mientras que el Adonis de Miguel Angel que està al lado invita al llanto; tal es la verdad de la si-

tuacion y lo perfecto de la obra. Rafael, nos ha dejado el tipo de la belleza celestial, porque él era divino en su alma de niño y cuando quiso darnos una prueba de su amor mundano, arrojó à la posteridad el retrato de su Fornarina, que tan bellamente figura en la Transfiguracion. No lo ha visto V? Me parece el tipo del placer no de la criatura. La Fornarina volveria loco de amor al estoico mas fanático, y Rafael tuvo razou de amarla tanto. En ella ha colocado el deleite sus formas mas picantes, como ha colocado en V., Esther, sus cualidades mas dulces, porque V. es mas bien un ángel que una muger. El carácter de su fisico revela su alma, y yo amo el alma, Esther, cuando la forma que la encierra no inspira carne, como los lobos.

—Como es V. extravagante Eugenio.

—El gusto es siempre bueno, V. lo sabe. Yo la he seguido, como el niño persigue á la que lo nutre con su pecho, como si fuese una emanacion de su ser, pegada á su vida de V.; la veia triste y sin quererlo la melancolia se apoderaba de mi alma; otras veces la veia reir con su hijo, y mi pecho respiraba mejor, mi vida era mas fácil; en el teatro mis ojos no podian separarse de su palco, y cuando la figura carnal de su esposo tropezaba con mi mirada tenia que detener mi brazo que buscaba el puño de mi puñal. Este afecto era un delirio, una ecsistencia

que mas fuerte que la que Dios me dió domina tirànicamente la mia.

Ahora que la tengo à mi lado, que respiro el aire que V. respira, que leo en cada una de sus miradas la historia íntima de su alma, ahora ya nada me falta en esta tierra en que me crecí abandonado, y confundido con alguna de sus ruinas. Yo nada pido, Esther; mis lábios no empañarán jamás á la criatura divina, pero preveo tormentas crueles y es necesario evitarlas. No he nacido para esa felicidad que el montañés mas desgraciado goza sin saber lo que posee; á mi me ha condenado la suerte á vivir de los recuerdos despedazantes, de las separaciones que matan. Oígame V.—Niño aún, me arrojaron los ódios políticos de la casa paterna donde yo era el ídolo; solo, abandonado à mi mismo, luchando con las preocupaciones y las ideas de hombres altamente colocados en el pais que me dió asilo, supe abrirme un camino y ser respetado de todos. La poca inteligencia que la naturaleza habia puesto en mi cabeza, fué el único medio de mi prosperidad, y arrastrado por una pasion de corazon, de aquellas que VV. no conocen aqui en Europa, yo me ligué à una muger que era un àngel de belleza y de amor. Dios me la arrebató cuando tenia veinte y un años; dejóme dos hijos que una hermana de mi amada educa y cuida como si fueran propios, pero los educa

para ella, no para mí que no puedo vivir á su lado aquí en este mundo, en que es necesaria tanta fortuna, y yo soy pobre, Esther. Mañana mis recursos faltarán y tendré que volver al fondo de la América, donde me esperan dolores infinitos. Combinaciones de una suerte maldita me han colocado en esa situación, sin que haya hasta hoy comprendido las interpretaciones que se han hecho de mis acciones y de mis pensamientos.

—Yo le venero á Vd. así, Eujenio . . . las combinaciones de la mala fortuna desaparecen cuando el desgraciado lo espera menos, y V. no debe ser la víctima de causas vulgares y ordinarias. Yo leo en su porvenir que dentro de poco esa nube negra que oculta el futuro desaparecerá, y ya verá que la fortuna le tiene reservados muchos días felices.

—Oh! no lo espero.

—Si; espere V.; la esperanza es el consuelo de los justos.

—He desesperado de todo, hasta de mí mismo. Creía Esther, que este viaje á Italia sería mi tumba, y por eso lo he hecho; entre las ruinas de una gran nación, me decía, bien puedo concluir una vida que es también una ruina; pero V. ha salido al encuentro en el camino de mi agonía, y el amor de la existencia ha vuelto á dominarme . . . Hoy creo que lloraría de dolor . . . oh! aprovechemos de estos mo-

mentos en que todavía se hace oír la razón: separémonos y para siempre. Así se cumplirá el destino de ambos, sin que un solo remordimiento venga à entristecer nuestras conciencias.

—¿V. no créé en Dios, Eugenio?

—Sí, - amiga mia, creo en Dios sobre todas las cosas.

—¿No créé V. que su presencia en este sitio, cuando mis caballos se desbocaron, era providencial?

—Tal vez.

—Entonces no me huya Vd. . . . y permita que Dios concluya su obra.

#### IV.

Indiferentes à todo lo que les rodeaba, nuestros amigos habian paseado dos horas enteras, sin saber lo que se pasaba en rededor; el pueblo de Florencia casi en masa habia salido à respirar el aire vivificante de las Calcinas, y grupos de todas condiciones. amazonas elegantes, ginetes en soberbios caballos ingleses, úngaros y de maresmas; carruages de todos los gustos, y se puede decir de todas las formas y edades, cauzaban bulliciosos mientras que Esther y Eugenio abstraídos de la tierra, vagaban en el mundo de las ilusiones.

—Y bien, Esther, sea lo que la bondad de Dios determine, la decia Eugenio. No partiré: ahora empezemos este papel de una comedia que yo no he estudiado nunca; V. es casada, tiene un hijo y una reputacion que perder. Yo maldecirla mi alma, si por mi culpa el aliento pestifero de la calumnia viniera á hacerla sonrojar; entonces si me creeria maldito, y blasfemaria de la divinidad de la creacion y de . . . .

—Eugenio!!!

—Oh! V. no puede comprender la triste condicion de los pueblos esclavos. Acostumbrada á la altura de su civilizaci6n, cree que cada uno vive de sus negocios, de sus asuntos particulares. Se engaña V., Esther; todavia se ignora en Florencia que los secretos del hogar, y mas que ellos los del corazon, son propiedad inviolable. Aquí todo el mundo vive de los otros; la fama mejor establecida, la reputacion mas sólida pasa diariamente por mil bocas que sedientas de un poco de liquido venenoso, sirven de alambique á todos los nombres y á la reputacion de los que viven dentro de las murallas.

Nuestro paseo será esta noche el tema de todas las conjeturas, de todas esas palabras que tienen un eco en los salones, y que llevan muchas veces la muerte ó la deshonra á una familia inocente. No pudiendo ocuparse de los asuntos de la patria, por-

que el destierro ó las cárceles les esperan, depositan sobre una fama el veneno que ennegrecerá á un nombre ó causará la desolacion de una casa; bajo de este cielo se nace con un alma ardiente, tumultuosa, y la actividad interna es una necesidad imprescindible; el Florentino debe roer, morder alguna cosa, porque sus dientes no pueden estar tranquilos, y no pudiendo cebarse en el gobierno, pues las espías viven hasta en el aire, despedazan una reputacion como si cumpliesen con un deber natural. V. no sabe todo esto, Esther, porque el Ingles es siempre el mismo en todas partes, y donde quiera que viva se cree en la Gran Bretaña; pero yo que he sido lanzado á esta sociedad como cosa curiosa á causa de mis viajes y del lugar de mi nacimiento, he podido estudiar esos hábitos y rectificar mi odio por tan feos defectos. Ya verá V. que el primer disgusto nos vendrá de la murmuracion. Oh! si hubiesen sabido que antes de la escena del carruage yo habia encontrado á V. en otros sitios, á estas horas su nombre, ya tendria una mancha, y lady Wilson pasaria por la querida del Americano á los ojos de ese mando que vé V. contento ó satisfecho de sí mismo.

—¿Y qué hacer, Eugenio, si esa es la condicion de esta sociedad?

—¿V. me cree . . . . no es verdad, Esther? . . . .

Pues bien, seremos hipócritas como ellos son, y ocultemos para nosotros solos este dulcísimo sentimiento que nos liga. En vez del viage à Pratto, que lo sabria todo el mundo, iremos mañana à la galeria Pitti, donde no hallaremos sino à los pocos artistas que copian algunas pinturas que como las poesias del Dante ó de Schiller, son intraducibles. Esos no forman parte de la sociedad *fashionable*, porque pobre de medios pecunarios y de títulos de nobleza, el artista italiano vive en el retiro y para el trabajo: tal vez al pasar por el frente de alguna madona de Rafael, el copista arroje el pincel porque creará viéndola à V. que copiaba una copia.

—Gracias, Eugenio.... haré como V. lo quiere.... mañana en medio dia estaré en la galeria Pitti; no la conozco aun, como no conozco ninguna de las bellezas de Florencia . . . . Mi marido no ama las artes, y yo no me he atrevido à presentarme por mi sola; sí V. será mi guia, y antes de recorrer la campaña, estudiaremos juntos la ciudad. Una palabra de V. me esplica tanto que pronto podré comprender esa admiracion universal por las galerias florentinas; luego iremos à los templos, à los museos, à las bibliotecas. ¿Se sonrie V., Eugenio? yo leo mucho . . . . la historia de mi pais esta bien gravada en mi memoria . . . . Conozco à Shakspeare, Byron, el bellissimo y desgraciado Arond, Sheridam, el sublime Calavera...

—Oh! basta, Esther, le creo á V. sobre su palabrera . . . y ¿de la literatura italiana conoce algunas cosas? El Dante por ejemplo . . .

—No, porque leí en mi niñez en una obra de Lord Chesterfield que dice que ese Dante no merece el trabajo de entenderlo.

—No crea V. en el juicio de ese Lord. El Dante es la criatura mas completa que Dios haya colocado entre los hombres. Byron que valia algo mas que Lord Chesterfield, hizo del Dante lo que este hizo de Virgilio, su tema, su maestro, su divinidad. Hágame V. el gusto de leer esta noche en su lecho el canto 5.º del Infierno, y si no le comprende V. bien, yo se lo explicaré mañana.

—Lo prometo, Eugenio.

—Luego leeremos juntos al Manzoni, que es mi poeta querido. Los coros del *Adelghi* merecerian ser cantados á la presencia del Eterno . . . Ermenegarda es una muger santificada, mas por el alma del ~~poeta~~, que por el santo dolor que la llevó á la tumba. En él encuentra V. bellas ideas dichas bellísimamente, la estàtua con el manto griego sin rival hasta hoy en la escultura. Leeremos el Tasso, el Ariosto, y aunque parezca una blasfemia, el Boccaccio. Si nuestro destino nos permite gozar de la dulzura de esta relacion que la Providencia ha formado, estudiaremos de la literatura actual lo que

merezca serlo:—El Guerrezzi, el Berechet, el Aze-  
glio, el Mazzini, este tribuno sin rival en la historia  
de los Bienzi de Italia moderna. Oh! si V. supiese  
el español . . . no ría V., no es nuestra culpa que la  
España hable una lengua muerta por decirlo así en  
el progreso de la civilizacion presente, sus frailes,  
su inquisicion y el gobierno de su casa de Austria,  
la borraron de la Carta Europea, pero ella renace  
nuevamente y posee tesoros que le envidiarían las  
primeras naciones de la tierra. La Alemania, que  
es la sabia entre las sociedades inteligentes, ha es-  
plotado á la España y le ha dado su lugar . . . pero  
yo no soy español, Esther. La literatura de la Re-  
pública Argentina data de ayer, pues ella no fué na-  
cion, ni tuvo vida propia, ni hombres que se entre-  
gasen á las ciencias, ni al culto de la inteligencia  
humana, sino despues de 1810. Encerrados en el  
estrechísimo círculo de una colonia tan retirada de  
la Metrópoli, nuestros padres nacian y morian bajo  
el sistema de la esplotacion financiera de sus amos,  
sin tener tiempo para ocuparse de otras cosas que  
de las puramente necesarias y determinadas para  
producir el efecto calculado, es decir, el oro y la afir-  
macion del poder estrangero. Con la emancipacion  
de la patria, vino la emancipacion del pensamiento,  
y existen pocos himnos en la tierra que espresen el  
renacimiento de un pueblo con mas altura, con mas

corazon y nobleza que el nuestro. Su autor no era una de esas individualidades que hubiese llamado la atencion por sus talentos en la época; alma cándida y sensible oyò sonar la trompa que llamaba à los hijos de los padres esclavos à las santas batallas por la madre patria encadenada, y lanzó su voz en medio de las esperanzas, de los peligros, *nella procelloza giogia d'un gran disegno*, y esas palabras parecen talladas por un brillante inimitable; siguieron los combates, las derrotas y las victorias, las miserias, los errores, las ambiciones personales y las licencias con el nombre de libertad; las guerras civiles encarnizadas, la tirania y las esperanzas. Todos estos episodios han tenido sus vates, como tuvieron sus héroes, sus judas y sus mártires: en cada época encontraria V. un Aquiles y un Homero que han caido en el olvido para no renacer sino en los pàlidos recuerdos de la historia. Pero estas fueron lecciones que han dado su fruto: despues de Lopez, Lafinur, Varela, Rojas y Luca, han venido mis amigos Echeverria, Gutierrez, Màrmol, Dominguez y Mitre, jóvenes educados en las desgracias de la patria; viviendo en el destierro con el sudor de su frente, con mas talento acaso que diez mil de esos que en Francia é Inglaterra se pasean en calezas doradas solo porque nacieron en sociedades inteligentes y ricas.

Yo haria leer à V. el “Peregrino” de Mármol, la “Cautiva” de Echeverria, las producciones de cualquiera de los nombrados, y le preguntaria como hacen en mi pais—¿tiene V. muchos como este? Y le hablo de las obras en verso, porque como prosadores hay otros nombres que no tienen rivales entre los que produjeron el movimiento emancipador. Tenemos à Alberdi, Vicente Lopez, Sarmiento, Gutierrez, inimitable de estilo y de pureza; Lopez, (Vicente Fidel) sentencioso y crudito; Florencio Varela, que sucumbió bajo el puñal asesino de los enemigos de la civilizacion; Pico, gracioso y elegante como la blanca cabellera que le adorna, y cien mas que la mala suerte ha condenado à vegetar en nuestras soledades.

—Pero, Eugenio, dijo Esther, un pais que posee hombres semejantes debe estar en un progreso extraordinario; ya lo he oido decir, que dentro de pocos años la América será la primera nacion del mundo.

—La América, sí, como lo entienden aquí en Europa. Nuestro pabellon ha saludado las costas españolas, cuando tenian la palabra el cañon y la espada, pero seria tomado por insignia de piratas en muchos puertos europeos. La América del Norte es la única que Vdes. conocen, porque acaso es la única que merece con perfecta justicia el nombre

de nacion en todo el Nuevo Mundo. Esa parte de la tierra de Colon perteneci6 á la Inglaterra y fué poblada por ella, ó mas bien á pesar de ella. Sirvi6 de refugio á la nobleza inglesa en los tiempos de Cromwell, y á los capitalistas que abandonaron la isla: los nobles llevaron sus hábitos un poco feudales es verdad, pero de órden y de civilizacion; el comercio la industria y los medios de explotarla; la tierra se prest6 maravillosamente y pocos siglos bastaron para que el pais pudiera regirse por si solo. Nuestro territorio, por el contrario, bello como una rosa del desierto tuvo por primeros habitantes á los bandidos que de las cárceles españolas salian para escapar de la muerte ignominiosa; hacinados en el vientre de los navios que los deportaban llevaban en el corazon los vicios de la vida pasada, y como era natural, el odio por la tierra que les servia de castigo. Una vez desembarcados, se cebaban en la carniceria de los naturales que la historia en su lenguaje figurado ha llamado conquista; el estupro, el asesinato, los mas horribles delitos que la humanidad deplora eran las distracciones de nuestros pobladores, y cuando saciados por la repeticion de esos actos querian reposarse, tomaban una india á la que daban el nombre de amiga, la fecundizaban y se servian de ella como de una bestia, poco mejor notada que el asno. El ruido del oro de nuestros rios, lo

innagotable de esas minas que hasta hoy conservan en sus entrañas tesoros prodigiosos atraian poco à poco à algunas familias indijentes, y como la indijencia en Europa es compañera casi constante del atraso y de la poca moralidad, llevaban à las nuevas colonias sus malos hábitos en cambio de los tesoros que recogian. Asi se fueron aumentando esas poblaciones que en tres siglos han sufrido, gracias à la Providencia, modificaciones radicales. Ya vé V. que con origen semejante no se puede marchar rápidamente en la via de la civilizacion . . . . pero dejemos todo esto, Esther . . . . á su lado yo removeria la creacion entera sin saber que el tiempo pasa . . . .

—Y yo le escucharia, Eugenio.

—Es V. angelical . . . . Dejemos la orilla del Arno que aqui es un rio, y en mi país no seria un arroyo, y vamos al prado en que se corren las carreras à la inglesa. Allí seremos menos observados, porque en efecto nuestro paseo se hace notable; sus amigos la han saludado cien veces, y V. ha respondido con indiferencia. ¿No teme V. que estén zelosos?

—No Eugenio; mis amigos son ingleses y caballeros; . . . . mañana yo les diré “ese hombre que me daba el brazo me salvó la vida, me hablaba de su país, de la Italia, de sus impresiones, de sus estudios;” y mis amigos encontraron que tenia razon para estar distraida.

—¡Que dulce es el aire que se respira aquí Esther! Estos árboles pasan una vida envidiable; la nieve no los marchita en invierno, ni los vendabales los combaten; en la primavera ellos son los primeros en vestirse de ese follage de verde antiguo, como dicen los estatuarios. y en invitarnos à respirar su sombra. Oh! la bella naturaleza florentina!

—¿V. ama mucho la Italia, Eugenio?

—Si, mucho Esther, ¿sabe V. por qué? . . . . Porque la Italia es desgraciada, y toda desventura tiene una simpatia en mi corazon?

—¿Y porqué me ha pintado con colores tan negros la sociedad y el porvenir de este pais?

—Le he dicho la verdad sin encono, sin odio. amiga mia, porque debia decirla. Talvez esa lisonja tantas veces prodigada ha causado mas desgracias à los pueblos Italianos que satisfacciones de amor propio à los que las escuchaban . . . . Pero mire V. esa amazona que pasa veloz como la flecha del indio Mohicano.

—¿La conoce V., Eugenio?

—La he visto cien veces galopando en ese prado, pero ignoro su nombre. La acompaña siempre un niño y una niña, una señora y un caballero que parece su padre. Es una familia norte-americana, y esa niña elegante y bellísima de formas será mañana una de las *fantinas* que figuren entre los corre-

dores de caballos . . . . hay aberraciones en esas fiebres que se llaman modas, que son inesplicables. Parece que algunos jóvenes norte-americanos se han empeñado en que haya una carrera de Señoras, y en que esa joven y otra inglesa sean las jinetas. Las veremos, Esther, aunque sea con repugnancia por mi parte; porque este capricho me parece una violacion completa de la armonia natural. Esta señorita se presentará mañana, como la Erminia del Tasso, con el rostro encendido, el sombrero à la espalda, háciendo sonar el látigo contra los hijares de su generoso corcel, á la manera de los postillones españoles: faltaria para completar el cuadro que montase como hombre, y calzase espuela . . . . sin embargo, será aplaudida y si vence proclamada la Diosa del torneo. ¡Lleve V. luego esa joven à representar el santo rol de madre de familia! Rodeela V. despues de su triunfo, de los prestigios que adornan à la virginidad, déle V. la modestia, el candor que embellece á la belleza, despues que la haya visto à la presencia de treinta mil personas, todos los movimientos y contorsiones del arlequin! . . . . digo que me repugnerà mortalmente esa carrera Esther.

—No la veremos, Eugenio.

—Si amiga, la soportaremos. El viagero debe ver todo . . . . Pero me parece que la concurrencia empieza à retirarse . . . . hagámoslo tambien. V. por

su camino habitual y yo por el mio . . . ¿se acordará V. ? mañana á medio dia en el palacio de Pitti, sala de Niobbe.

—A Pitti, sala de Niobbe . . . Adios.

## V.

La invitacion á un baile para la casa de la marquesa Pierini le esperaba á Eugenio en el Hotel. La aventura de los caballos desbocados de la carroza de Lady Wilsson, le habia constituido el hombre á la moda, y las relaciones, invitaciones y cumplimientos llovian de todas partes sin que él se curase mucho de recibirlas. Disgustòle en estremo tener que sacrificar los comentarios íntimos del paseo de la tarde, á las falsas alegrías de un baile, sobre todo cuando se le dà el caracter venal de la etiqueta de las cortes, que generalmente no tiene otro objeto que una demostracion pueril del lujo del que lo dá: pero la marquesa Pierini, rusa de origen, era la amiga de Eugenio desde los primeros dias de su llegada á Florencia, y tambien lo era de Lady Wilsson, por lo que le fué necesario resignarse y vestir el ridículo traje de etiqueta. ~

Distraido ó tal vez fuera de los usos de la sociedad que le recibia, despues de sus tontos cumplimientos á la marquesa, sin mirar quien estaba á su

lado, ni quienes la seguian, dióse vuelta para ir à confundirse con los grupos de hombres que se paseaban en el salon.

—Como! ¿no le saluda à Vd? dijo la marquesa dirigiéndose á Esther.

Estas palabras llegaron à los oidos de Eugenio que volvió inmediatamente, creyendo que se dirigian à él. Sus ojos encontraron à los de Esther que al lado de la marquesa, dejaba vagar una sonrisa en sus labios delicados, como si quisiese decir:—Yo le conozco, no es una injuria, ni un desprecio, sino una de las muchas distracciones que lo dominan. Eugenio corrió à reparar su falta, y tomándole la mano con una espresion tal vez indiscreta, la dijo:—  
“Milady, no hacen dos dias que supliqué à Lord Wilsson escusase mis infinitas faltas de buena sociedad ¿Serà necesario repetir en este momento la misma súplica? . . . ¿Como se puede, Dios mio, reunir todas las cualidades en este mundo? Yo soy hijo de las praderas solitarias, hombre habituado à los largos viages y ocupado constantemente del fondo de las cosas, sin mirar los trages que las cubren, y por lo tanto sin ese tacto de Argos que dà el uso frecuente de estas reuniones . . . Impòngame V. una pena y verà que la ejecuto con gusto . . .

—Perfectamente:—en castigo bailarà V. el primer vals conmigo, dijo Esther, y le prevengo que

es un verdadero castigo, porque soy de una torpeza envidiable.

—Me lo arrebató V., querida, dijo la marquesa, riendo con un coquetismo encantador.

—A V. no la ha ofendido y en vez del castigo que yo le doy, V. querida, le habría puesto una corona de triunfo.

—Oh! Vdes. no tienen piedad, dijo Eugenio.

—Bien: sea, contestó la marquesa, á condición que la primera cuadrilla la bailará V. conmigo.

La orquesta llenaba los salones con sus olas de armonía, y las picantes notas de una polka de Strauss removían la sangre de todos los oyentes . . . . Entretanto Eugenio no había abandonado el sitio en que estaba Esther, y como si no hubiese venido allí, sino por ella, sus ojos no miraban sino á los suyos. su alegría no le venía sino de su presencia, su vida vivía de la suya, y la embriaguez de la bienaventuranza se había apoderado de su ser.

—¿Está V. enfermo? le dijo el marques Pierini. apretándole el brazo.

—Oh! no, por Dios.

—Tiene V. el aire de un Cristo.

—¡Marques!

—Está V. concentrado como un muerto . . . . y luego, el Cristo del Dolci es su pasión.

—Déjeme V. gozar á mi modo de su linda fes-

ta . . . es temprano y los salones rebosan ya . . . .  
tendrá V. que ceder su santuario, marques . . . .  
¿piensa V. que no se sabe en público que el mar-  
ques Pierini tiene un santuario impenetrable en su  
Palacio? . . . . si amigo; todo se sabe, y las conjeturas  
son infinitas . . . .

—¿Cuando piensa V. partir de Florencia?

—Oh! es importuno.

—No, al contrario, deseo saberlo porque pienso  
abrirle las puertas de mi santuario.

—Mañana fijaré el día de mi partida y se lo avi-  
saré.

—En hora buena: venga ahora al salon de jue-  
go . . . muchos amigos nos esperan, y el pobre Wil-  
son no se halla en su noche feliz.

—No puedo: el wals me llama y tengo que sufrir  
la pena de bailarlo ¿con quién le parece à V.?

—Con mi muger, apuesto.

—¿Cómo? ¿comprende V. que para mi sería una  
pena bailar con la marquesa? Ya, los maridos tie-  
nen el derecho de compadecer á los demas.

—Ea, ría V. de los pobres esclavos . . . . impío . . . .  
¿Con quién bailará V. entonces?

—Con Lady Wilsson.

—¿Y es esa una pena, por Cristo?

—Como lo sería bailando con la marquesa.

—Ahora comprendo, calavera . . . .

Y dejándole con otro sarcasmo en los labios, Eugenio corrió á dar el brazo á Esther y á tomar su lugar.

—¿Qué tiene V., Esther? ¿por que tiembla asi? le decía acercándose de modo que nadie pudiese oirle.

—Estoy mal, amigo mio; estoy triste, tengo miedo, estoy loca . . . .

—Tranquilzese V. por piedad. Qué! algun suceso de familia, alguna indiscrecion . . . .

—No, Eugenio . . . nada hay en el exterior que me atormente . . . pero estoy loca, y yo necesito revelar un secreto que me tiene fuera de mi ¿me perdonará V.?

—Oh! Esther; me obligará V. à ponerme de rodillas à la presencia de todos?

—Y bien, mi amigo, mi salvador, yo . . . oh! . . . si, yo le amo.

—Bendita seais, criatura del cielo.

Y para que la felicidad no brillase en su rostro, en toda su persona y fuese à ser el objeto de la atencion de la concurrencia, Eugenio tomò frenéticamente la cintura de Esther, y llevòla à perderse en ese torbellino del wals que como las olas del océano jugueton, se reproducen sin cesar y van à morir dulcemente sobre los costados del navio. Ni una palabra, ni un signo solo que tradujese lo que

se pasaba dentro de esas dos existencias. ¡Que dicha entonces! que dulzura! bien dice el divino poeta:

*Nessum maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria . . . . .*

Vino la cuadrilla prometida à la marquesa, y en los largos intervalos de ese baile desfigurado, ella tuvo la ocasion de herir à Eugenio con su lenguaje tan fino y tan noble:—Hay castigos envidiables, le decia la marquesa, y apostaria à que deseaba V. que el que le impusieron, durase toda la noche.

—Hay recompensas que son mas caras, marquesa, y esta cuadrilla . . . .

—Venalidad, palabras de sarao, de bullicio . . . . no se trata de recompensas sino de penas . . . .

—No lo niego; hay penas dulces, pero sostengo siempre que la recompensa vale mas que la pena . . . . Pregúnteselo V. à Lady Wilson.

La Marquesa quedó sorprendida à esta salida tan contraria à lo que ella se esperaba, y conociendo en su sagacidad de muger de mundo, que tal vez habia tocado una cuerda herida, varió el objeto de su conversacion. Fué como siempre adorable de espíritu y de amabilidad, y mientras se entregaba con tanto gusto à la crítica del ridículo que abundaba en su sociedad, le decia à Eugenio: no me juzgue V. mal, porque me esfuerzo en ser mala, solo por distraerlo.

—Pero me parece, Marquesa que yo no estoy triste, contestaba el viagero.

—Si lo está V.; yo veo en su frente una línea que denota la fijacion en una idea.

—Esa idea puede ser agradable.

—Entonces esa línea no ecsistiria. ¿No ha visto V. la frente del Ferruccio?

—Si marquesa; es como la frente del Moises de Miguel Angel, un agrupamiento de líneas convergentes que vienen à coronar sus cejas, como las nubes de los tròpicos coronan la salida del sol. Miguel Angel decía que Ferruccio representaba el pensamiento que le habia inspirado la cabeza del Moises: pocas se pueden ver mas nobles.

—Y bien: en ambos existe esa línea que cruza la frente de Vd. y que yo veo ahora por la primera vez.

—Es que hasta ahora no se ha dignado Vd. mirarme, Marquesa . . . . pero me parece que hemos concluido la cuadrilla, y que es tiempo de ganar nuestros asientos; ya ve Vd. como amo el baile.

—Sigame Vd. porque quiero concluir esta conversacion.

—Perderà Vd., Marquesa . . . .

—¿Como que perderé? ¿quiere V. decir que no tengo razon?

—No, no es eso. Digo que perderà Vd. porque

su salon reboza de viboras ponzoñasas, que no han asistido à su fiesta sino para envenenar la poca felicidad de uno que otro, que sabe vivir la vida de los afectos íntimos, desinteresados . . . ya sabe Vd. que hoy paso por ser el hombre à la moda, como lo era ahora dos meses ese príncipe indiano de tan buenas fortunas; me ven separado de las fiestas, del bullicio, y ya ha llegado à mis oidos que me atribuyen una profunda pasion de corazon; Vd. es bella, jóven y tan capaz de inspirarla; yo soy tan buen apreciador de su mérito, que temo, Marquesa, que mis respetos y su amabilidad sean mal interpretados!!!

—¿Me dice Vd. su pensamiento de veras, ó es un pretesto elegante para salir de esta conversacion?

—Oh! Marquesa: lo que acabo de decir no merece esa injuria; yo no rio jamas de la reputacion de una señora, y en Florencia son fáciles à dejarse llevar de las esterioridades. Esa juventud es mordaz, por situacion, por necesidad, no sē tambien si por naturaleza; porque obligada à vegetar en un pais en que la libertad no está en armonia con las nobles ambiciones, han adoptado como empleo del tiempo y del espíritu el análisis de la vida agena. El campo de las conjeturas es inmenso, y el Florentino està dotado de mucha imaginacion . . . si yo hablo con Vd. una media hora, su nombre y el mio rodarán en el patio de la Pergola, en el Cocomero, en

los cafés, en las calles, y mañana seremos el objeto de una revista escrupulosa en las Calscinas.

—Yo soy estrangera, jóven, noble y bella, segun todos lo dicen, y ya he tenido que pasar por cien revistas de ese género. ¿Sabe V. que efecto causan? El inverso acaso del que desean; yo rio de ellos, mientras se ocupan de desgarrarme en sigilo, como hacen los traidores. Mi corage les asusta el primer dia, el segundo les obliga á pensar y el tercero les persuade que no tuvieron razon. Ya nos conocemos con la murmuracion Florentina. Sigamos nuestro asunto.

—Confieso que es V. heroica . . . y bien decía V. que atravesaba mi frente una linea que denotaba concentracion y tristeza.

—Y que esa era la prueba de alguna pena fija, invariable, que en mi atolondramiento no habia notado hasta hoy . . .

—¿Quiere V., Marquesa, que tomemos un juez? . . mire Vd.; Lady Wilsson está allí, sola, distraida, rumeando Dios sabe que pensamientos; traigámosla y que ella decida. Yo le dejo à Vd. la palabra, esponga V. los hechos, las observaciones, sus conjeturas, y diga en mi defeusa simplemente que yo he negado.

—Acepto, dijo la marquesa Jelva, y veloz como la paloma de amor, corrió donde estaba Esther, la

tomó las manos y la colocó en el asiento que ella acababa de dejar. Entonces empezó esa narración fina y rápida como el granizo, incisiva, capaz de dar lecciones al cincel de Donatelo, colorida como los cuadros de Salvador Rosa, y concluyente como las pinceladas del Vinci.

Esther escuchaba concentrada; parecía que su corazón más que su espíritu se interesase en descubrir la verdad, y Eugenio veía los ojos de Jelva brillar de regocijo, porque creía haber tocado las simpatías del Juez en su favor. Después de dos minutos dijo Esther:

—Ambos teneis razón . . . la marquesa ha encontrado que esa línea de la frente responde à una llaga del corazón, y el señor ha dicho la verdad negando que hoy esté triste; les parece acertado este juicio?

—No es completo, exclamó la marquesa.

—Es justísimo, dijo Eugenio; y la nueva discusión iba á empezar, cuando vieron aparecer la prosaica y carnal figura de Lord Willsson.

—He luchado con la mala fortuna cuanto he podido, dijo, y me ha vencido. El naipe es caprichoso. . . . marquesa, invito à V. para el primer wals . . . . Vd. no baila, señor americano? . . . allá en su país no son conocidas estas reuniones.

—Ya he bailado, Milord, respondió Eugenio, agregando con sequedad—en mi país son conocidas

estas reuniones, con algunas diferencias sin embargo . . . . En Buenos Aires no hay corte sino Gobierno y este es republicano; la etiqueta rigorosa no existe pues. Luego no asisten à los bailes sino las personas que bailan, y aqui yo veo media reunion ocupada del analisis escrupuloso de todo lo que se pasa y de las acciones de cada persona; una sociedad semejante deberia tener sus taquígrafos.

—Ea, marquesa, al wals, dijo Lord Wilsson, y llevòse à Jelva. Eugenio aprovechòse del sitio que quedò desocupado, y afectando un aire de completa indiferencia dijo à Esther: haga Vd, lo mismo que yo porque estamos rodeados de espías.

—Yo sufro mucho, Eugenio. Pareceme que todo el mundo lee dentro de mi, y que estas cuatrocientas personas que nos rodean se suzurren al oido mi debilidad . . . . no me acusa V., es verdad?

—Yo le adoro, Esther, y le debo à V. mi dicha.— Déjeme gozar de ella dentro de mi solo . . . . ¿si viese V. mi corazon? . . . . y me pregunta si la acuso . . . . esto es cruel, amiga mia . . . . ¿como la providencia es buena! . . . . mire V., Esther:—antes de oir su voz, yo le adoraba como à criatura del cielo, y ahora que me ha dicho que me ama, yo la venero à Vd. como al angel de mi resurreccion; ¿quiere Vd. que le muestre todo mi amor? Quiere V. que arrojando à los ojos de esta plebe que se llama nobleza, todo el

despécio que me inspira, me postre à sus piés y bese el polvo que ellos pisan? no me diga Vd. una palabra mas, porque ya se lo he dicho, soy un loco, un frenético y la sociedad no mira sino las esterioridades.

—¡Como deseo la soledad, Eugenio. . . . ahora comprendo lo que vale la libertad de mis parques, y de sus praderas americanas . . . . ¿me quiere Vd. dar su brazo? Lléveme V. por todas partes, por todos los salones donde se juege, donde se beba, á ver si esta impresion me deja un poco . . . . aqui estoy mal . . . . todos me miran . . . . y yo tiemblo.

—Hagamos mejor, Esther: preteste V. una indisposicion cualquiera y retirémonos. Si Lord Wilsson no la quiere acompañar, V. me ha dicho que à mi lado no tiene miedo!

—No me atreveré à proponérselo . . . . es tan . . . . egoista.

—Venga V. entonces . . . . y tomándola del brazo la arrastró al medio del bullicio, allí donde los bailarines apiñados, á la manera de los pájaros sorprendidos por una red pesante, hacian esfuerzos para abrirse un camino. Eugenio recibia los encuentros furiosos de esos frenéticos que habrian huido tal vez al frente de una batalla, pero que en el salon eran heroicos de ardimiento y de perseverancia. Lord Wilsson, mole inmensa de carne, y por lo tanto

de una elasticidad elefantina, no podia dar un paso y arrastraba de su brazo hercúleo à la delicada y esbelta Jelva. Las oleadas les acercaban à tocarse, y el reflujó volvia à separarles veinte y cinco varas.

—Venceremos, Esther, le decia Eugenio, porque la perseverancia es la virtud de las virtudes.

—Oh! amigo mio, que feliz soy asi de su brazo.

—Fie Vd. en mi, criatura querida . . . .

Un golpe de armonia, seco, decisivo como el nó serio de un hombre enojado, puso fin al wals, y pudieron dar caza al Lord que sudando à mares, descompuesto en el traje y con los cabellos en desorden, trataba de salir de esa refriega. Apenas pudo acercarse le dijo Eugenio:

—Milord; su señora de Vd. desea retirarse.

—Me contraría en extremo, contestó el Lord, porque debo pedir mi *revancha* y los compañeros me esperan . . . . .

—Entonces, milord, me tomaré la libertad de conducirla . . . . . y sin ver ni oír nada de lo que le rodeaba, pidió el coche al primer lacayo que se presentó, y desapareció con ella.

El que ha tenido la dicha de encontrarse por la primera vez con la muger amada en el silencio de una noche de primavera, cuando la luna cándida

y dulce manda sus rayos melancólicos sobre los templos, los árboles, las plazas solitarias; y ha sabido sentir la armonia de ese momento, comprenderà sin trabajo las impresiones de Eugenio. El rostro angélico de Esther, habría reflejado el rayo de la luna que venia à iluminar su frente, si él envidioso del beso de la reina de la noche, no hubiese tomado la cabeza de su amada, y silencioso, triste tal vez, como si fuese à cometer una mala accion, tocado su frente con sus labios.

—Gracias Eugenio, gracias mil veces . . . . ¿me amais, Eugenio?

—Os conoceis, Esther?

—Y tanto, que tiemblo siempre . . . . si yo fuese de esas mugeres que saben calcular el desarrollo de una pasion, para emplear à propòsito los halagos, los rigores y los mil resortes de que se vale la que no ama, tal vez estaria mas tranquila; pero soy una criatura desheredada; la naturaleza ha hecho poco por mí, y yo he trabajado mucho por destruir ese poco. ¿Qué tengo, que soy yo para merecer este amor?

—Mire Vd, Esther; todo esto yo lo aceptaria como injuria, respondió Eugenio, si fuese otra la que hablase . . . . no me confunda Vd. por Dios con esos hombres que trafican con las pasiones y hacen de las declaraciones de amor, un estudio como de las

variaciones de la Bolsa; he dicho que la amaba, porque la amaba de corazón. ¿Porque la amo? . . . . no lo sé. Dios ha puesto entre las criaturas esa ley manéctica, irresistible, que es infructuoso analizar . . . . . Vd, tiembla de perderme, y yo moriría sino la viese y sino fuese amado . . . . . no es solo la voluntad, sino la providencia quien nos liga.

—Yo no sé resistir à estas palabras Eugenio, y aquí en medio de la noche, à la presencia del cielo, sin otro testimonio de mi declaracion que esa estrella que ilumina la frente de la torre de Arnolfo, juro que le amo y que le amo de mi primer amor,

—Desgraciado de mi que no puedo ofrecerle sino un corazón marchito y despedazado: ya se lo he dicho; yo he amado y de pasión profunda, loca, furiosa, y hoy no le doy Esther sino una pobre existencia, pero se la entregotoda entera. Me mandará V. morir, yo moriré, me pedirá que parta à sepultar mis penas en los desiertos, no importa de que país, yo partiré; me pedirá que en medio de este fuego que me devora yo sea fuerte y la proteja contra la debilidad de su ser, la protegeré y moriré consumido sin decir un lamento ¿Quiere verme mas docil? Invente la prueba y dígala. Cuando la ví por la primera vez atravesar en la plaza del gran duque, pareciome que sus ojos miraban la Sabina del Bulogna, y yo me dije, que diferencia? el ángel mira la carne. Entonces

murmuré dentro de mi corazón:—Si el cielo en su última sonrisa para mi vida tan combatida, me concede el afecto de esta muger, es prueba de que me abre las puertas del cielo y me manda el ángel que debe conducirme . . . . .

—Oh! Eugenio, que dichosa la muger que dispone un corazón como el suyo . . . .

Habíamos llegado al palacio, sin fijarnos en que el coche rodaba. La respetuosa fisonomía del lacayo, nos advirtió de que era necesario separarnos, y Eugenio no pudo decir à Esther sino : “Hasta mañana en la sala de Niobbe.”

¡Qué bella es Florencia en el silencio de la noche iluminada por la luna! En la plenitud de una felicidad inesperada, pura como los pensamientos de un ángel, Eugenio vestía aquellas calles espaciosas, de reflexiones à su gusto; en frente del palacio Vecchio, donde tantas tormentas populares han tronado, donde la noble y generosa alma de Francisco Carduccio, hizo oír los mas elocuentes y patrióticas palabras; allí, se decía para sí, se reunían los padres de este pueblo à legislar sobre los destinos futuros de la nación; de este recinto ha salido mas de una vez la chispa que incendiase à la Italia toda y diese à estos miembros dispersos de un solo cuerpo, la unidad que lo haría vigoroso é independiente. Bajo los ojos de ese David que amenaza con su gesto,

que impone y admira, han pasado los héroes como Ferruccio y Dante de Castiglioni, y los traidores como Baccio Valori y Malatesta. Ante sus ojos han desfilado, en busca del cuchillo del verdugo, las mas nobles cabezas de esta ciudad que no envejece, para fecundizar con su sangre las generaciones y los siglos. Allí los consejos de Machiavelo fueron interpretados, y su vida puesta à la merced de los que le hacian decir lo que él no dijo. Allí, en esos salones se pronunció la sentencia de destierro contra el Dante, y allí Miguel Angel, cuando se invocaba su nombre para exitar à los ciudadanos à que ausiliasen al erario público, se levantó indignado, sublime de candor y buena fé, diciendo:—“Y Miguel Angel no os darà ni un ovolo mas, porque si os ha ofrecido lo que podia como artista pobre, no os ha dado el derecho de que lo avergonzeis en público.”

Los recuerdos pululan y parecen reflejados por el edificio. Los leones coronados arrojaban su sombra caquística por la debilidad de la luz y por los obstáculos intermedios, y os daban la idea de que hoy esos leones quedarían impassibles à la vista de la oveja, mientras que subiendo à esa montaña del pasado, os parece oírlos rugir y lanzarse sobre Arezzo y Gabinana. Entre tanto la luna cubria con su luz delicada la torre de Arnolfo, que à la manera de la paloma con sus alas abiertas, desafia jugueto-

na las tormentas y los siglos. Un rayo diamantino penetraba en la *Loggia di Lanzi*, é iluminaba la triste y terrible figura del *Ajas*. El cuerpo exánime de su amigo que arrastra lejos de los combates rabiosos parecia recojer ese rayo de luz y animarse: el cuadro entero os daba la ilusion de la verdad, y arrastrado por la belleza de la fábula y de su ejecucion, os habrias creído en el Campo de los Griegos de Homero.

Entrad luego à esa calle que tiene por habitantes al Dante, al Vinci, al Orgagna, al Donatello, al Petrarca, el Fariuata degli U'berti y al insigne impostor Americo Vespucci. ¡Que reunion! Penetrad aun à la parte sombría de esos arcos; allí están Lorenzo y Cosimo de Medicis, el uno llamado padre de la patria, y el otro el *magnífico*. La adulacion les dió ese nombre y el servilismo los conserva. Los usurpadores del poder que tambien ellos usurparon, pagando en las batallas con su sangre, y en la paz con su dinero, han creído ennoblecerlos dándoles un lugar de distincion, y en efecto, ahí están bien, pues están solos, y la nefanda profanacion se ha evitado.

Seguid luego la *vía Calsajuoli*, y encontrareis el Duomo. La Torre de Giotto le sirve de centinela, como si el Templo del Señor temiese aun las invasiones vandálicas.

La luna juguetea con los mil colores del mosaico de mármol, y vuestros ojos son impresionados por millares de estrellas vaporosas que nacen y mueren à la vez, mientras que la mente se pregunta: ¿Qué representa esta grandeza à la faz de la miseria actual? La decadencia de una sociedad que posea hombres capaces de ejecutar obras de este género, obedeciendo al simple mandato de la autoridad civil; debe ser inmensa, infinita, cuando despues de cinco siglos ni el poder, ni la nacion han sido capaces de encontrar los medios con que concluir los últimos adornos del templo de Dios. La cúpula del Burnalesco parece alzarse sobre las espaldas del edificio, y exaltar su cruz gigantesca hasta la diestra del Eterno, para que de ella reciba el bautismo sagrado; su sombra, por un capricho de la luz, viene à caer sobre los piés de la estatua colosal del arquitecto, que aparece iluminada, y el semblante melancòlico, profundamente meditativo del célebre florentino, parece una inspiracion mas que un hombre, y refleja el pensamiento sublime que le inspiró esa obra sin rival hasta hoy en la arquitectura moderna. Sin rival de cierto, porque la de S. Pedro de Roma no es sino una imitacion, y el mismo Miguel Angel decia al partir—“voy à crear tu hermana, mas grande que tù, pero no mas bella.”

La luz de la luna se derrama al travez de los en-

cajes de la Torre de Giotto, sobre las puertas del Bautisterio, esas puertas que podría servir al Paraíso, segun la espresion de Miguel Angel, *si nuestra madre Eva no nos hubiese condenado á vivir en este valle de lágrimas.*

Venir de separarse de la muger amada, con el corazon lleno de íntima alegría, y encontrar á la grata compañera de la noche que os espera, para distraer vuestros sentidos con las impresiones que Florencia sola puede ofrecer; era demasiado, sin duda, para ese pobre atormentado, que seis dias antes habria arrojado su vida á la tumba, de fastidio, de desesperacion, de desencanto.

## VI.

Llebad dentro de vos la dicha, y todo lo que os rodea es bello y feliz. El corazon en su alegría egoista, rechaza las impresiones que amortiguarían su bien estar, y eligiendo las que mas le agradan, como la coqueta en los bailes, vuela sobre todas hasta apoderarse de la que le llena completamente. ¿Cual podría sérle mas grata al corazon de Eugenio que el recuerdo de Esther? Habitado á esas largas y desiertas noches que el viagero sin rango ni relaciones pasa en los cuartos de una posada él se creia renacido á la vida y se habia dicho en la íntima con-

fianza de su dicha: “ahora tengo un ser que piensa y que se ocupa de mi, una criatura candorosa y pura á quien podria arrastrar á los mas feos descarrios porque mi estrella, siempre cruel, la ha tocado con su luz y ella arde. Pero mi corazon late de amor, y todo impuro pensamiento seria una profanacion, no un deseo. En el contento de tantas esperanzas, rodeado de las ilusiones de una declaracion càndida como la de Esther, su alma se figuraba en otra sociedad, en una de aquellas regiones en que la carne no es el todo, y los afectos valen alguna cosa. La amaré, se decia, como en los primeros años de la vida, cuando temblaba que mi mucha pasion incomodase á mi amada, y no le pedia nada por temor de ofenderla; haré como cuando ardiendo de ese amor que era en su exceso un dolor mas que un placer, salia solitario en medio de la noche á llorar en las vastas playas de mi rio plateado, pensando en ella y llorando por ella; tendré las ilusiones de aquel tiempo, porque amo á Esther como á criatura sagrada, y buscaré en los cielos la estrella que la representa, y será la confidenta de mis penas y de mis alegrías. Así vagando de quimera en quimera pasaron las horas que mediaron para su entrevista en la Sala de Niobbe.

A la hora señalada Eugenio se paseaba por la galería que conduce á la sala de Niobbe, y en medio

de los bustos antiguos de Cónsules y Emperadores Romanos, se figuraba que esos rostros se animaban y le pedían cuenta de lo que había hecho por la patria en cumplimiento de sus obligaciones de ciudadano. El calor de la vergüenza, no del remordimiento, subía à su frente y sus lãbios procuraban en vano articular una respuesta. ¿Còmo contestar à Caton, à Bruto, à Trajano, *nada*, cuando ellos han llenado las generaciones de sus hechos sublimes? He sufrido, se decia à si mismo, quince años de destierro, he puesto mi vida mil veces al acaso de las balas enemigas, he demostrado con la palabra y el ejemplo que el sistema político que ha constituído la patria en propiedad particular de un hombre, es un sistema contrario al desarrollo de la sociabilidad humana, y cuando he desesperado por el estado de mi país, por la fuerza de los hábitos adquiridos en veinte años, entonces he querido utilizar mis facultades y mi experiencia, para llevarle à la patria un ciudadano en el dia de su resurreccion . . . . .

El rostro dulce y querido de Esther vino à cortar-le la palabra. Hizo bien el ángel de su vida, porque la patria es una fiebre, y los lãbios de Eugenio no podían pronunciar su nombre sin que el delirio se apoderase de su alma . . . .

—¡Y bien Esther! ¿Qué tiene V. la dijo Eugenio, saliéndole al encuentro: veo en sus ojos ciertas som-

bras que me anuncian el tránsito de las lágrimas, y yo soy tan feliz que me parece que el llanto no existe ya en los ojos humanos; y en los suyos, ¡oh! Esther, sería una impiedad.

—He llorado por V. Eugenio; la causa es suya; cuando en el silencio de mi alcoba la tranquila respiración de mi hijo venía à acariciar mi rostro, yo recordaba que otro es padre de dos hijos, que està lejos de ellos, solo, desconocido y con un volcan dentro del pecho; que la idea fija que debe dominarle es que partiendo de Europa, se resigna á no verles mas, lo que equivale à una muerte mil veces peor que la que Dios nos manda, y he sufrido una parte de sus penas Eugenio, y por eso he llorado.

—¿No se lo habia dicho á V. Esther? hay criaturas para quienes la dicha està bañada por el llanto...

—V. sabe que la mas pura rosa tiene su corona de espinas.

—Es V. un àngel... no hablemos ahora de mi... venga V. à visitar de mi brazo una estàtua que obtendrà su cariño... luego entraremos à la sala de Niobbe; vamos ahora hasta el fondo de esta galeria... ¿Vé V. ese grupo inmenso que dà miedo mas que compasion? Es el Laocoon de Bandinelli. El sacerdote de Minerva se parece mas al Hércules en la lucha con el Leon, que al padre desgraciado à quien la ira de la Diosa le condena à morir

à presencia de sus hijos, impotente à defenderles de los abrazos de la serpiente . . . . vea esa actitud y ese gesto, se diria un hombre ébrio, debatiéndose por arrancarse de los brazos que quieren sostenerle, mas bien que el valeroso sacerdote que lucha con los decretos de un poder irresistible, y que cae, pero que cae notablemente, vencido y combatiendo. Este grupo es una mala imitacion del Laocoon del Velvedere de Roma, que alguna vez estudiaremos juntos, Esther, si la bondad divina no me ha mostrado su sonrisa para hacer mas triste el resto de mi vida . . . . mire V. ahora à la izquierda . . . . esa figura que està postrada, à la que perjudica la sombra del Laocoon . . . . acérquese V., y ponga V. su mano sobre esa herida abierta en el marmol en el lugar del corazon; si V. hubiesè visto alguna vez en la vida los lábios de la herida de un hombre muerto, ahora cerraria los ojos, porque el marmol la representa cruelmente exacta; mire V. ese rostro. ¿No le dice nada esa fisonomia, no halla V. una resignacion angelical y una espresion que conmueve? Sabe V. que representa esa piedra? Es el Adonis de Miguel Angel . . . . Donde encontremos Esther algo de ese hombre, será necesario cerrar los ojos à todo lo demas . . . . yo no puedo dejar de hacerlo asi . . . . mire V. su Bacco, ese rostro que hace reir y pone la alegria dentro del pecho, sin saber por qué. ¿No le

parece ver en él á uno de esos hombres *sin cuidado* con la copa en la mano, llena la cabeza de castillos en el aire, que vé en el fondo de su vaso todos los bienes de la tierra, todas las epopeyas de la grandeza y de la dicha? . . . . En efecto, el Bacco de Miguel Angel haria amar la ebriedad . . . . ; mire V. ese jóven bosquejado por el Buonarroti, es un Apolo. Yo encuentro en las creaciones de este hombre, algo que no se descubre en los otros autores; su primer golpe de martillo es como el *fiat lux* del Hacedor, y su San Mateo que es un pedazo de piedra para el que no tiene nuestros ojos, dá la idea exacta de la creacion del hombre. Párese V. en la puerta del palacio de las *Bellas artes*, observe V. fijamente esa roca de mármol que está al frente, y verá poco á poco desprenderse de la piedra una figura de hombre, sublime de respeto y de heroismo religioso; parece que sale de una nube, se corporiza, y que dos minutos despues se la verá andar, bendecirnos y habitar entre los hombres. Yo no soy artista, Esther, pero las obras de Miguel Angel arrebatan mi alma, y comprendo la justicia de su fama.

—¿Y esa estatua esquelética que está ahí al fondo con una caña en la mano, en vez de un báculo de mármol? me parece ridícula, Eugenio, dijo Esther con su dulce candor.

—No, Esther; esa estatua es una obra maestra,

es el San Juan Bautista de Donatelo. A su primera vista à mi tambien me hizo la misma impresion, y hoy es una de mis estàtuas predilectas. Observe V. la anatomia de su cuerpo disecado por el ayuno y las penitencias; vea V. la construccion de ese cerebro; la pasion y la perseverancia son sus distintivos peculiares, y aunque yo no conozco la vida de San Juan Bautista, mi vieja madre me contaba que ese Santo habia muerto degollado. El hombre que mereció de sus enemigos una muerte tan cruel, debia tener grandes virtudes ò grandes vicios que purgar. Los guardianes de esta galeria, como casi todos los guardianes asalariados, son verdaderos autòmatas y por eso le han puesto esa caña en vez del báculo, que dà al Santo el aire de un mendigo y le ridiculiza; no mire V. la caña y fijese en la mano que la sostiene, ¿le parece à V. ridícula? . . . Sin embargo, asi debió formarla la naturaleza y el sufrimiento. Toque V. esas venas abultadas por el disecamiento de la piel, esas uñas que parecen desprenderse de la carne, esos dedos que aunque de piedra, tiemblan al contacto de la caña, allí hay vida, hay sangre que circula en esa mano de mármol. El resto no me parece digno de sus ojos. ¿Quiere V. venir à la Sala de Niobbe? ¿està V. contenta de su guia?

— Esa prgunta es pretenciosa, Eugenio.

— Yo no repetiré las esplicaciones que se pueden

leer en la guia de lo que contiene este palacio, por que seria un trabajo superior á mi memoria y poco digno de nosotros . . . . ¿Vé V. como aquí estamos solos? . . . . Ese jóven que parece trabajar en la copia de una estatua, es un *artista frances* segun su propia espresion. ¿Vé V. ese cuadro de Rubens que tenemos al frente? Es una batalla que todos dicen perfectamente ejecutada; à mi no me gusta, como ningun cuadro en que hay agrupamientos colocados inatemáticamente. Mire V. al otro frente; es tambien una batalla naval del mismo antor: fije V. su atencion en el colorido, en las figuras, y deje V. los cascos de los buques. Al lado de los progresos de la marina americana, esos barcos parecen verdaderos zapallos, interesantes solo porque nos dan la idea de los progresos que ha hecho el arte. Pase V. rápidamente la vista sobre todas las estàtuas y permita que sus ojos se fijen por si solos en la que mas le guste. ¿Cuál? . . . .

—Esa muger que mira al Cielo en aptitud de persona que teme y que suplica à la vez. Que es Eugenio? ¿No le parece à V. divina?

—Yo he venido por ella todos los dias á esta sala. Es una de las hijas de Niobbe de escultura griega; y he hallado que esa fisionomia reflejaba otras que yo tengo pegada en mis pupilas. No vé V. en ella el recuerdo de algun retrato conocido?

Y la noble criatura bajó los ojos, dejando escapar una mirada furtiva hacia la estàtua.

—¡Cuantas veces viéndola, dijo Eugenio, he encontrado verosímil la fábula de Pigmaleon . . . Si elle repitiese ahora las plegarias que yo le he dirigido, los cariños que le he prodigado y las súplicas que he puesto à sus pies, V. diría—pobre loco que rogaba à una piedra;—pero una piedra vale tanto como un ensueño y yo no creí nunca que mi felicidad fuese tan feliz. Dios bendiga su vida . . . me ha jurado V. amor delante de una estrella Esther; ¿no se contenta V. con que yo se lo jure delante de una estàtua? En Paris los amantes desgraciados van à depositar coronas de siemprevivas sobre la tumba de Abelardo y Eloisa, y ese es un holocausto sagrado, lleno de corazon, que no se finge, ni se miente . . . Así, sea esta sacerdotiza de piedra la vestal que reciba mis jnramentos.

—No, no Eugenio, no jure V . . . yo estaba loca; à que profanar con la palabra -lo que se siente en el corazon?

—Es V. perfecta . . . Bien; que juren los que mienten ò los que tienen necesidad de ser creídos . . . nosotros seremos como Dios nos ha hecho, y jamas la palabra vendrà à servir de garantia à nuestros sentimientos . . . ¿Sabe V. Esther que he descubierto un secreto que le agradarà conocer?

—Oh! dígamelo pronto.

—Que la amo mas que si la hubiera conocido ahora diez años.

—Yo no sé como se puede amar mas de lo que yo amo Eugenio. Ahora tres años habria contestado à su cariño:—mis obligaciones de madre me imponen deberes de que no puedo prescindir; mi hijo necesita de todos mis cuidados, de mis afeciones, pero hoy yo no soy la única distraccion de sus lágrimas, ni el único cariño que lo domina. Su padre me roba el afecto de mi hijo, y dentro de poco le seré incómoda como ya le soy à mi marido.

—Hay en nuestras penas una identidad bien cruel. Quiera el cielo no reservarnos à los dos el mismo porvenir que à mi me aguarda en la vida.

—Se hace V. ilusion Eugenio. Todo hombre es dueño de su fortuna, y el que es desgraciado debe atribuirlo á uno de esos vicios insanables que le inutilizan para todo. V. no se encuentra en ese caso y podria llenar bien cualquier rol de los que mas influyen en la felicidad general; el que tiene un corazon como el suyo, el que es capaz de abnegaciones en que van la vida, no puede ser confundido con los que en vez de una alma, tienen una libra de fango en el cerebro.

—¡Como habia soñado à la amada de mis ilusiones fantasticas, se me presenta V. Esther . . . y de-

ciamos que la palabra no vendria nunca á garantir ~~nuestros~~ pensamientos! . . . Miremos estas estàtuas amiga mia para darles por un momento nuestra vida y nuestra dicha . . . ¡Que tranquilidad en todo lo que nos rodea! Eceptúe V. la actitud eternamente hostil de esos dos gladiadores que parecen lanzarse el uno contra el otro, y el resto inspira la bienaventuranza del Olimpo. Estamos mirando cara à cara Esther las divinidades que adoraron los Griegos y los Romanos, cuando tenian el primer puesto entre los pueblos de la tierra; mire V. à Minerva, à Palas que tantos templos y tantas admiraciones merecieron; hoy han quedado para ser examinadas como curiosidades artisticas, como estudio de lo que fué y para adornar los àngulos de un museo. ¿No tendran el mismo fin las divinidades que nosotros menos religiosos y mas calculistas que los antiguos, adoramos bajo otros nombres?

—Me parece una blasfemia lo que acaba V. de decir Eugenio.

—Pero Vds. mismos los protestantes, Esther, no nos estan dando la demostracion de mi opinion? . . luego, yo creo en muy pocas inmortalidades . . . Si los apóstoles de la religion de Cristo, la mas pura, la mas conforme á la felicidad de los hombres, no la hubiesen rodeado de sofismas y hasta de ridiculeces que pugnan con la razon y el buen sentido, yo le

diria á V.: — esas creencias durarán eternamente porque convienen y perfeccionan à nuestra especie, y todo lo que tiende al bien palpable de los hombres se continua de generacion en generacion y de siglo en siglo . . . . Pero lós intérpretes han errado el camino y para convencerlos de esta oponion no tenemos sino que mirar á la España y à la Italia; los dos pueblos europeos en que las doctrinas adulteradas han tenido mayor número de comentadores y autoridades ciegamente protectoras ¿No ha leído V. la historia de la inquisicion? de ese tribunal sigiloso, enlutado, que con el puñal en una mano y la mortaja en la otra, fué mil veces peor que el de los diez de la terrible República Veneciana? Pues no fué creado, sino para purificar la fé de los cristianos, y esa invencion le ha valido à su autor un alto puesto, templos consagrados á su memoria y en los que se adora su imágen . . . . abandonemos este asunto, amigamia, porque toda injusticia hecha en nombre de la bondad divina é infinita, es sublevante.

—Me ha entristecido, V. Eugenio, con lo que acade decir ¿Con que no cree V. en ninguna inmortalidad?

—Oh! si que creo en alguna. Pero permítame V. no esplicársela en este momento.

—Tiene V. secretos?

—Ha olvidado V. lo que significa esa linea que atraviesa mi frente?

—Eugenio! lléveme V. de aqui . . . . hágame respirar el aire de la campaña . . . . quiere V. venir?

—Dentro de una hora . . . . en las Calscinas. . . . nos esperan las carreras á la inglesa. Le prometo no entristecer á V., Esther, y ahora le pido mil perdones.

—Como es V. cruel . . . . Eugenio.

La noble muger empezaba á comprender que su providencia la habia arrastrado al seno de un volcan, pero vencida por esa fuerza superior á su naturaleza delicada, sufría, amaba y se resignaba en silencio como lo habia hecho durante toda su vida.

Esther volvió á su palacio, no descontenta sino melancólica, no arrepentida sino temerosa de ser insuficiente á distraer el corazon de Eugenio.

## VII.

El tiempo se ofrecia sereno, pero impregnado de aquel aire grave que pronostica casi siempre la lluvia ó el huracan; parecido á la calma de las pasiones del corazon que ya ha sufrido, y que no espera sino una chispa para producir un incendio.

La gente se agolpaba á ese Prado que en los climas del Norte se llamaria *jardin*, por su coquete-

ria, por la alfombra verde y perfumada que la tapiza y por esa sonrisa eterna que le baña. Millares de amantes se precipitaban allí, los unos por el verdadero placer de ver correr esos caballos que la mas fina raza de arabes no iguala en esbelteza y velocidad, y los otros por gozar del espectáculo tan variado de la elegante sociedad florentina. En efecto; la ciudad bullia de carruages, de curiosos à pié y de ginetes, que mas ò menos presurosos se dirigian al lugar de las carreras; las elegantes del primer tono, vestidas rigurosamente á la francesa como si las lindas modas locales fuesen indignas de adornar tan bellos cuerpos, mientras que el pueblo, esa aristocracia *plebelle*, mas altanera que las marquesas y condesas, hacia flamear al aire libre sus largas cintas verdes, que reflejaban los rayos del Sol sobre los variados colores de su traje. El prado parecia esmaltado, y os habria dado la ilusion de un arco iris tendido sobre una llanura de esmeraldas.

Esther se ofrecia melancólica y sus ojos parecian impregnados de aquella humedad que suele venir á la vista cuando el alma sufre y la reflexion se opone al libre curso de las lágrimas. Reclinada en el muelle asiento de su caleza inglesa, recorria distraida los mil objetos que circulaban á su frente sin que su fisonomia indicase la menor emocion. Eugenio la contemplò silencioso y cuando se presentó á sus

ojos, que parecieron salir de un letargo, se fijaron en los de su amante larga y profundamente sin dar indicios de la mas chica impresion.

—¿Que ángel le ha prestado á V. sus formas, Esther?

—El de la dicha, Eugenio . . . . ¿No vé V. como toda mi persona resplandece de alegría y de contento? . . . . Hace dos horas que la vida me sonrie con todos sus encantos, y mi alma goza de las ilusiones del Paraiso . . . . à V. le debo tanta felicidad . .

—¿Me permite V. colocarme á su lado? . . . . está V. triste, ya lo sé. Hay momentos brutales en mi existencia, y he tenido uno de ellos á sus ojos. Escúseme V. por piedad; si yo le dijera que tambien sufro y que siempre he sufrido, que cuando se ha sido feliz un solo dia, ganando con ese momento una eternidad de miserias y penas, de desolacion y de disgustos, no se puede ser siempre igual. siempre delicado é intachable, V. Esther, que es buena y santa, deberia compadecerme, consolarme, derramando en mi alma los tesoros de bondad con que la providencia la há dotado. ¿Duda V. de mi? oh! y que podria yo ambicionar eu este mundo? No he roto ya el prisma de todas las ilusiones y de todas las realidades? Quedaba en el fondo del pecho una quimera que adoraba, un arcano que no me atrevia à revelar, y era V., su imagen y su alma, ese conjunto

que yo soñaba como imposible en la tierra: la he encontrado, la amo, soy suyo sin reserva. ¿Quiere V. que pida mas à mi ambicion?

—¡Que bondad, Eugenio! ¡Como cambia mi vida con una palabra, con una sonrisa de sus labios! . . . ya soy dichosa; mire V. como ahora mi rostro desafia à las flores, à ese cielo que V. encuentra tan bello; mireme V., no temo; compáreme V., no temo . . .

—Mírelas, mírelas V., Esther, gritò Eugenio desahogado; se tomarian por dos fantasmas escapadas de las sombrías bóvedas de las catacumbas romanas . . . ¿Cual vence? . . . El corpiño azul? . . . oh! que ha sucedido? . . . una sola corre desesperada . . . ¿y la otra? . . . es la Inglesa! . . .

Hurra! Hurra! gritaban los partidarios del corpiño blanco que en la velocidad del potro, parecia una de esas exhalaciones que aterran al marino en medio de los mares, ò al pampa solitario en los desiertos melancólicos . . . Hurra! Hurra! ahullaban los frenéticos . . . mientras que dos solas personas conducian à la infeliz Norte-Americana que, exànime, se arrastraba hacia el carruage que la esperaba. Eran el padre y la madre quienes la conducian. . . .

—¿Vé V., Esther, como uestros pronósticos eran justos? No se puede pedir al gracioso picaflor que desempeñe el oficio de buey, ni al condor los dulces

hábitos de la paloma. Cuando se tuercen las leyes naturales, la fatalidad tiene su influencia y la prevision no alcanza á contrariarla.

—Partamos, Eugenio . . . la soledad de estos bosques es nuestra amiga . . . vamos à ver jugar el Arno, mientras aquí se batan los caballos y la gente; . . . luego iremos á casa, comeremos juntos y me conducirá V. à la òpera. Lord Wilsson no dejará estos sitios, y luego irá con sus amigos à festejar la funcion. Si V. me abandona, yo estaré sola y triste, los combates de mi posicion aflijiran mi espíritu y lloraré sin consuelo; acepta V. Eugenio?

—¡Y como resistir! . . . Pero es la Lucia la que se dà esta noche, y ya sé que ella le afecta à V. demasiado . . .

—Pero à su lado soy fuerte: Yo afrontaria todos los riesgos y todos los dolores acompañada por V. . . . ¡Como la gozaremos juntos!

—Ambiciosa!

—Marcharemos, amigo mio . . . . .

Las carreras del dia habian despertado el apetito de las diversiones de la noche, en esa sociedad florentina tan amante del movimiento y tan alegre. La Pergola rebozaba de gente y la elegante sociedad llenaba la sala del lindo teatro toda entera: el marques Peirine y Jelva estaban ya instalados en el palco de

Esther y con la viveza cariñosa de su bella educacion abrazó y acarició á su amiga, mientras que dirigiéndose á Eugenio le dijo:—tengo que refirirle à V., Sr. Americano.

La orquesta empezó su prelude solemne de introduccion. Las notas de la Lucia son como las aromas selectas de un precioso ramo de flores; se puede estar distraido, ocupado de cosas diferentes, con el alma dominada, ellas llegan al corazon y os arrancan simpatias que concluyen por absorveros todo entero.

—No es sin motivo que hemos invadido su palco de V, querida, dijo Jelva à Esther, ni tampoco por oir los tiernos lamentos de la Lucia. Venimos, para no ser rechazados, à invitarlos á Vd. à bailar despues del teatro . . . . à invitarlos. ¿Comprende V. Sr. americano?

—Estoy tan causada . . . . dijo Esther . . . . V. es tan buena . . . .

—Oblíguela V. à aceptar, ¡marquesa, dijo Eugenio:—Lady Wilsson es melancólica y necesita distracciones . . . . yo por mi parte agradezco en el alma esta invitacion, porque todavia me entusiasma el recuerdo de su última fiesta. Ya verá V. que wals vamos á devorar juntos . . . .

—V. es un hombre odioso, porque tiene el cruel placer de hacerse *apreciur*, como dice mi marido,

para que se le suplique luego . . . . es una grosería americana de que es necesario curarse.

—De acuerdo, mi querida marquesa . . . . me curaré, me curaré . . . . esta misma noche empezará V. su obra . . . . iremos ¿no es así Milady? . . . .

—Lord Wilsson será también de los nuestros, dijo Peirini.

—Entonces, esperénme Vdes., dijo Esther, y nuevas caricias sellaron el adiós de estas dos criaturas celestiales.

—Tengo algo dentro del corazón que me sofoca, Eugenio; me parece que no hay aire en este teatro, y mi pecho respira difícilmente. La concurrencia, las luces y esa flauta que llora hasta afectar mis entrañas me hacen mal . . . . Saqueme V. un momento al aire libre . . . . ¡Cuanto trabajo, mi pobre amigo! . . . .

—¡Como es buena mi estrella . . . . Oh! pero que tiene V., Esther . . . . que palidez . . . . ¿porque su color cambia de ese modo . . . . V. llora . . . . y llora a mi lado? . . . .

—Socorro, socorro Eugenio, le he ocultado á V. un secreto terrible y por eso . . . . si, por eso lloro . . . . Hay en mi corazón una aneurisma y quiere romperse . . . . tu mano . . . . toca . . . . apreta mi corazón para que no se rompa todavía.

El pecho saltaba bajo los impulsos violentos del

corazon, y las fuerzas de la infeliz sucumbian al influjo de esas impresiones lánguidas, de dolor indefinido, desfallecientes, que traen la muerte como si el sueño eterno viniese impregnado de veneno . . . .

—No, mi adorada, no llores, decia frenéticamente Eugenio; tu no puedes morir así, á mi lado, delante de mis ojos . . . . ¿y hay una providencia para mi? . . valor, un esfuerzo mas, mi Esther . . . . apòyate bien . . . . seré fuerte . . . . ven . . . . iremos juntos . . . . hasta el cielo . . . .

La hora del adios eterno habia llegado para la noble criatura, y Eugenio luchó en vano con la voluntad de la Providencia.

Una tumba sencilla guarda en la tierra del Dante los restos mortales de Esther, y aun se lee sobre el màrmol de purísimo color, este verso como último recuerdo del desgraciado á quien ella habia consolado por un momento en la vida:

“Non la conobbe il mondo”

“Mentre l’ebbe; connobil io”

Che, a piangerla rimassi:”

*No la conoció el mundo mientras la poseyò, y yo que la canocí quedé à llorarla.*

Florencia y mayo de 1851.

# LA FAMILIA DE SCONNER.

POR MIGUEL CANÉ.

---

## CAPITULO I.

### El propósito.

En una de las frias noches del mes de Julio de 1847, dos hombres se entretenian juntos en una pieza separada del comedor de la casa de D. Pedro de Sconner que en medio de muchos y alegres bebedores, ayudaba la pesada digestion con frecuentes libaciones de viejo oporto y de tostado jerez.

Esos dos hombres ofrecian á la primer mirada dos tipos de razas diametralmente opuestas; el uno era blanco, color de nácar, rubio cabello, fisionomia apática y poco impresionable, mientras que el otro era el reflejo palpitante de esas producciones de la raza que se puede llamar indígena en la América del Sud, y que proviene de la mezcla de los españoles, andaluces, con la China ó la Chola; el uno era jó-

ven y el otro de cincuenta años: el uno reflexivo, y poco comunicativo, mientras que el otro parecia gozarse en la palabra, y hablaba, jesticulaba, bebia, y fumaba al mismo tiempo.

—Esta vida no puede durar, ni la naturaleza de mi tio la resistirà largo tiempo, decia el jòven.

—Se engaña vd., respondió el viejo chino, D. Pedro ha vivido veinte años de la misma manera, y hoy està mas sano y mas rico que nunca. Cuando yo entré à servirle, este hombre era muchacho como vd., Sr. D. Jorge, melancòlico y reservado, tímido con las mugeres, y metòdico en su casa, pero eso duró poco. Se enamorò de una de las hijas de un vecino de la estancia, la habló, se entendieron, y una noche la robamos, y nos la trajimos à vivir con nosotros en esta misma casa. Hubo gritos en la familia, denuncia à la justicia, desafios, incendios de ranchos, y al fin para que todo quedase bien, devolvimos la muchacha à su padre que la recibió como si nada le hubiese sucedido, y se quedó muy contento.

—Sé que mi tio no ha sido intachable en su juventud, pero me sorprende que aun conserve esos gustos.

—Las malas mañas tarde ó nunca se olvidan.

—Sin embargo, ese hombre que rie y que bebe como un loco, tiene compromisos de honor que maña-

na pueden llevarle al suicidio ó à una càrcel, es un padre de familia, es el depositario de fuertes capitales de casas inglesas que contando con su honradez, con su inteligencia en los negocios, y por consiguiente con el órden de una vida económicá, le han confiado una parte de su fortuna, que esperan recoger sino duplicada, con una utilidad al menos que responde al sacrificio.

—He visto, es verdad, ahora algunos años à una linda señora que solia venir à pasar dos ó tres meses de campo en esta casa, con una niña de tres ó cuatro años, y un niño de pecho, que se hacia llamar muger de D. Pedro, y que todo el mundo respetaba y apreciaba en la casa: pero esa señora ahora permanece constantemente en Buenos Aires, y D. Pedro no habla nunca de ella.

—No está en Buenos Aires, sino en Lòndres à donde la ha mandado su marido.

—Mejor para él, asi es mas libre.

—¡Linda libertad que consiste en embriagarse y en dilapidar la fortuna propia y la agenal

—Este es negocio que no le toca à vd. analizar; el que trabaja puede tirar su dinero en lo que le dé la gana, y D. Pedro gasta lo que gana ó poco mas.

—Tu moral es diferente de la mia, dijo el jóven ingles, y cortò la conversacion.

El comedor ardia en medio de los brindis bullicio-

sos, iluminado por cien bujias y por los reflejos de la hermosa llama de una estufa, que devoraba entusiasmada troncos enteros de durasneros, y los gastrónomos, picados ya por la bebida, por la bulla, por el calor de la pieza, y la pesantez de la digestion, procedian libremente sin temor de ofender al dueño de la casa, ni à los numerosos sirvientes, hembras y machos que servian à la mesa.

El jóven entró à hurtadillas, tomó uno de los grandes sillones de la edad media, que los pobladores de Buenos Aires pusieron à la moda, y que esperando una restauracion del gusto, son entretanto los muebles elegantes de los establecimientos de campaña. Acércole à la estufa, sentóse en él, y cruzó las piernas una sobre otra.

—Yo soy el único pariente de este hombre, se decia dentro de si, y mañana no mas esa vida minada por los excesos de toda clase concluirà sin dejar órden alguno en sus negocios; los prestamistas de dinero, los socios, los comitentes ingleses, los vecinos de esta hacienda, que no aman à mi tio, todos caeràn sobre sus bienes, y yo seré arrojado de la casa, engañado en mis esperanzas, despojado del precio de mis servicios y acaso tachado de haber contribuido à la ruina del que me separò de mi pais y de mis padres, ofreciéndome una posicion feliz en esta tierra.

—Ea, Jorge, dijo D. Pedro que recien descubria

à su sobrino; acércate à tomar un vaso de ponche; esto te alegrará el corazon—vean vdes., señores, continuó el tio, este muchacho tiene sobre su espíritu los mismos nublados de su cielo natal; aqui en este pais, uno de los hijos predilectos del sol, ese Jorge suspira como una muger por la Inglaterra, por sus frios. por su obscuridad, y no hay medio de quitarle de la cabeza sus ideas tétricas que le apagan la vida.—Me parece que si en mis campos no se encontrasen carneros de Sajonia, se habria muerto ya de pena . . . . ven à refrigerarte con este vaso de ponche . . . . asi no tendrás frio cuando vayas à hacer tu ronda.

—Gracias, tio, ya he hecho mi ronda, y todo està en órden.

—Entonces diviérte un poco con nosotros. ¡Qué diablos! . . . . tú, no amas las mugeres, tú no amas el vino, ni la mesa; tú no amas el sol ni el aire de estos campos . . . . ¿Qué diablos amas tú entonces en el mundo?

.. Amo á mis padres, le amo à V. y amo la fortuna.

—Pero eso no te impide que seas alegre, que al venir el dia, por ejemplo, cuando montes á caballo con el viejo Esteban, tu compañero inseparable, pongas tu escopeta al hombro, llares mi perro ingles, y me traigas una media docena de buenas

perdices rojas de las que viven en la cañada, para que nuestro cocinero nos las prepare à la francesa.

—V. sabe, tío, que no sé cazar, y que no me gusta ese placer.

—Al Demonio con tu naturaleza extravagante . . . . pues bien, vive como se te antoje y haz lo que te dé la gana.

—Ya llegará el día, se dijo para sí el jòven D. Jorge, y permaneciò impasible al lado de la estufa.

Entretanto la orgia continuaba alegremente y los primeros albores de la mañana encontraron à los diez ó doce huéspedes al rededor de la mesa, sin que el ponche, los vinos, los licores, y tambien los escelentes bocados de fiambre bubiesen desamparado el mantel. Es verdad que no todas esas fisonomias hubieran podido afrontar la mirada de las esposas, de las amantes, de los padres ó de los hijos; pero el hecho es que D. Pedro y sus convidados permanecieron invencibles, cada uno en su lugar, y todos en sus puestos.

D. Jorge no bebió pero tampoco abandonò el comedor. Se habria dicho que era el ángel bueno ó malo que espiaba los movimientos del tío, para servirle de providencia ó de demonio en el caso oportuno.

---

## CAPITULO II.

### La propiedad.

A veinte leguas de distancia, en una de las coquetas laderas de la campaña del Sud de Buenos Aires, à la margen de un arroyo correntoso y cristalino se levanta como improvisada por las Hadas una casa blanca, con corredores à todos los rumbos, sostenidos por columnas de orden mas ò menos corintico.

Los gauchos miraron ese edificio como à templo protestante, castillo de la edad media, ò innovacion profana del caballero ingles que la hacia edificar: pero los hombres cultos de la sociedad de Buenos Aires, con quienes tenia amistad el propietario, no vieron en ese esceso de lujo para la época, sino una mala especulacion mercantil, y una esceleute realizacion en el pais, del *comfortable* ingles. En efecto, del patio de esa habitacion, aislada en medio de las pequeñas alturas que la rodean, se descubre à varias millas à la redonda, los valles, los horizontes diáfanos y casi crepusculares que son el encanto de la vista en estas latitudes, que les dan à ese edificio un atractivo que se podrià comparar à las habitaciones de Fiesole, del Monte Pulciano, ó del Poggio imperiale de Florencia, *la bella*.

El hombre que la hizo construir, era un hombre ardiente, emprendedor, corazon perfecto y espíritu

estravagante—Allí en su campaña desierta y sometida à todos los peligros de la guerra civil que periódicamente ardía en el país, arrebatando vidas y fortunas, ese hombre se propuso plantear un Eden, à la manera de los *manuares* de la vieja Inglaterra, donde la vida fuese agradable, y donde el huésped pudiese sentir pena al separarse del techo hospitalario.

Ese hombre se proponía introducir en la ganadería de Buenos Aires, ramo principal de su riqueza propia, una mejora radical, y para empezar quiso tal vez enseñar à sus cólegas que también era necesario modificar y mejorar la morada destinada à los hombres—Con este objeto aglomerò en su casa todas las comodidades y todo lo necesario, para que la vida doméstica fuese lo más cómodo posible, y luego se entregò à su especulación.

Pocos ó ninguno antes que él habían pensado en que la mejora de la hacienda lanar podría aumentar la riqueza del país y llegar à ser uno de los artículos de esportacion de primera importancia, y conocedor como lo era por estudios prácticos, por sus viajes en los países productores y consumidores, de que ese ramo era una mina no explotada todavía, fué à Inglaterra, se procuró correspondientes inteligentes, capitales bastantes, é importò à Buenos Aires las primeras ovejas Sajonas que se han conocido. Los rutineros rieron de la innovacion, los envidiosos pro-

clamaron à son de corneta la próxima ruina del innovador, pero este, despues de dos ó tres años de trabajo inteligente y perseverante, pudo demostrar con resultados positivos que sus cálculos habian sido exactos, y que habia procedido con ciencia y conciencia en su negocio.

En 1844 D. Pedro era hombre rico, el primer creador de ovejas finas en el Estado de Buenos Aires, el único que esportaba lanas por su cuenta, y el único que podia vender padres para la mejora de la raza lanar indígena.

El dinero caia à sus arcas, como cae la lluvia en nuestros campos; abundante y frecuente.

Contento de su negocio que le daba los medios de vivir à su gusto, dió libre rienda à sus instintos, y se dijo para sí: “ahora vivamos!”

La buena casa, la fortuna y un carácter alegre son los mejores agentes de la amistad, y D. Pedro que poseia todas estas dotes tenia à su disposicion un ejército de amigos, siempre prontos à beberle sus vinos y à ensalzar sus talentos. Su estancia era pues, un sitio de reunion lleno de encantos, porque cada uno vivia en ella como en su propia casa, comiendo y riendo, cazando ò bailando, en cuarto particular, con criados perfectamente comedidos, y sin temor de ser importuno à nadie.

Jorge era el único que parecia no gustar de ese

método de vida, entre el inmenso número de habitantes de la estancia: pero el jóven tenia que someterse à los gustos del viejo propietario, y sus protestas interiores no turbaban en nada el réjimen habitual.

“Ahora vivamos” se habia dicho D. Pedro, por que ninguna zozobra le afectaba, à escepcion del viage de su esposa y de sus dos hijos pequeños que un mes antes habia mandado à Inglaterra. Heredero de un nombre que tiene en las letras y en la diplomàcia un rango, no queria que su prole descendiese de la altura histórica de sus antepasados, y prefirió quedar solo en Buenos Aires, amenazado por la guerra que la tirania de Rosas fomentaba dia à dia, al dulce placer de acompañar à su familia; pero los viages à Europa en los cómodos y seguros paquetes de la compañía de Liverpool eran conocidos, y D. Pedro no temia contrastes desagradables, ni que su dicha presente fuese turbada por los caprichos de la mala fortuna. A escepcion pues de este cuidado, todo le sonreia en su existencia, y es necesario confesarlo, él sabia saborear esa sonrisa como el gastrònomo perfecto saborea el esquisito manjar.

Sus carneros multiplicaban sin los gastos, y sin los cuidados que exigen los climas rigurosos de la Alemania, de la Hungria, y del Norte de la Francia, y sus lanas, reputadas ya por su esceleute calidad,

daban al fin del año un producto capaz, no solo de hacer frente á los gastos ordinarios del establecimiento, á la manutencion de la familia y la educacion de los hijos en Inglaterra, sino tambien con que pagar los intereses de los capitales á premio y aun para poner á un lado algo que pudiese servir para los casos extraordinarios; pero el alegre ovejero no amaba las economias, ni se picaba de exacto, mientras que se hallaba en su elemento al frente de una sociedad de amigos alegres y gastadores como él, presidiendo un banquete ó encabezando una espléndida partida de caza.

La propiedad de D. Pedro era el asilo de todos los desgraciados de la comarca, y el hogar preferido del gaucho.

El gaucho es un tipo que la civilizacion creciente vá apagando, como el *renacimiento* apagò el espíritu del trovador de la edad media, pero D. Pedro amaba al gaucho por que encontraba en su naturaleza la poesia salvage de Hamlet, las espontaneidades y caprichos de los héroes de Byron, y ese instinto poderoso á las grandes virtudes y á los grandes vicios. Nunca un gaucho perseguido por su alcalde ó por la partida de Policia fué descubierto ni traicionado en la casa del *ingles*, y por eso le amaban, le respetaban sus ovejas y aun le servian de guardianes.

El trabajo de la trasquila era una feria que duraba cincuenta ò sesenta días, pero una de aquellas ferias que no tienen tipo en la Europa, y que aun hoy impondría respeto entre nosotros, pròdigos y exagerados en los placeres, como lo somos en las batallas y en todas nuestras pasiones. Doscientas mugeres, viejas y jóvenes, lindas, regulares y feas, pero de ese feo de las riberas del Plata que no tiene ninguna relacion con la fealdad del Cuasimodo, se apoderaban como ejército de párcas furiosas, desde la salida del sol, hasta su caída, de las inocentes ovejas, que ofrecían humildes la sedosa lana que en manos de la industria europea debía volvernos transformada en chales, en paños, en casimires y en mil objetos que el lujo y la necesidad han hecho indispensables. Esas trabajadoras activas y empeñosas durante el día eran las ninfas y nereydas que despues de la cena, servían de damas del sarao, donde D. Pedro, sus huéspedes, sus dependientes, y los *dandy de chiripá* y *botu de potro* hacían sus conquistas. El *mate*, la caña y la guitarra, acompañada algunas veces por las ásperas notas de un clarinete poco afinado, exaltaban los nervios de la concurrencia, y entre la polvareda del cielito y la media caña, no faltaba la palabra suplicante que pidiese recompensa à alguna pena ò piedad por algun deseo quemador.

Si nos fuese permitido descubrir en esta historia todas las escenas de la *trasquila* en la estancia de Sconner, todos los dramas y peripecias de ese mundo desconocido en nuestra sociedad amanerada y postiza, acaso descubriríamos algo que no ha sido revelado aun y que sin embargo vale la pena de que una pluma diestra las saque á luz; pero narramos un solo hecho y queremos llegar al fin sin rodeos ni distracciones.

Sconner era el Júpiter de ese Olimpo. Superior en naturaleza, en fortuna y en posicion, sus deseos eran órdenes, y sus caprichos méritos ó talentos que hombres y mujeres aplaudian y se apresuraban á satisfacer. No es extraño pues que la vida le fuese largamente sabrosa, y que favorecido por un físico capaz de desear mucho y de gozar mucho, su existencia diese pretexto á la murmuracion de los débiles, de los impotentes y de todos aquellos á quienes circunstancias adversas no les permitian hacer lo que él hacia.

Jorge no miraba los desbordes y extravagancias del tío, sino por el lado económico ó financiero, y poco le importaba que esa vida se consumiese en el torbellino de la orgia, á condicion de que no se llevase en pos los productos del establecimiento, ni dejase embrolladas las cuentas del negocio. Si alguna vez se le oia una palabra de queja ó de repro-

che, esa palabra no era la espresion de su cariño, sino de su egoismo, y su confidente el chino Estevan, sabia bien que el corazon del jòven estaba exhausto, mientras que su cabeza estaba llena de codicia y de cálculos de fortuna para un futuro que no se le ofrecia ni muy lejano, ni muy oscuro.

Tal era la situacion de esta familia en los momentos en que empezamos esta historia.

### III.

#### La madre y los hijos.

Sconner era casado con una señora inglesa y tenia dos hijos. Una niña y un niño. La una contaba cinco años y el otro dos, cuando la madre marchitada por el clima de las riberas del Plata, demasiado húmedo para sus pulmones, emprendió el viaje à Inglaterra. Esa señora era el modelo de las madres de familia, y Dios la habia unido à Sconner en virtud de aquella ley de los contrastes que parece dominar todas las cosas de la vida, sin que se pueda esplicar esa atraccion contradictoria, como no se esplica la putrefaccion y la gloria, el llanto y la risa dentro de un mismo cuerpo.

La madre de los niños Enrique y Angela, enferma en su físico y en su alma, habia cedido à las insi-

nuaciones de su marido, como cedia siempre, y se habia embarcado con el presentimiento de que su vida no seria duradera, y con la pena anticipada de que sus hijos quedarian en la horfandad

Mujer de corazon y de altura, sofocó dentro de sus entrañas la queja que nacia poderosa de esa triste perspectiva; pero cerrò los ojos y obedeciò.

Las fatigas del viage, los peligros que su estado febril y la exaltacion de su amor materno, le exageraban al exeso, devoraron poco à poco los débiles restos de vida con que contaba, y à la entrada en la Mancha todos los compañeros de viage juraban que la Sra. Sconner no llegaria á Liverpool. Sin embargo, las madres tienen su providencia benigna, y la enferma tuvo el consuelo de pisar la tierra, de abrazar à su parienta Stoul, que era la única con quien contaba en Inglaterra, y de cerrar sus ojos al lado de una persona cariñosa, que le dió su palabra solemne de servir de madre à las dos criaturas que dejaba, en una tierra estraña para ellos, y sin otros auxilios que los que debia enviarles periódicamente el Sr. Sconner desde Buenos Aires, es decir, à tres mil leguas de distancia.

La Sra. Sconner murió tres meses despues de su salida de Buenos Aires y su bolsa no habia sido provista sino para poco tiempo; la Sra. Stoul vivia de una pequeña renta que si bien le bastaba para sus

necesidades individuales, no alcanzaba con mucho à equilibrar los gastos que demandaba el aumento de familia: pero, muger prudente y previsora, puso todo el órden posible en su casa, y despues de haber acompañado à su querida parienta à la ùltima morada, tomò sus precauciones contra la miseria; avisò à Sconner el triste acontecimiento de la muerte de su esposa, le pidiò órdenes con respecto à sus hijos, y le ofreciò nuevamente sus servicios de madre.

Tomadas estas medidas, la Sra. Stoul se resignò al laborioso é incòmodo rol de madre de hijos ajenos, y esperò las órdenes de Sconner.

Enrique habia heredado la dulce y delicada naturaleza de su madre, y parecido à los arbustos que necesitan del jugo de la tierra natal y de los rayos del sol de la patria, sufria, y se agostaba su salud bajo la influencia inclemente del clima de Inglaterra, mientras que Angela que habia recibido de Dios la fortaleza fisica del padre, y la belleza de formas de la madre, parecia crecer y robustecerse como el futuro protector de su hermano. El uno era melancólico y concentrado; criatura resignada al sufrimiento y a propósito para sentir y comprender todas las impresiones del arte y del espíritu, mientras que la otra parecia formada para afrontar, riendo, todos los contrastes de la fortuna, y todos los dramas del corazón.

Naturalezas opuestas, eran sin embargo una sola con respecto al cariño, y nunca las discordias infantiles fueron bastantes á turbar la pureza y la uniformidad de sus afectos. Parecia que Ángela comprendia como lo habia comprendido la madre, que Enrique era un espíritu mas que un cuerpo, y que las impresiones del corazon debian tener en él la misma influencia que el mal aire y la rigidez del clima estrangero, y le mimaba, le acariciaba y le rodeaba de toda aquella divina abnegacion que no se encuentra sino en las que aman mucho como la madre ó la esposa perfecta.

La Señora Stoul era una muger de conciencia y capaz de dirigir la educacion de los hijos de su sobrina. Si Dios le hubiese dado criaturas de su seno, la Sra. Stoul habria hecho de ellas modelos de buena crianza, personas morales y dignas de una buena sociedad; pero desheredada por esa providencia que para ciertas madres es un tormento del infierno, y para otras el consuelo de todas las amarguras de la vida, esa muger se entregò toda entera al cuidado y al cultivo de la inteligencia de los huérfanos.

Tambien los desgraciados tienen su Providencia benigna, y la de los niños Sconner lo fué la Señora Stoul, durante los primeros años de la permanencia de esas criaturas en Inglaterra.

IV.

**Cambio de escena.**

Los yelos, las nieblas y las humedades de la fria Inglaterra habian concluido la vida de la Sra. Sconner, y el abuso de la alegria, de los placeres carnales y de todas esas franquicias de la vida americana, referidas à un hombre completamente independiente, habian tambien minado la existencia de D. Pedro, que si bien no sucumbiò al influjo de la degradacion paulatina de sus dias, tronchó como el militar en el campo de batalla el poder ó el capital que habria podido durarle largos años, económicamente manejado.

Ocho dias de excesos permanentes, de placeres de mesa, de baile y de otro género, aceptados en las horas menos higiénicas para la naturaleza humana, le trageron al hombre fuerte y poderoso, una de aquellas debilidades profundas que apoderándose del cérebro en primer grado, pasan en seguida á los órganos digestivos, y del vientre á la organizacion en general, hasta que destruyen, sino intencionalmente al menos efectivamente, el ejercicio habitual y necesario de las funciones ordinarias.

Esta interrupcion trae como primera consecuen-

cia la paralización del cerebro, el cerebro refluye sobre los órganos de la inteligencia y una vez perdida la facultad de *abstractar*, como decía Moratin, el hombre muere imbécil y sus herederos quedan á merced de los pícaros ó de los hombres honestos; à la gracia de Dios.

Sconner murfò en estado de imbecilidad dias antes que se recibiese la noticia de la Señora Stoul anunciando la muerte de la Sra. Sconner y la horfandad de sus hijos.—La una se habia apagado como las ecsalaciones del cielo de América, y el otro moria como los que concluyen abrazados por los calores de Africa—Ambas ecsistencias obedecieron à la ley de sus naturalezas y recorriéron su camino.

La muerte de Sconner dejò à Jorge dueño de la situacion que desde tanto tiempo ambicionaba y que habia acariciado, espiado y deseado tan profundamente.

Unico pariente reconocido del propietario, nadie tuvo ni siquiera la idea de contradecirle el título de su administracion legítima, y él, que era frio, y sabia lo que hacia, tomó desde el mismo dia del fallecimiento de su tio, el gobierno de los establecimientos y de todos los negocios.

Cuando Buenos Aires era capital de la República Argentina y su Gobierno estaba autorizado à desempeñar las relaciones exteriores, celebró un tratado

con la Gran Bretaña, que data del año de 1825, y estipuló en su artículo 13 que en caso de muerte intestada de alguno de los residentes ingleses, el agente diplomático ó el representante de aquella nacion, fuese cual fuese su categoria, tendria intervencion directa en el nombramiento de los *curadores dativos*, dando aviso à la justicia local.

Este artículo latamente interpretado por el sobrino de Sconner, y tambien por el agente ingles de aquella fecha, dió origen à un procedimiento extraordinario con respecto à la seguridad de los bienes existentes, à su importancia, y à su liquidacion, que afectó profundamente la fortuna de los huérfanos ausentes.

Jorge que habia espiado el momento de la muerte del tio, como el avaro espia la víctima, se apoderó de todos los títulos, créditos, documentos y demas papeles que debian servirle para asegurar su empresa, y tambien para torcer el curso de las persecuciones, si un dia los verdaderos herederos se presentaban à reclamar lo suyo.

Con la muerte de Sconner huyó la alegria y la animacion de la propiedad y aquel establecimiento que era à la vez una mina y un Paraiso, asumió como por encanto el tétrico carácter de la avaricia y de la helada especulacion—Los vecinos empezaron à ser visitas raras y cautelosas, los huéspedes, aquellos

alegres y expansivos camaradas de los tiempos pasados, olvidaron el camino de la alegre morada, y la *trasquila* llegaba mas como un suplicio para los sirvientes y empleados del administrador, que como la fiesta patriarcal del establecimiento.

Los niños ausentes no tenian en Buenos Aires otro pariente que el primo que habia quedado al lado del padre, y no podian contar con la vigilancia de la justicia en el año de 1844 cuando el abominado poder de Rosas estaba en todo su esplendor, de manera que Jorge pudo preparar y desarrollar su plan sin contradiccion y sin temor de ser hostilizado por nadie. Libre en el pensamiento y en la accion, hizo inventarios de lo que existia cuando quiso y como quiso, finjiò deudas y ocultó bienes; imaginó pérdidas, y distrajo fondos y productos; alejó del establecimiento à los viejos servidores, que en los casos ocurrentes podrian servir contra él, y tomó otros nuevos, à los que les hizo creer lo que le dió la gana, y en una palabra, lo alteró todo á tal punto que el mismo Sconner no habria conocido su morada, si de la tumba hubiese saltado à su dormitorio ò à su sala de recibo habitual.

Pero en el plan de Jorge no entraba solamente la seguridad del porvenir, y abusando de la época de inmoralidad y de degradacion en que se hallaba el pais, de la condescendencia, avaricia, ó ignorancia

del agente de la Gran Bretaña, maniobró de tal modo que los inventarios diminutos que habia levantado, los créditos pasivos que habia fingido, en una palabra, la bancarrota del finado tio, todo fué aceptado, confirmado y autorizado por el agente, como si este caballero tuviese en Buenos Aires la intervencion oficial y la jurisdiccion que les corresponde por la ley à los jueces territoriales.

Demostrada con talento infinito la falencia del difunto en la época de su muerte no faltaron acreedores simulados y condescendientes que se presentasen delante de los Tribunales reclamando el pago de sus haberes, y como las confesiones del administrador eran contestes y terminantes, tampoco faltaron ejecuciones y embargos al parecer ruinosos.

Finjiéndose apremiado por los embargos y por los mandatos de los Tribunales, hizo falsas tazaciones, como habia hecho falsas deudas, fingió títulos à favor de tercero, como habia ocultado las verdaderas existencias y encontró quienes le prestasen el nombre y la representacion para ejecutar y hacer vender lo que no debia un peso à nadie, de modo que todo ó casi todo no salia sino simuladamente del poder del sobrino de Sconner. Asi procedió durante tres años consecutivos, antes de haber hecho el inventario de lo que le pertenecía à sus primos ausentes, y asi tuvo el tiempo suficiente para ar-

reglar y desarrollar su plan. Tan largo tiempo de libre administracion era bastante por si solo para dar á la intelijencia mas mediocre la luz y el cálculo suficiente para componer todo un sistema de fraude, y Jorje que habia limado en su alma todo lo que debia servirle para su fortuna futura, hizo tal nudo que solo podia ser desatado por el método de Alejandro de Macedonia.

El pájaro trabaja en verano el nido para el invierno y se reposa; Jorje-trabajó su fortuna, y procuró reposarse; pero los niños crecian en Europa; algunos viejos amigos de Sconner habian observado al detentador y seguido paso á paso sus maniobras; la causa de la libertad ganaba terreno en Buenos Aires, y todo se encaminaba hácia un fin que Jorge no descubria en el horizonte, enceguedido por la felicidad de su situacion, y que sin embargo se acercaba, como el cumplimiento de todas las promesas ó el castigo de las culpas.

El detentador no tiraba en banquetes ni en fiestas los valiosos productos del establecimiento y como el que habia mucho ambicionado y mucho esperado, duplicaba y triplicaba esos productos que tambien hacia valer agregándolos á los capitales existentes y moviéndolos de diferentes modos. Con esa perseverancia que no es la cualidad de los hombres que se han connaturalizado con nuestros climas, Jorge

consiguió en primer lugar: que la fortuna testamentaria de su tío desapareciese y fuese repartida entre los diferentes acreedores simulados que le habian prestado sus nombres; en segundo, que se le reconociese à su favor, como deuda privilegiada proveniente de salarios, una fuerte suma, que absorvia el resto de lo que habia quedado invendido, y en tercer lugar que se le nombrase curador dativo de la sucesion para liquidarla totalmente con un carácter legal.

Al amparo de todas estas precauciones, Jorge se reposó de sus fatigas, como el viajero se estira y arrolla en su lechó despues de las incomodidades de su viaje.

Protejido por el desarrollo creciente de los valores de sus lanas y habiendo esplotado en grande escala la calidad y la rareza en el pais de sus ovejas, en seis ó siete años llegó à ser el mas rico propietario y à montar su habitacion de campo en tal pié de lujo y confortable que ni aun en las fabulosas épocas del fundador habia tenido.

Para completar su dicha doméstica le faltaba una compañera, à su gusto, de carácter conforme al suyo, y no habiendo olvidado un solo dia las afecciones de su infancia, partió para Inglaterra, y allí entre las bellas mugeres de su Isla, se hizo amar, contrajo matrimonio, y se preparó á volver al seno de

su opulencia y de su condado americano. Rodeado del prestigio que dà la fortuna pecuniaria, jòven y bello, porque Jorge era un magnífico hombre, fácil le fué interesar el corazon y la ambicion de una jòven inglesa, que aunque acariciada por la sociedad que la rodeaba, no pudo resistir à ese encanto secreto de los viajes ultramarinos y à ese poder que tienen las narraciones de nuestros hàbitos, de nuestra naturaleza portentosa y virginal; el magnetismo de todo esto hallò su vïctima, y Jorge encontrò al fin mas de lo que habia imaginado para su dicha, una mujer jòven y bonita, y de una educacion intachable.

A pesar de todas estas apariencias de felicidad perfecta, Jorge era sorprendido de cuando en cuando por la voz de su conciencia, que le decia muy claro, aunque en secreto, toda esta dicha “la debes “à un delito. Gòzala, pero espera.”

Para algunos la conciencia es una mosca de verano que huye amedrentada al menor movimiento de cabeza, para otros, el consejo de uu amigo, que se acepta ó ne se acepta segun el momento en que se escucha; para otros es la voz del angel bueno ó malo que nos advierte del peligro posible, ó que nos impele à tapar con un delito nuevo el viejo delito que ya hemos cometido. Para Jorge la voz de su conciencia no fué sino la voz del àngel malo, y antes

de su salida de Inglaterra, abusando de la humilde posicion pecunaria en que se encontraban sus primos, les obligò á aceptar y firmar aunque menores de edad, un reconocimiento público por el cual confesaron que la gestion de Jorge era intachable, y que ninguna reclamacion tenian ni tendrian que hacer contra él en adelante.

Ese viaje fué el corolario de los cálculos y de las ambiciones de Jorge, y del brazo de su jóven esposa, con el sagrado documento en el bolsillo, se embarcò en Liverpool con destino al Rio de la Plata, donde su esperanza le pintaba el cuadro de la dicha doméstica rodeado de hijos y de todos bienes de la tierra.

## V.

### Los huérfanos.

Todos los que han sufrido saben ser piadosos, y todos los que son dignos de ser dichosos saben sufrir. La Providencia ha repartido la felicidad y el dolor en proporcion de las fuerzas de los que ella protege ò persigue, y solo el nécio, el impotente, el ateo, se hace una coñona de la dicha terrenal como del suicidio pretende hacer una virtud.

Angela y Enrique no habian gozado aun de la

sonrisa de la Providencia benigna, pero sentian la esperanza en el fondo del alma, esa revelacion misteriosa del Creador á su criatura inocente, y esperaban como esperan los justos la bienaventuranza.

La Sra. Stoul era ya mas que una tia y que una amiga de los huérfanos; era una madre, La bella índole de las dos criaturas, y la injusticia que ella habia mas bien adivinado que averiguado, de parte de Jorge, le habian ganado su noble corazon todo entero: al extremo talvez de olvidar que esos niños no eran el fruto de sus entrañas. y que la perfecta educacion que les proporcionaba à costa de inmensos sacrificios, podria serles un dia una fuente de dolores, que con menos cultura en la inteligencia no habrian acaso conocido.

La abnegacion de la muger no tiene límites, y si el egoismo de los hombres no desdeñase registrar en las crónicas todas las acciones inmortales que se pierden en el olvido, solo porque son obras de muger, tendríamos registradas en libros conocidos de todo el mundo, por una bella accion de hombre, cincuenta de muger: pero el derecho de reclamar de esta injusticia està prescripto, aunque no està el de delatarla ante la humanidad.

La Sra. Stoul nunca pudo persuadirse de que su finado hermano D. Pedro Sconner, hubiese muerto

en el estado de descalabro de fortuna que le pintaba su sobrino, y que en la ruina general también hubiese arrastrado dos mil quinientas libras esterlinas, que fueron la dote de la madre de los huérfanos. Mujer respetable por sus costumbres y por su posición, quiso ensayar todo el peso de su individualidad en beneficio de sus hijos adoptivos, y fuerte con su propia convicción, se presentó resueltamente á Jorge seis días antes de su salida para América.

El usurpador había olvidado en medio de la dicha de su reciente matrimonio, en medio de los preparativos de viaje, y en el torbellino de los placeres de Londres, que sus primos existían en la tierra, y que alguna alma virtuosa pudiese dar un paso atrevido á favor de esos inocentes.

La presencia de la Sra. Stoul le hizo volver á la realidad, y lo que es peor, á ese mundo palpitante de recuerdos odiosos, de que él procuraba huir como el condenado huye de los tormentos. Pero fué atacado en sus propias trincheras, y tuvo que soportar el ataque cara á cara, y boca á boca.

Después de los primeros cumplimientos de costumbre, en que cada uno de los interlocutores procuró ser lo más circunspecto y reservado posible, la Sra. Stoul empezó la discusión diciendo. . . .

—Comprendo, Jorge, que después de las explicaciones que me has dado, y de los documentos que

has puesto delante de mis ojos, es ya importuno preguntarte si por amor á tu pobre tia y á sus hijos, no has hecho nada por salvar la dote de aquella que no podia estar comprometida en los negocios de Sconner.

—En Inglaterra se habria podido salvar ese dinero, mi querida tia, pero en el pais en que ha muerto mi protector, la justicia tiene por costumbre declararse heredera legítima y universal de los que mueren sin hacer testamento y aun de los que fallecen haciéndole . . . . Aterrado por la suma de gastos ya causados, y en atencion á que mi finada tia habia traído consigo el importe de las dos terceras partes de su dote, creí mas conveniente desistir de la pretension, que volver á luchar con un ejército de acreedores, sobre derechos privilegiados y prelación en el pago.

—Me parece que no has procedido acertadamente, y te voy á repetir lo que me ha dicho uno de los mas sábios abogados de Lòndres, á quien he consultado sobre el particular antes de venir á tu casa.

Si vuestro sobrino, me ha dicho, ha podido hacerse adjudicar bienes de Sconner en pago de sus sueldos, valiéndose del privilegio que le acuerdan las leyes á esa clase de acciones, con mas razon debió hacerse devolver la dote, en bienes ò en dinero, porque ella goza por la lejislacion inglesa, y por la

española que rije en ese pais, mayor y preferente privilegio à toda otra clase de derechos—El dinero que trajo vuestra cuñada para su subsistencia y la de sus hijos en Inglaterra, no puede ser llevado en cuenta de la dote, porque esa cantidad representa el cumplimiento de un deber reconocidamente del marido, ya que él era el rico y la Sra. Sconner la pobre, relativamente.

De modo pues, Jorje continuó la Sra. Stoul, que mis sobrinos y tus primos podrán algun dia hacerte responsable personalmente de esa negligencia que los deja en la miseria, mientras que tú con menos títulos te encuentras rico y en posesion de los bienes de que ellos no debieron ser despojados—Mis deberes me impelen à hacerte presente la opinion del abogado, y à exigirte un arreglo que ponga término á mi ansiedad y que al mismo tiempo venga en auxilio de la existencia de esas desgraciadas criaturas—Si tú encuentras estravagante mi exigencia, y no te acomoda ninguna convencion secreta y amistosa, es mi deber prevenirte, que de tu casa iré directamente à lo del abogado que acabo de consultar, y que pondré en sus manos la reclamacion de los bienes dotales de Sofia; sé que es un paso odioso entre parientes, pero no me es permitido cerrar los ojos ante la triste perspectiva de mis hijos adoptivos.

—Se diria, mi buena tia, dijo Jorge, que Vd. igno-

ra la existencia de la aprobacion auténtica que tengo en mi poder con la firma de sus pupilos, por la cual han desistido en términos absolutos à toda reclamacion relativa à la testamentaria del finado D. Pedro Sconner.

—Tú has procedido del mismo modo que proceden los avaros; por asegurar demasiado, has quedado sin la menor garantia. Esa declaracion te perderà en vez de serte ventajosa, porque serà la mejor prueba de tus abusos y de tus temores . . . . ¿Qué Tribunal Ingles ó Americano darà crédito à los compromisos de dos niños? . . . . Guarda ese papel para enseñarlo à tus dependientes, pero créeme, no lo presentes nunca delante de la justicia porque serà tu verdugo.

—Vd. comprende, mi buena señora, que esa no es la opinion de los hombres de la ley.

—Pues bien, Jorge, voy á pedir ahora mismo que detengan tu salida de Lóndres; luego veremos lo que vale ese documento.

—Me hará V. un mal gratuito, inútil, que cerrará para siempre todo camino de arreglo entre los dos . . . .

—Entonces acabemos amistosamente este incidente repulsivo en efecto . . . . ofrécame una cantidad, y yo veré de aceptar conciliando la situacion.

—Haré un regalo à los huérfanos, sin reconocer

obligaciones que desconozco del todo; regalo cuya importancia quedará entre los dos, bajo palabra de honor, y no se hablará una palabra mas de este negocio.

—Bien pues, tu entregarás antes de tu partida, à título de regalo, de limosna, de auxilio, de préstamo tambien si tu lo quieres, las dos mil y quinientas libras que forman la dote de Sofia.

—No me es posible hacer limosnas, regalos ó préstamos de esa importancia, y todo lo que me es dado proponer son quinientas libras que contaré en el acto.

—La limosna no es generosa en efecto, y yo en tus circunstancias me avergonzaria de proponerla.

—Me es imposible estenderme à mas y en caso de repulsa, me someteré à las contingencias del pleito con que se me amenaza.

—Es un abuso mas, Jorge . . . .

—Me es de todo punto imposible ser mas generoso, sea cual fuere mi voluntad.

—Decididamente?

—Ni un sheling mas ni menos.

—La providencia divina te juzgarà . . . . y Dios quiera que tus hijos no vengan algun dia al caso en que se encuentran los míos . . . . està bien, acepto por ellos . . . . cuéntame ese dinero y estiende el recibo à tu gusto que yo lo firmaré.

—No hay necesidad de recibos, respetable tia, dijo Jorge, y dirigiéndose à un escritorio que se encontraba al fondo de la pieza, sacò el dinero en oro, lo contò atentamente y lo puso en manos de la Sra. Stoul, acompañando el acto humillante con una reverencia respetuosa.

—Se conoce, Jorge, dijo la noble vieja, que la lana de los carneros de mi hermano es de excelente calidad: yo te he visto vivir en Lòndres durante seis meses como viven los lores y banqueros, y tu no lo puedes ignorar, yo sé que tu partistes para América à espensas de Sconner sin un solo sheling en tu bolsillo. ¡Que la suerte te prodigue sus favores, mi pobre descarriado!

Dichas estas palabras la señora Stoul salió de la casa de Jorge con el corazon oprimido, y las làgrimas en los ojos, buscando en su conciencia de santa una inspiracion que le diese el corage de hacer alguna pena al que le hacia sufrir, y luchando con la nobleza de su alma que le decia á gritos, “perdona, perdona al pecador.”

Ella no perdonó tal vez, pero olvidò. La vista de los niños que retozaban ignorantes de lo que pasaba sobre su porvenir, volvió à aquel espìritu afectado la tranquilidad que habia perdido poco antes.

Anjela y Enrique jugaban en el pequeño parque de la casa, y allì en medio de las flores, envueltos

en el aroma de los nardos orgullosos, y de la humilde violeta, la Sra. Stoul creyó descubrir sobre la frente de sus hijos el rayo de la bienaventuranza que iluminaba sus días y que le indicaba tolerancia y esperanza.

Fué un golpe eléctrico para esa alma contristada, un oceano de luz para ese corazon sumido en las tinieblas de la duda.

La Sra. Stoul derramó una lágrima, y corrió à llenar de besos à los niños.

La escena concluyò, y el que la hubiese presenciado no habria dicho, de cierto, que esa muger tenia el alma hecha pedazos y que esas dos alegres criaturas eran las víctimas de una avaricia y de una ingratitud infames.

## VI.

### Víajes y ensayos.

Jorje partiò para la América convencido de que habia hecho por los hijos de su antiguo protector, algo mas de lo que su conciencia le presentaba como obligatorio, y la Sra. Stoul se dijo para sí, luego que supo la partida de Jorge, yo tambien he hecho mi deber en cuanto me era posible; ahora à ellos y todo para ellos.

Entre tanto la renta del capital de la noble mujer y la limosna del sobrino, no alcanzaban para costear la educacion que la buena Sra. se habia propuesto dar á los niños y calculando como el avaro cobre á cobre, ó como el enamorado las intenciones de la mirada de la mujer querida, la Sra. Stoul resolvió dejar el suelo inglés, donde la vida es tan cara, y partir para la Italia, á Pisa, empòrio de educacion elemental en todo género, y donde se vive con la décima parte de lo que se gasta en Lòndres, con iguales comodidades.

No bien concebida la idea, fué ejecutada. Angela estaba ya en edad de comprender el cariño y las ideas de su tia, y el solo cambio de clima le parecia una adquisicion inapreciable en favor de la salud de su hermanito, que ya habia dado indicios fatales de la debilidad de pecho y de la poca resistancia de sus pulmones.

De Liverpool al Havre de Gracia, del Havre á Paris, de Paris á Marsella, á Genova, á Liorna y á Pisa, fué el negocio de 15 dias.

La Sra Stoul habia elegido ese pueblo entre todos los de la Italia, primero por la salubridad de su clima y segundo porque es el asiento de una Universidad reconocidamente bien organizada.

En efecto, la patria de Galileo rasguñada hoy por el tiempo y sus desgracias histórias, nada tiene que

que envidiar, apesar de su decrepitud, como naturaleza, à las vírjenes rejiones de la tierra del sol. El Arno y los Apeninos, su torre, su catedral, su cementerio, donde se admiran aun las pinturas del *Giotto*, sublime viejo que conserva su verde corona de laurel, y la *Fé en Dios* de Bertollini que no se avergonzaria delante de la crítica del mismo Fidiás, son atractivos que hacen amar y admirar à la vieja y condenada ciudad de la edad média.

La Sra. Stoul descendió provisoriamente en el Hotel de Europa, modesto albergue situado al lado del Arno, mientras se procuraba la habitacion que debia alojarlos por tiempo indeterminado, y Enrique que se habia marchitado por las incomodidades del viage, pareció recibir el aire y los rayos del sol italiano, como el arbusto recibe el rocío vivificador.

—¿Porqué no nos ha traído nuestra tía à este pais antes de ahora? le decia à Angela, paseándose al lado de la torre inclinada, y aspirando à pecho abierto el aire que venia fresco y jugueton del lado de los Apeninos . . . . ¿No te sientes mejor, mas alegre, mas ligera aquí debajo de este cielo azul y blanco, mi querida? . . . . Sabes que yo podria pintar este cielo con sus colores naturales, por que lo siento, lo veo, y lo toco como una cosa mia, como algo que se pega à mi espíritu, y que encontraria en mi paleta, como el pensamiento encuentra su palabra?

—Ensayá, Enrique, y si lo consigues yo te pronostico que sers un artista precioso.

. — Si que lo ensayaré, y verás que he de tomar la vista del Arno, con sus puentes y sus botes, y esos grupos de hombres, de niñas, de mugeres, que me hacen tanta impresion, y ya verás que los cópio al natural.

—Pero será necesario que no abandones por la pintura tus estudios sérios . . . ya sabes que tia quiere hacer de ti un matemático.

—No lo conseguirá, Angela, apesar de mi resignacion. No tengo el talento que se requiere para esa ciencia, y tú sabes que tres ò cuatro horas de estudio diario, no consiguen sino matarme de fatiga, mientras que mi inteligencia permanece en tinieblas, como antes de ponerme á trabajar.

—Entonces será necesario esplicarse claramente con nuestra madre. La muerte nos robó à los que podian habernos dejado una fortuna y nosotros necesitamos aprender á trabajar para vivir, porque nuestro nombre de familia nos impone muchas obligaciones. La pobreza es una mala cosa, mi pobre Enrique, pero yo soy fuerte, dispuesta à todos los trabajos, capaz de regentear un colegio de niñas, y ya verás que dentro de un año, obtendré una colocacion que nos producirá lo suficiente para los tres. Entonces tú te entregarás à tu vocacion de-

cida; serás artista, como Vinci, Rafael, ó Miguel Angel, porque tu naturaleza es esquisita, y èste cielo de Italia la perfeccionará.

—Si tú lo crees así, mi Angela, ¿por qué no se lo dices à mi tia? mira, cuando yo fijo mi mirada sobre esa vírgen que està en la iglesia, al frente de la lámpara de Galileo, que se diría ideada por Rafael, y que la curiosidad y la admiracion no han podido descubrir todavia quien fuese el autor, siento en mi una voz que me anima en secreto, y que me dice: “sé artista; el arte es santo y glorioso, como la mas noble profesion. Es la realizacion del talento y el talento es el soplo de la divinidad aquí en la tierra; tira los compases, las cifras y toma el pincel. El pincel es la espada de Alejandro y el libro de la sabiduria.”

—Tú deliras, mi querido Enrique. Yo no digo que el arte no sea en si tan apreciable y tan noble como la primera profesion social; pero para llegar á la cima; ¿cuanta fatiga, cuanta contrariedad y cuanta perseverancia, mi pobre hermano! La mediania es insoportable en todo, pero mas en el arte del pintor, porque la pintura es la verdad, y nada hay mas difícil de descubrir que la verdad, cuando se divierte en ocultarse. ¿Cuántos pintores puedes señalarme como Rafael, Vinci, Correggio, Rubens y Van Dick?

—Yo no seguiré tus huellas, mi Angela? . . . . No

es ese mi camino—¿sabes quien es mi ídolo y mi maestro? . . . . Es un hombre que pasó por loco, ò por furioso, una cabeza de fuego y una mano de angel: un *calavera* à la manera del Cellini, un caprichoso, un estravagante, es Salvator Rosa.

—¿Qué extraño, mi Enrique! . . . . tú que eres la criatura etérea, mimosa y fràgil, quieres imitar, al génio poderoso de ese hombre, que creaba las selvas, las montañas, los mares y los bosques, con una voluntad omnipotente, y daba à sus creaciones el reflejo de una verdad aterradora?

—Si, Angela, ese es mi maestro y mi *hombre*, como dice no sé que libro que he leído ahora muy poco.

—Bien pues; hablemos juntos à nuestra tia, para que ese entusiasmo que es sagrado no se marchite, y no se pierda el tiempo en estudios infructuosos. A bien que en esta bendita tierra de Italia, no faltan maestros, escuelas, ni modelos. Vamos, Enrique, à dar nuestro asalto decisivo. Ya veràs como te sirvo à tus propósitos . . . .

La buena Sra. Stoul, siempre ocupada de procurar à sus hijos adoptivos las mayores comodidades posibles, y los mayores gustos domésticos, se habia entretenido en hacerles preparar un esquisito almuerzo, y en adornar el cuarto de Enrique con flores de la mañana, con cuadros de preciosos paisa-

ges, y con una cantidad de objetos de arte, que ella conocia del gusto de su sobrino, y que habian sido salvados de la venta de los efectos domésticos de la casa de Lòndres.

La escelente señora en nada pensaba menos que en la conspiracion de sus sobrinos cuando estos se presentaron en el Hotel, con la sonrisa del contento en el rostro, animados y coloridos como dos botones de rosa que acaban de abrir.

—Tracreis un apétito desesperado, hijos, les dijo la buena vieja.

—No es malo, madre, contest Angela, dejando su sombrero de paja en una silla y doblando su chal de espumilla francesa, imitacion de China.

—¿Y tú, Enrique?

—Enrique está preocupado, dijo Angela, porque tiene que comunicarte un proyecto, y no se anima...

—No se anima, dices Angela? . . . . Pues bien, esa reserva me hace mal, porque demuestra que Enrique no tiene confianza en mi . . . . y no tiene razon . . . . porque . . . .

—Vamos, madre . . . . yo lo haré por él, y empezaré por declararte que no es falta de confianza, sino temor de afligirte contrariando tus proyectos . . . . Sabe pues que Enrique no quiere estudiar las matemáticas sino las artes, la pintura y la música, pero la primera sobre todas.

—¡Dios mío! . . . ¿Y podrá bastarse à su vida con el ejercicio de esa profesion? . . . Si yo fuese rica al . . . aenos, ó si *aquel* que debió cuidar de la fortuna de vosotras, pobres criaturas inocentes, se hubiese acordado de que hay en este mundo dos seres abandonados à los miserables recursos de una mujer, vieja y pobre; yo te diria, Enrique mio (y la pobre vieja abrazaba al niño con las lágrimas en los ojos), yo te diria, no trabajes, no hagas nada sino reir y vivir, porque tu eres débil, delicado de salud . . . pero la fortuna es ingrata . . . y es necesario pensar en los dias que vienen . . . Mañana concluiré yo, y los otros parientes que te quedan en el mundo, y que tu no has conocido todavia, no querran recibir à un artista, à un pintor . . . tu no les conoces, hijito, como yo les conozco . . . Un matemático . . . un hombre de ciencia . . . es otra cosa . . . . Nuestro abuelo, el célebre gefe de la familia, fué hombre de letras, fué abogado, artista, algo desordenado en sus costumbres es verdad, pero esto no le impidió escalar el parlamento y ser acaso la mas notable individualidad de su época; pero él . . .

—Rafael, Miguel Angel, y otros pintores han merecido tambien, querida madre, honores envidiables y la posteridad les ha levantado templos à su memoria . . .

—Pero él, como esos que tu nombras, eran fuer-

tes, poderosos de físico y de inteligencia, mientras que mi Enrique sucumbirá agobiado por el trabajo y por el empeño de sobresalir . . . .

—No, madre, dijo el niño, el trabajo que mata es ese de las matemáticas, que parece inventado para destruir mi cuerpo y mi espíritu. Cinco ó seis meses mas de estudio habrían concluido conmigo, y entonces tus cálculos, tus esperanzas, todo desaparecerá para siempre . . . .

—¿A que hablar mas sobre esto, si cada palabra de mi hermano te descubre que le quieres obligar á un sacrificio? dijo Angela, tomando las manos de la vieja—Tu que eres buena y angelical; no, tú no querrás imponerle á mi hermano un suplicio en vez de un placer, una condenacion en vez de una profesion, una violencia tan estraña á tu caracter . . . . no es verdad?

—Angela, cuando yo le ofrecí á Sofia ser la madre de sus hijos, se lo ofrecí de todo corazón . . . . tú, mi Enrique, adoptarás la carrera que tu quieras . . . . todas han de ser nobles, desempeñadas por tí . . . . serás pintor, músico, escultor . . . . lo que tú quieras . . . . pero me pesa que no me lo hayas dicho antes, porque entonces no nos habríamos fijado en Pisa, sino en Milan ó en Florencia.

—Pero estamos á un cuarto de hora de Florencia,

y nuestros baules no están desechos del todo . . . . dijo Angela . . . .

—Me parecia tan tranquilo y tan sano este pueblo, que ya me habia formado mis castillos en España, para mi vida futura . . . . .

—¡Oh si tu supieses como es Florencia en su vida doméstica, como es atractiva y amable con sus huéspedes; como se vive contento y tranquilo, sin ser ricos, y como tiene la inteligencia de que saciarse en todo ramo: tú dices que yo soy erudita ¿no es verdad que esees tu juicio? . . . . pues mira, si tú quieres admirar mi erudicion, déjame hablar de Florencia, y verás que no te deajo dormir en toda la noche, y lo que es mas, que no te cansarás de escucharme.

—Si Angela toma la palabra, te hará creer que Florencia es la rival del Paraiso . . . . dijo Enrique.

—Pero Florencia es la patria del Dante, de Machiavello, de Miguel Angel, de Donatello, de Benvenuto, de Orgaña . . . .

—Y de todos los santos del almanaque . . . . no te parece, querida, agregó el muchacho sonriéndose . . .

—Bien, me callo pues, hasta que vds. me permitan hablar sin interrumpirme . . . . ¿pero partiremos para Florencia, no es así? . . . .

—Si, mis hijos, dijo la Sra. Stoul; partiremos mañana mismo para no volver à Inglaterra, sino luego que vds. hayan completado sus estudios.

Al dia siguiente nuestros amigos partieron para Florencia, donde les dejaremos perfectamente alojados en una casa de la *via dei Pansani* n. ° 4418, para volver à ocuparnos del sobrino de Sconner.

## VII.

### Compras y ventas.

El viento de la fortuna le habia sido propicio à Jorge desde la muerte intestada de su tio y su viage de Liveerpol à Buenos Aires, fué mas un paseo que una travesía feliz. Cuarenta y cinco dias de navegacion, sin calmas, ni chubascos en la línea, sin tormentas en el canal, sin dolores de cabeza, ni de estómago, comiendo, riendo y gozando de aquellas primicias del matrimonio que no son fantasmas aterradoras para los que las conocen, sino el *maggior dolore* de que habla el Dante por la linda boca de su Francesca de Rimini . . . .

Como hombre frio y previsor, Jorge habia arreglado sus negocios de manera que su viaje à Inglaterra, pudiese servir de pretexto ostensible al nuevo rango que pensaba asumir en el pais. La prevision era oportuna, porque el público sabia, à lo menos gran parte de la poblacion inglesa de Buenos Aires,

que Jorge no podía disponer de otro caudal que aquel que se hubiese formado de sus sueldos dejando à un lado los emolumentos de la administracion de la testamentaria de Sconner, que no aparecia liquidada ni chancelada definitivamente como lo ordenan las leyes que rigen en este Estado; pero la fortuna engeuece el espíritu, como el dolor, y lo que para Jorge fué una preciosa revelacion del pensamiento, sirviò mas que todo lo que habìa hecho anteriormente para colocarlo en la situacion en que algo mas tarde hemosde encontrarle.

Seguro de que los hijos de su tio quedaban sepultados en la Inglaterra, sin ausilios y sin la proteccion de sus parientes; sin amigos, al menos à su juicio, que se interesasen en ellos à tal punto de ponerse en lucha con su próspera actualidad, cerró los ojos y se dijo: “Basta de fingimientos y de caracter secundario.”

Los que le habian prestado su nombre para cubrir las propiedades, fueron llamados à las escribanias públicas, y practicaron nuevas ventas à favor de Jorge y de los mismos bienes que este les habia vendido, al menos en la forma, con el pretexto de pagar el todo ò parte de las deudas de su tio.

En estas retroventas aparecia Jorge entregando ingentes sumas de dinero, que los vendedores confesaban haber recibido de antemano, como Jorge ha-

bia confesado haberlas recibido de ellos cuando les traspasó las propiedades que ahora hacia figurar à nombre propio.

El sabia que esta clase de contratos, se realizau en el secreto de la oficina de un escribano, y poco le importaba hacer figurar cuatro ò seis mil libras esterlinas de mas ó de menos en el precio de lo que aparentaba comprar: pero no hay secretos eternos, y los viejos amigos de Sconner, aquellos que habian seguido paso á paso la vida del jóven, los que le llevaban su cuenta corriente con la sucesion, reian de sí mismos, y se decian “estos esfogos del orgullo y del amor propio, puede ser que cuesten demasiado caro al presuntuoso,” observaban, callaban y continuaban impasibles su sistema.

Dueño ostensiblemente de las mismas propiedades que fueron reconocidamente del tío, de cuya prole se tenia noticia en Buenos Aires, por los que conocian á la familia, y por ese hilo eléctrico que hace adivinar los mas secretos acontecimientos de toda individualidad en la sociedad en que vive; los unos atribuian el progreso de la fortuna de Jorge á los bienes de fortuna de su esposa y los que analizaban con mas profundidad, à los manejos del administrador en la liquidacion de la herencia. Las conjeturas cruzaban la atmòsfera como las balas en una batalla, las unas bien dirigidas, las otras que

ban à perderse inofensivas en el espacio, sin tocar al objeto que buscaban.

Entre tanto Jorge premunido de sus escrituras de propiedad, invulnerable, al menos en su juicio, con la declaracion que habia arrancado à los huérfanos en Lòndres, y moralmente persuadido de que nadie en la tierra podia disputarle con éxito el fruto de sus cálculos y de sus engaños, empezó libre y atrevidamente sus negocios.

Los advenedizos son dificiles de carácter, exigentes é imperiosos, y estos incómodos atributos del carácter ficticio no tardaron en apoderarse de Jorge, que à pesar de sus largas meditaciones solitarias, no podia creerse, aun palpándolo, verdadero dueño de la fortuna de Sconner.

Impulsado por su nueva situacion, movió pleitos à los linderos sobre una cuadra mas ó menos de terreno, por una oveja estraviada, por un trago de agua en los rigores del verano, y consiguió à fuerza de tirantéz y de orgullo insoportables ser el odio de todos sus vecinos. El viejo Sconner habia sido el patriarca alegre y generoso de la comarca, y Jorge fué el verdugo, el enemigo, el *cucó* de todos los que tenian la desgracia de vivir en sus inmediaciones.

El gaucho es un amigo fiel, sincero, de abnegacion tal, que si no es una parodia la historia de *Castor y Polux* bien se podria encontrar su modelo esculpido

en relieve en mil ejemplos de los gauchos argentinos; pero tambien es enemigo implacable, incidioso, de una memoria *corza*, y si fué el guardian de las haciendas de D. Pedro que era hombre dulce y hospitalario, no dejó de ser el verdugo de las de Jorge que era altanero é insoportable en su casa. — De ahí las mil quejas, las implacables persecuciones y la perfecta impopularidad del nuevo propietario.

Esto no le impedia sin embargo que parodiando las costumbres del antiguo Sr, recibiese en su estancia á muchos caballeros distinguidos de la Sociedad de Buenos Aires y que procurase reflejar el atractivo carácter del verdadero amo; ni que por la bondad de los tiempos y el desarrollo creciente de la industria local, su renta subiese anualmente á una suma fabulosa, algo mas por año que lo que en la escritura de compra figuraba como precio de la propiedad que la producía.

Durante los primeros dos años, Jorge tuvo que sofocar en lo mas secreto de su pecho los importunos temores que de cuando en cuando asaltaban de memoria; pero pasaron cinco, seis, siete años sin que ninguna nube se presentase en el horizonte su fortuna, y creyó deveras que sus maniobras clandestinas eran justas y que la herencia ajena era en efecto suya.

Parecía que los recuerdos de 1844 habian desa-

parecido del todo de la memoria del rico usurpador, cuando un incidente inesperado vino à prevenirle que la Providencia no olvida la injusticia como suele olvidarla la memoria de los hombres.

El dia de su natalicio habia reunido Jorge à muchos de sus amigos de Buenos Aires, à quienes les habia enviado sus carruages para prevenir todo motivo de excusa.

Entre esos convidados se encontraban el viejo Pitt antiguo vecino de la estancia, y uno de los íntimos amigos del finado Sconner con quien Jorge habia tenido un largo y reñido pleito sobre limites de terrenos, que habia sido invitado mas para poner el sello à la transaccion que acababan de celebrar judicialmente que por el placer de su compañía.

Este convidado era conocidamente uno de los mas exaltados defensores de los derechos de los huérfanos, y por lo tanto uno de los críticos mas violentos de la conducta de Jorge; pero este no temia que en una reunion de hombres suyos, y en la alegria de una fiesta, Pitt comprometiese su excelente educacion, y la altura de carácter que le reconocia la sociedad; pero la fiesta fué espléndida, y el encono del viejo amigo creció en proporcion del lujo y de la ostentacion del anfitrión y allà cuando le pareció que los vinos habian hecho su efecto, paròse y pidió la palabra.

“Bebo, señores, por la felicidad de los huérfanos Sconner, hijos y herederos del fundador de este establecimiento” (Bebed, señores, y dejadme concluir) Bebo, señores, porque el tiempo desdoble uno por uno todos los pliegues que esconden el misterio de la muerte de mi viejo amigo D. Pedro Sconner, y revele à la luz de la verdad las causas que tienen à sus hijos lejos del hogar paterno y en miseria—Bebed, señores, por que mis deseos se realicen.”

El vino no habia influido à ta' extremo en la inteligencia de Jorge, que ese brindis no le hiciese comprender que aun le quedaban enemigos, y cualquiera que hubiese presenciado su mirada y su gesto, no habria podido dejar de comprender que esas palabras le habian hecho la impresion de una puñalada ò de la picada venenosa de la víbora; pero frio y reservado guardó en el pecho su disgusto, bebió con Pitt como todos los convidados, continuó en la alegría ficticia de la fiesta y se sostuvo hasta el fin sin que nadie se apercibiese de su impresion.

Dejémosle pues en medio de su grandeza monetaria y volvamos à encontrar à los huérfanos en la humilde morada de la calle *dei Panzani* en Florencia, al lado del Batisterio, à una cuadra de la Torre del Giotto y de la Cúpula del Burnalesco.

---

VIII.

**Una vislumbre.**

Era un día de Mayo, un bello día de Italia.

El sol iluminaba la frente del *David* de Miguel Angel, como la inteligencia divina había iluminado el pensamiento de su autor.

La estatua colosal despedía vida por todos sus poros, y parecía decirle á los pasantes, “*detenedme, que vuelo.*”

Angela y Enrique, vestidos de luto riguroso, estaban contemplando esa estatua, el uno ocupado profundamente del estudio de esa espresion, y de esa anatomia, que nadie como él ha realizado hasta hoy en la piedra, y la otra absorta en la contemplacion de su hermano, que ella no alcanzaba ni comprendia.

—¿No te cansarás nunca, Enrique, de mirar esta estatua? le decia Angela tomándole por el brazo.

—No, Angela, como tu no te causas de mirar este Cielo, de adorar la Divinidad, ni de amar á tus padres.

—¿Qué diferencia, Enrique! Este cielo florentino se parece á mi cielo de Buenos Aires, y esta semejanza es magnética, me llena de tierna alegría el co-

razon, y tu estatua es de piedra, austera, inmòvil como la muerte—Me parece bien hecha, pero algo narigona.

—¡Qué graciosa! . . . . ese mismo defecto la encontrò uno de los contemporàneos de Miguel Angel, y el sublime estatuario para enmendarla y para que quedase á gusto del crítico, acercó una escalera à la estatua, tomò un puñado de tierra, de esta que nosotros estamos pisando, subiò y le frotò la nariz—Luego que hizo esta operacion con la mayor seriedad del mundo, se volvió hácia el crítico y le preguntó . . . . ¿le hallais ahora el mismo defecto?—El crítico contestó que *no*, y tú vienes á recordarme que el estatuario se habia burlado del crítico, como se burlaria de tí, todo el que te oyese criticar à Miguel Angel, menos yo, mi Angela, que te quiero tanto.

—Entonces está prohibido criticar á Miguel Angel? . . . . . Tù no te ries de mi cuando te doy mi opinion sobre tus cuadros y al contrario no hace muchos dias que te di una idea sobre el color del pedazo de cielo con que cubrias las alturas de Fiesole . . . .

—Pobrecita . . . . ¿entonces tù crees que yo soy un Miguel Angel? El cielo que tú me hiciste enmendar, no contenia todo este estudio inmenso de la belleza estética, *reflectiva*, como dicen los alemanes, que se siente en el alma y que escapà à los sentidos.

¿Cómo te parece que se incruste la vida en la piedra, sin que la mano obedezca à un pensamiento que domine y haga de las formas, lo que la mùsica hace de las notas, una lágrima, una sonrisa, un contento, ó una existencia verdadera? Miguel Angel esculpió la estàtua de la noche, sin mas antorcha que su idea, en un hueco de las murallas de Florencia, cuando el príncipe de Orange tiraba bombas y granadas sobre ellas; sin luz, en las tinieblas, y tu la encuentras hoy en la capilla de Médicis, irreprochable de ejecucion, como si la hubiese modelado con el ausilo del telescopio de Herschel. ¿Sabes lo que contestaba Rafael cuando le preguntaban de donde sacaba el tipo de sus vírgenes? “Me sirvo de una idea que “me viene à la mente.” ¿No me decias el otro dia mirando *las Párcas* de Miguel Angel en el palacio Pitti, vamos, Enrique, porque me dà miedo que esa que tiene la tijera corte el hilo de mi vida? Estudia tus impresiones y comprenderás la belleza sublime de ese cuadro, como yo comprendo la de esta estàtua. La una es obra de su paleta, y la otra de su cincel: dos instrumentos que se rompieron en sus manos. Aqui à nuestra derecha está el *Rapto de las Sabinas* de Juan Bulogna, al fondo de la galeria, el *Ayar*, de escultura griega, el *Perseo* del Cellini y la *Judit* del Donatello; míralos bien, pregúntate sinceramente tus impresiones sobre cada una de esas

obras que pasan por modelos, y dime si te dicen algo, que se parezca à lo que sientes contemplando el *David*.

—No sé, Enrique, de donde sacas todo eso, pero à mi ya no me hacen impresion ninguna esas estàtuas: mejor que todas ellas me parece la que me mostraste en el cementerio de Pisa, sobre la tumba de los Condes de la Ghiraldesca.

Oh! la *Fé en Dios* de Bertollini; esa es otra cosa—No recuerdas el soneto de *Guisti* sobre esa estàtua?

—Esprecioso en efecto—es un soneto à la manera de esos del Dante à su Beatriz, que tu cantas mas bien que lees, y que me gusta tanto mas cuanto que esa sola poesia es la única que me descubre el corazon del poeta. Ah! en cuanto à poetas, Enrique, yo puedo hablar contigo y con cualquiera, porque si tu eres artista, sàbio en pinturas y màrmoles, yo soy erudita y literata; hablemos un poco de letras italianas aquí en esta plaza del *Gran Duque* que nos muestra las cabezas de tantos pensadores . . . . quieres? . . . . ó bien, ven, vamos à Boboli, ó al Arno. . . . asi haremos un buen paseo antes que llegue la hora de tu trabajo . . . . hoy no me toca mi leccion de historia y podré distraerte con mi charla . . . .

—Habla, mi Angela, porque tu voz me consuela

el corazón, como si oyese la de aquella que nos dejó niños y solos en el mundo . . . . .

—Ya empiezas, Enrique? . . . . Entonces los dos vamos à llorar sin decir una palabra.

—No, no, mi buena criatura:—estemos alegres, sí, gocemos de todo esto que nos brinda Florencia, mientras que los pocos recursos que nos quedan no nos obligan à ir à mendigar à otra parte los medios de vivir.

—Pero aquí vivimos con menos que en cualquiera otra parte, y todavía tenemos en casa con que pasar un año grandemente.

—Bendita sea Florencia que ha nutrido nuestra inteligencia y nuestros cuerpos, con lo que en Lòn-dres nos habríamos quedado en la ignorancia y muerto de hambre: pero nosotros tenemos responsabilidades que cumplir, y con lo que nos queda de dinero. podremos apenas hacer nuestro gran viaje.

—Es verdad, Enrique; yo que debería servirte de madre y de mentor, soy la que todo lo olvido y parezco la hijo al lado de su padre . . . .

—La esperanza es siempre verde dijo un poeta que tú conoces, y aunque mi arte no nos ha de dar en Italia una fortuna, tú sabes que algunos *francescos* hemos ganado vendiendo muestras al òleo, que otros mas hàbiles ó mas orgullosos han desdeñado de copiar . . . . Seguiremos y copiaremos à toda

**Florenxia**, si es necesario, y aun que no lleve uno solo de mis trabajos à Lòndres, viviremos, mi Ange-la, sin reproches y remordimientos.

—Tu eres un anjel, mi querido Enrique.

La hora de volver à los estudios sorprendió à los dos huérfanos sin que se hubiesen apercibido del tiempo que les habia tomado su paseo.

De vuelta à la habitacion, Anjela le dijo al her-mano.

—¿Trabajaràs hoy en el retrato de nuestra pobre tia?

—Si, mi Anjela . . . . à la hora de costumbre iré à cumplir con esa obligacion, que aunque penosa para mi corazon, consuela en algo mi gratitud.

—¡Pobrecita! Fué la única entre todos los miem-bros de nuestra familia que sintió en sus entrañas la voz de la sangre.

—Noble y santa mujer, que tenemos que recor-dar como pérdida irreparable.

—La providencia sabe lo que hace, Enrique . . . . ya la hemos llorado como hijos, y ahora no nos queda otro deber que venerar su memoria con toda nuestra gratitud . . . .

La Señora Scouner habia muerto en Floren-cia devorada por una enfermedad de melanco-lia y de zozobras de espíritu, que sacaba su ori- jen de la poca confianza en sus recursos para

llenar, como ella lo entendia al menos, las obligaciones que voluntariamente se habia impuesto—En vano Anjela y Enrique habian procurado substraerla à ese estado que dia à dia ofrecia fenómenos alarmantes, la pobre señora no podia darle paz, y apesar de sus esfuerzos, su cabeza era un volcan, reaccionaba sobre su cuerpo y de ahí la debilidad orgánica, la postracion y la muerte.

Cualquiera comprenderia que para los huérfanos fué esa pérdida un golpe mortal capaz de hacer dudar de la verdad de la proteccion oculta con que cuenta toda criatura humana, despues de todo lo que ellos habian sufrido—Pero la vida es la caja de Pandora—Se entra y se busca en ella, mas ò menos como Colon buscaba el Eldorado, y si no se encuentra el Eldorado, se encuentra algo, el nuevo mundo, por ejemplo, y el alma se consuela ò tolera la desgraciá.

Los jóvenes se preparaban al trabajo, cuando se oyó sonar la campanilla de la puerta de entrada á la habitacion. Angela que hacia los honores de sirvienta y de ama de la casa, salió á recibir al huésped. Era el empleado del Correo que les traia una carta de Lóndres:—la niña miró el sello que le pareció desconocido y sin abrirla la entregó á Enrique.

—No me parece de ninguno de la familia esta carta, le dijo á Enrique, mientras este examinaba el sobre.

—A mi tampoco, pero pronto saldremos de la curiosidad y sin mas preámbulos rompió el sello y leyó la carta siguiente:

*Sr. D. Enrique y Da. Angela Sconner:*

Lóndres, Mayo de 1855.

Mis queridos amigos:

Empezaré, mis pobres criaturas, por decirles quien soy, para que esta confesion me dé título à la confianza y la amistad que exijo de ustedes.

Me llamo John Pitt, tengo cincuenta y cinco años de edad, soy soltero, y mi profesion es la de ovejero en el Estado de Buenos Aires, República Argentina, en la América del Sud.

Fuí compañero de infancia de vuestro finado padre, D. Pedro Sconner, con quien partimos juntos para la América, fuimos socios en el negocio hasta pocos años antes de su desgraciada muerte, y yo soy aun, y lo seré mientras viva, el amigo de su memoria y el protector de sus hijos, que los sé en la desgracia.

Mi viaje à Inglaterra no tiene por objeto principal sino servirlos en todo lo que pueda; y comunicaros secretos relativos à vuestra herencia paterna que nadie ó muy pocos saben como yo.—Si las revelaciones que os haré no os deciden á dejar la Europa y veniros conmigo à Buenos Aires, llevaré el desconsuelo de no haber realizado mi pensamiento,

que era bueno, y noble, pero esto no impedirá que os sea útil en todo lo que pueda.

Soy viejo y el viaje me ha fatigado en extremo; por eso no he ido personalmente à Florencia, donde os encontrará esta carta, segun buenos informes.

Si os fiais de mi palabra, venid á encontrarme à Londres, en la direccion que va al pié de esta, antes de un mes, porque me sienta mal el clima, y quiero volverme pronto à América.

No conociendo vuestra posicion pecuniaria, os remito para los gastos de viage esa órden por mil libras que recibireis en casa de los señores Fin y Ca. de esa ciudad.

Os aguardo, hijos míos, con la esperanza de abrazaros muy pronto y de seros útil en lo que pueda.

Vuestro amigo,

*Jhon Pitt.*

Londres Royal street--44.

Los dos hermanos se quedaron perplejos mirándose à la cara sin decir una palabra. Esa carta habia caido como el rayo en medio de ellos, y la sorpresa era perfectamente natural. Al fin Eurique rompió el silencio, diciendo:—Tu recuerdas, Angela, que à consecuencia de las pocas revelaciones de nuestra pobre tia, nosotros estabamos decididos à ir al pais donde murió nuestro padre, sino para

buscar nuestra herencia que parece perdida, al menos para averiguar lo que han hecho de ella, y recoger los huesos del autor de nuestros dias. Esta carta y este auxilio generoso del Sr. Pitt allanan todas las dificultades y nos abre las puertas de un porvenir que nosotros no vislumbrábamos ni podíamos adivinar—¿Qué piensas tu, hermana?

—Ahora, Enrique, yo no soy la mayor de los dos, porque tu inteligencia es superior á la mia, y lo que tu hagas haré yo aunque sea malo. A ti te toca pensar y ordenar.

—Bien pues, mi corazon me dice que vamos á Londres, y de Londres á América con el Sr. Pitt. Esta es mi primera inspiracion, y yo tengo fé en las primeras inspiraciones. Así pues, mi buena Angela, encárgate de los preparativos; arregla mis cartones, mis cajas de pintura, mis modelos, y todas esas preciosidades que aquí se venden por *paolos*, y que fuera de Italia valen tanto. Ocúpate de los baules, mientras que yo voy á recoger ese dinero de la casa del Sr. Fiu: tomaremos de él lo necesario, y si el nuestro nos alcanza se lo devolveremos al noble viejo, ò le pagaremos en mejor tiempo lo que gastemos. . . La Providencia empieza su obra. . . Ea, Angela, manos á la obra, y buena esperanza.

Enrique recojió el dinero el mismo dia, mediante un pequenísimo descuento. Angela arregló los bau-

les, y tres dias despues se embarcaron en Liorna a bordo del Capry, vapor napolitano, con destino à Marsella.

## IX

### El ovejero y los huérfanos.

Si el viaje de los jóvenes de Florencia à Londres no fué como el de Jorge de Liverpool à Buenos Aires, rodeado de todas las comodidades que ofrecen los paquetes ingleses destinados à esa carrera, no dejó de ser agradable y rápido, como lo son, salvo accidentes mayores, todos los del Mediterráneo en esos magníficos vapores que la especulacion mercantil mejora dia á dia. Civildad perfecta, buena compañía y el comfortable conveniente son las condiciones vulgares de esos viajes, donde mas de una vez se han encontrado naturalezas que sufrían separadas en hemisferios diferentes, y que habían sido creadas para vivir unidas, segun los misteriosos preceptos de la Providencia.

Enrique y Angela atravesaron la Italia y la Francia como dos pájaros que buscan su nido, y ocho dias despues de su embarque en Liorna, se encontraban en Lóndres en la posada del viejo Pitt, con todos sus baules y bagajes.

El ovejero tenia la palabra, y los huérfanos escuchaban con profunda atención.

“Vuestro padre no fué un modelo de circunspeccion en la vida, les decia, pero era un hombre de honor, trabajador, lleno de inteligencia y de un corazon generoso. Su casa fué el asilo de los necesitados, y su bolsa siempre estuvo abierta para los que precisaron de su contenido. Yo conocia cada una de sus ovejas, como conozco à cada uno de sus obligados y de sus deudores. Sconner no estaba preparado para la muerte cuando ésta se presentò; al contrario, habia dispuesto provisoriamente sus asuntos para venir à Inglaterra en busca de sus hijos; pero dos dias antes de salir de su propiedad de campo para embarcarse en Buenos Aires, le acometiò una enfermedad desconocida que le llevó à la tumba. Vds. averiguaràn detenidamente todo lo que entonces sucediò, por que este, como mil otros puntos, ha quedado envuelto en misterios que solo à los hijos les toca esclarecer.

“Sconner debia algunas cantidades de dinero aquí en Inglaterra y allá en Buenos Aires, y debia por la simple razon de no tener òrden en sus negocios, mas que por que no pudiese pagar. La quinta parte de sus bienes habriau bastado para cubrir todos los créditos pasivos, pero Jorge fingiò deudas, y de acuerdo con otros especuladores de

corazon de mármol, inventaron la quiebra de la testamentaria, y todos los bienes desaparecieron como por encanto. Yo veía despedazar la propiedad, como el padre ve tronchar los miembros de su hijo, porque la habíamos engendrado juntos con vuestro padre; la habíamos visto crecer y formarse hasta que llegó à ser la mas valiosa y la mas bella de toda la campaña de Buenos Aires.

“Cuando Jorge vino à Inglaterra, la propiedad aparecia vendida à un tercero, y esa venta se habia hecho segun él lo decia, para pagar parte de las deudas de Sconner.

“Cuando Jorge volvió de Inglaterra casado, y con el reconocimiento que Vdes. le firmaron, compró de nuevo la misma propiedad que hoy posee tranquilamente à nombre propio y que à pesar de los adelantos notabilisimos de aquel país, no ha dejado de ser una de las mas importantes en su género.

“Ahora pues: por las leyes de aquel país y por las de todo el mundo, donde la razon, la equidad y la verdad tienen un significado, Jorge estaba obligado:

1. ° à formar el Estado de la sucesion, haciendo intervenir en sus actos administrativos al ministerio público que representa los derechos de los menores;
2. ° à obtener la aprobacion judicial de ese Estado, para que no quedase la mas mínima sospeça de que hubiesen intervenido ocultaciones, exajeraciones, en

una palabra, fraude ò dolo; 3. ° à no realizar venta ni enagenacion alguna sin previa autorizacion expresa de la autoridad competente, y en caso de obtenerla, à no verificarla sino en remate público para que los herederos contasen con la garantía de la publicidad, y la alhaja vendida obtuviese el mayor precio; 4. ° à no pagar las deudas sino previa justificacion y mandato competente; 5. ° à cancelar la sucesion en todos sus detalles y à obtener una sancion judicial que la aprobase, con intervencion del ministerio defensor de los menores, para quedar á cubierto de toda sospecha y de toda responsabilidad.

“En vez de todo esto, Jorge se apoderó de la testamentaria; pagò ò no pagò deudas que existian ó que no existian; hizo ventas, cesiones y transacciones; recibió productos; mejoró, deterioró, usò, abusó, y finalmente aparece hoy dueño y señor de los mismos idénticos bienes de mi finado amigo, de sus muebles, de sus armas, de sus libros, y aun creo que de sus efectos, sin haber dado cuenta à la autoridad protectora de los derechos de todos los ciudadanos, sin haber sido autorizado para realizar ninguno de esos actos, y lo que aun es mas chocante, poseyendo algunos millones de pesos, mientras que los herederos de toda esa fortuna tienen que recibir la limosna de uno de los viejos amigos del difunto.

“Yo sé que les estoy poniendo delante de los ojos un inmenso y acaso eterno pleito á sostener; pero Vdes. son mozos, yo tengo fortuna y soy soltero. Vdes. gastarán su tiempo y yo gastaré mis pesos. Allá en Buenos Aires hay tambien abogados honestos y laboriosos que aceptarán con entusiasmo la defensa de esta noble cuestion, y si es necesario luchar, lucharemos, porque al fin la verdad y la justicia triunfan siempre en la tierra. El Neron Argentino era mas fuerte que Jorje y perdió su posicion—¿porqué no perderia la suya este *intruso* que no cuenta con otro apoyo que su osadia? Ea pues, quereis venir à Buenos Aires à disputar vuestros derechos? El paquete parte dentro de seis dias; mi maleta està pronta, y ya nada me detiene en Lòndres; pasado mañana partimos para Southampton, nos permitimos el capricho de visitar à Rosas, que està en esa aldea, como el tigre en la jaula; treinta y seis dias despues bajamos en la alameda de Buenos Aires, fuertes y resueltos, aunque *con un poco de sangre en el ojo*, como dicen por allà.”

Los jòvenes no respondieron y miraron al viejo con una melancolia tiernísima.

—Vamos, ¿qué dice V., señorita Angela? tiene V. miedo del mar ó del pleito?

—No, señor Pitt, yo no tengo miedo de nada al

lado de Enrique, pero es à él à quien le toca decidir.

—Bien pues, decida V., Señor Enrique, dijo el viejo.

—Cuando aceptamos vuestra generosidad y vuestra invitacion, Señor, ya teniamos resuelto el viage que ahora nos proponeis; pero nunca pudimos lisonjearnos de un apoyo como el vuestro. Aceptamos con toda nuestra gratitud vuestra oferta: partiremos cuando lo querrais, y si nuestros esfuerzos no consiguen que se nos restituya nuestra fortuna, haremos al menos todo lo que dependa de nosotros para que el *ingrato* sea conocido.

—Enhorabuena.—Ahora iremos à la mesa y luego al teatro. En Buenos Aires no es frecuente la buena òpera italiana, y esta noche tenemos el Otelò en Cowen Garden. Alegria pues, mientras no entramos en batalla con el primo ó con las olas del Oceano.

## X.

### Preparativos, consejos y tentativas.

Dos meses despues los huérfanos se encontraban en Buenos Aires. Los viejos amigos del finado Sconner, y la buena sociedad inglesa habian venido al encuentro de esos dos jòvenes, que traian el prestigio

de la desgracia inmerecida. Las peripecias de la vida pasada eran sueños para ellos, pero eran al mismo tiempo motivos de apreciacion y de amistad para los que se interesaban en su suerte, y en la sociedad de Buenos Aires hay pocos corazones que no deploren la desgracia, y que no sientan simpatias por los que sufren.

Angela y Enrique fueron recibidos como la familia recibe à sus miembros, cuando vuelven de la ausencia, y Mr. Pitt el generoso amigo, fué el anfitrión de ese banquete de elogios y cumplimientos que no son nunca escasos en las sociedades que tienen corazón.

Después de los primeros halagos, de las ofertas de servicio, y de las invitaciones donde Angela brillaba por su belleza delicada é insinuante, y en las que Enrique descubria un fondo de seriedad y de talento reflexivo, estraños á sus pocos años, Mr. Pitt creyò que era llegado el momento de empezar la obra, y una mañana se presentó en el cuarto de Enrique antes de la hora de costumbre.

—Vengo temprano, mi querido, le dijo, porque deseo hablar à solas con vd. lo que no es un negocio facil en medio de este tumulto en que vivimos.

—Hace vd. muy bien, mi buen amigo, porque ha prevenido vd, mi intencion. Tengo el corazón ale-

gre, porque rebosa en él mi gratitud, pero no he olvidado que tenemos que trabajar y acaso que sufrir.

—Bah! eso habria sido lògico mientras gobernaba Rosas en Buenos Aires, porque entonces la adulacion, un cintajo colorado mas ò menos, ocupaba el lugar del derecho y de la verdad, pero hoy, mi querido, no hay cintajos, no hay pretestos, lo tuyo es tuyo, y lo mio es mio, aun cuando uno se vista de amarillo.

—Entiendo que la administracion de justicia no recibe la influencia de los partidos polífticos, y que se empeña en reparar las crueles consecuencias de los crímenes perpetrados anteriormente,

—No hay cuidado: se hará lo que se deba. Ahi comen y beben tranquilamente cuarenta mil ovejas, cuya lana nos ha de dar con que hacer frente á la avaricia de los abogados, escribanos, y alguaciles sin contar con el papel sellado y las *albricias*. Aréglese vd. para salir y vamos à consultar à mi letrado habitual; es un jòven sério y reflexivo, que nos dirà sinceramente lo que piense de este negocio.

—Con mucho gusto: deseaba proponerle à vd. esto mismo, porque me parece prudente intentar antes de todo paso judicial un arreglo amistoso, que evite el escàndalo, y que sea tambien la demostra-

cion de que no es solo la fortuna lo que buscamos, sino la rehabilitacion del crédito de nuestro padre, atrozmente denigrado por Jorge.

—Ilusiones, mi querido. Yo apostaria à que Jorge ha olvidado de buena fé que la fortuna que posee es de vdes. y no de él. La conciencia está sujeta en ciertos hombres à las reglas de la prescripcion,

—Me cuesta creer esa depravacion.

Ya la palparà vd. Vamos à oir al abogado y luego decidiremos . . .

En efecto, Enrique y Pitt se dirigieron à lo del abogado, à quien encontraron solo, préparando, como prepara el artesano sus instrumentos, para afrontar las tareas del dia.

El hombre de ley no es siempre amable, y se comprende la razon; pero el abogado de Pitt lo era en extremo, y oyó no solo con mucha atencion la narracion del asunto, sino que se informò con interes visible de la historia de los huérfanos durante su permanencia en Europa.

—Me seria necesario, dijo al fin, la fé de bautismo de los jòvenes, la fé de muerto del finado Sconner, el testimonio del nombramiento de curador de los bienes, y el del inventario, si es que se ha hecho.

— No nos es posible satisfacer la primera exigen-

cia, porque hemos cometido el olvido de pedirla al sacerdote que nos bautizó en este país, que actualmente se halla en Inglaterra.

—¿Y no hay en Buenos Aires personas que puedan declarar que vdes. son hijos legítimos del finado Sconner y que nacieron en esta ciudad?

—Muchas, señor, y de la mas selecta sociedad estrangera y del país.

—A mas de eso debe existir en el libro de bautismos de la parroquia en que fueron bautizados.

—Nosotros nacimos bajo la administracion de Rosas, y parece que ese registro como muchos otros se llevaba mal, ó no se llevaba; el caso es que no existe donde fuimos bautizados, dijo Enrique.

—Entonces ocurriremos à las pruebas testimoniales. ¿Y en cuanto à los otros antecedentes?

—Este espediente que ha recojido el Sr. Pitt contiene la prueba de la muerte de mi padre, y una referencia judicial del nombramiento de curador de los bienes á favor de Jorge; en cuanto à los inventarios, aquí está una copia del que se encuentra en el Consulado Ingles.

El abogado lo recorrió ligeramente, y con la sangre fria del caso preguntó ¿no hay mas que esto?

— Posemos la correspondencia particular de Jorge con nuestra tia y con nosotros.

—Quiero decir, si vds. no han averiguado que el administrador haya dado sus cuentas antes de ahora y obtenido la exoneracion de su comision.

—Entendemos que todo lo que ha hecho ha sido por su sola autoridad, sin la concurrencia oficial de los tribunales de Buenos Aires, pero con noticia del Consulado Ingles.

—El consulado ingles no tiene nada que ver en lo relativo à la administracion. Su intervencion concluye con el nombramiento de los curadores: lo demas seria un absurdo.

—Qué piensa vd., Dr., de este negocio? preguntó Pitt con su franqueza habitual.

—Ante todo, contestó el abogado, pienso que es necesario evitar el escàndalo entre personas de una misma familia y que llevan el mismo apellido; tal vez el administrador, mejor aconsejado, aceptaria un arreglo que cubra su falta y que acalle las reclamaciones que vds. estàn en el derecho de hacerle.

—Asi lo he pensado yo, dijo Enrique, pero no es esa la opinion del Sr. Pitt.

—Lo confieso, porque el que hace una, hace ciento, contestó el ovejero.

—No importa, dijo el Dr.; no se debe llegar à las manos, sino cuando todos los medios pacíficos se hallen agotados. El abogado quiere pleitos, como el médico quiere enfermos; pero soy de aquellos que

creen que una mala transaccion vale una buena sentencia . . . Si vdes. quieren seguir mi consejo, soy de opinion que vean de llegar à un arreglo amistoso antes de quemar las naves, y que si no les es posible obtenerlo, vuelvan à verme, y les prestaré mi auxilio, porque juzgo que este negocio oculta delitos y abusos que es necesario castigar.

Mr. Pitt que habia hecho suyo el pleito y que no hablaba de otra cosa, hizo conocer à todo el mundo la opinion del abogado, y muy pronto se convirtieron en agentes conciliatorios todos los que se interesaban por la suerte de los huérfanos; pero en vano; Jorge se creia inespugnable y tuvo la osadia de ofrecer, por que lo dejaran en paz, una limosna mas ó menos de la misma importancia de la que habia hecho à sus primos en Lóndres.

Avergonzados estos y acalorado Pitt hasta las orejas, volvieron à lo del abogado con la noticia del triste resultado de la negociacion, y entonces fué decidido, se entraria en el mar de las tormentas judiciales, à la gracia de Dios, y à tentar el fiel de la balanza de la Diosa de los ojos vendados.

## XI.

### Ataques y estrategia.

Para los que conocian el carácter tenaz y decidi-

do de Jorge, el resultado de la tentativa amistosa, fué un suceso lógico y esperado; para los que aun conservaban alguna ilusion, en fuerza de sus apariencias de civilidad y de buenos sentimientos, ese resultado fué à la vez un desencanto y un motivo de encono profundo. La sociedad se ocupó de esta cuestion privada como de un escàndalo público, y las familias se constituyeron en sesion permanente donde cada uno de sus miembros se pronunciaba, segun la mas ó menos vehemencia de caracter, no solo contra la fea conducta del usurpador sino tambien contra su avaricia y la impudicia de su conducta.

La reforma política de Buenos Aires habia facilitado su reforma social y la misma sociedad que habia sido la victima de los deguellos, de los destierros, de la coaccion material y moral por mas de veinte años consecutivos, no podia mirar sino con profundo disgusto esas cuestiones que por algun lado podian referirse á los ínicuos tiempos de la dictadura. En efecto, Rosas y su gobierno representaban la gran sintesis de los males sufridos, y la conducta de Jorge, frente à frente de una época, diametralmente opuesta, parecia una contradiccion ó una burla insoportable.

El Sr. Pitt, mentor cariñoso de los huérfanos, no habia tenido sino un solo pleito en Buenos Aires, y ese habia sido con Jorge por límites de sus terrenos, el

cual le habia defendido el jòven abogado à quien presentó à Enrique.

—Vamos, Doctor, le decia al abogado, le traigo à Vd. la resurreccion de una familia. En este asunto no hay mensuras, ni rumbos, ni ninguna de esas materialidades que le chocaban à Vd. tanto en mi otro pleito; aquí se trata de derechos, de moral, de convicciones y de ciencia. Me parece que està Vd. en su terreno.

—Haremos cuanto dependa de nosotros, pero necesito antes de todo que se me den los datos judiciales.

—Eso lo pedirá Vd., yo no puedo ofrecer otro consejo ni otro auxilio que mi caja y mi empeño.

—No es poco: por que será necesario gastar y moverse.

—Diga Vd. ¿me podria Vd. revelar el plan que se propone seguir?

—Porque no: Luego que tenga la prueba de que la parte contraria fué nombrada curadora de los bienes y de que no ha dado las cuentas de la liquidacion definitiva, me presentaré exigiéndoselas, y será compelida à darlas. Si no las dá las examinaremos y de ese exámen resultaran los fraudes que haya cometido.

—Me parece lento ese camino.

—Es el que corresponde.

—Vd. lo entiende mejor que yo, Doctor, y se hará como Vd. dice: á la obra pues.

Ese mismo dia presentó el abogado la petición correspondiente al juez que debia entender en el negocio, suplicándole mandase pasar en vista los antecedentes que existiesen de la testamentaria de D. Pedro Sconner, y para ahorrar trámites, se hizo referencia solamente de la existencia de Enrique, menor *de edad* aun, é igual en derechos á su hermana Angela, á cuyo solo nombre formulò la petición.

La justicia ordenó como se pedia, y ahí empezaron las dificultades materiales que el abogado no habia previsto al decidirse por una acción *ordinaria*, sometidas como todas las de su género á las contradicciones de la chicana y de la mala fé.

Los papeles que se pedian no existian en las escribanias, hosarios de todas las generaciones cuyas fisonomias merecian un Goyo ò un Gavarni.

El *como se pide* del juez debia tener su cumplimiento, y citado Jorge para que exhibiese los papeles sacramentales, evadió la ejecucion del mandato con uno de los mil pretestos que tenia á la mano. Los *traslados*, y los *como se pide* se sucedian sin interrupcion, cada providencia era un triunfo, y el negocio no avanzaba sin embargo de un solo paso.

Entretanto Jorge continuaba libremente en la administracion de los bienes, los productos anuales en-

traban à su caja, como ganancias lícitas de su fortuna, y los huérfanos permanecían en el *despojo* aguardando à que la buena voluntad del adversario les facilitase las armas con que atacarlo.

El abogado agotaba los secretos de su práctica y de tu ingenio, y la cuestión se arrastraba ante los *extrados* como un cuerpo enfermo, al paso que el adversario se presentaba en la sociedad y ante el foro como hombre invulnerable y seguro de su triunfo.

Su fortuna le permitía despreciar las críticas hipócritas, y su fausto le traía admiradores y amigos numerosos; sino sinceros, flexibles y tolerantes al menos.

Así pasaron dos años consecutivos, que fueron bastantes para desencantar al viejo y ardiente Pitt, y para inspirar à los menores una desconfianza que no habían tenido antes.

La sociedad, noble y buena siempre con los que poseen sus simpatías, se había convertido en abogado apasionado de los jóvenes: en toda ella estaba viva la conciencia de la injusticia que se cometía con ellos, pero la sociedad es como el riquísimo instrumento que no produce las armonías seductoras, sino cuando una mano diestra pulsa sus cuerdas.

El pleito Sconner no había muerto, pero moría de consunción cuando cayó sobre Buenos Aires el trueno de la crisis mercantil que había afectado à la Europa

como consecuencia lójica de la guerra de la Crimea, y las mil cuestiones que se suscitaron en la agonía del comercio, pusieron en relieve el nombre de un abogado, que despues de veinte años de ausencia de la patria, la mayor parte pasados en destierro forzoso, y el resto por necesidad de su situacion, y uno de los mas inteligentes jóvenes del comercio de esta plaza, amigo de Enrique, tuvo que hacer por otro motivo con el nuevo abogado—Estos dos hombres se habian conocido en sus primeros años y se habian amado con sincera amistad; pero intrigas, chismes, y la separacion en que habian vivido, sino habia estinguido completamente el cariño primitivo, le habia amortiguado notablemente—Pero el carbon que ha sido brasa, se enciende fácilmente, dice el proverbio, y cuatro palabras esplicativas fueron suficiente para que la antigua simpatia renaciera.

Concluido el asunto que les habia acercado, el comerciante pidió al abogado, en el secreto de la amistad, su modo de veer con respecto al negocio de los jóvenes Sconner, y el abogado le respondió sin titubear:

—El pleito es bueno pero el camino que se sigue es malo.

—¿Y qué haria vd. si se le encargase de la direccion?

—Contésteme vd. antes, dijo el letrado:

¿Està probado en autos que Jorge Sconner fué nombrado administrador de la testamentaria de su finado tío?

—Lo està.

—¿Està probado que no haya sido exonerado de las obligaciones que ese cargo le impone?

—Ningun juez ni Tribunal del país lo han declarado.

—¿Està probado que esos dos jóvenes sean hijos, y por consiguiente herederos forzosos de D. Pedro Sconner?

—Lo està.

—¿Y que edad tienen esos jóvenes?

—La una 27 años y el otro 23.

—Pues entonces, mi querido, lo único que hay que hacer por ahora, y ante todo, es poner à esos jóvenes en la posesion de los bienes que fueron de su padre y que hoy administra Jorge Sconner; si se acepta este camino yo me encargo del asunto.

—Pero Jorge Sconner tiene títulos que lo declaran propietario de esos bienes, por compra que hizo de los mismos.

—Esos títulos no destruyen las obligaciones del administrador que están vivas y en toda su fuerza, y que por ahora son las únicas que deben ser apreciadas por los Tribunales de Justicia.

—¿Y vd. cree que la justicia prescindirá de ellos

para no ver sino la calidad de herederos y la existencia de los bienes en poder del curador?

—Pienso que así debe de hacerlo, porque lo contrario importaría la sanción de un procedimiento en abierta oposición con los mandatos de las leyes que nos rigen.

—¿Pero será necesario llamar antes á Jorge, para que haga la entrega de esos bienes?

—¿Necesita vd. llamar á su lacayo para entrar á su propia casa? . . . .

—Oh! pero esto es otra cosa . . . .

—Ni más ni menos, y si vdes. lo quieren, mañana mismo intentaremos el golpe.

—Se piden á vd. cuarenta y ocho horas para resolernos—Necesito consultar á los muchos amigos de los jóvenes y someter la opinión de vd. á una seria discusión—Nos volveremos á ver, mi viejo amigo, asegurándole desde ahora que recién empiezo á comprender como se puede triunfar en este negocio.

## XII.

### La Mision en posesion.

Parece que las ideas del nuevo abogado fueron largamente discutidas, y que al fin los amigos de los

huérfanos no resolvieron aceptarlas, sino por via de ensayo, en virtud de la pequeña importancia de los gastos que serian necesarios, y de lo inofensivo de la tentativa con relacion al pleito principal.

Mr. Pitt y el negociante amigo del nuevo letrado habian abrazado decididamente la opinion de este y la sostenian con espada en mano en contra de los tímidos ò rutineros, que no podian comprender que del despojo se diese un salto à la posesion, de la miseria à la riqueza, de las tiniblas à la luz.

—No, decia uno de ellos, no lo creeré hasta que no lo vea y lo palpe, porque aun cuando no se le conceda à Jorge la propiedad de los bienes, no se le puede negar la *posesion á nombre propio*, y las leyes del pais mandan resetar la *posesion*.

—Pero no se puede oponer la posesion, cuando se tiene una cosa à nombre de otro, y es precisamente ese *otro* el que pide la entrega de su cosa. ¿Qué diria vd. si su portero le impidiese la entrada de su casa, solo porque en su ausencia le hubiesen nombrado portero . . . ? Que era un insolente, un bribon digno de castigo y de otras cosas, decia Pitt acalorado.

—No creo que se pueda considerar así esta cuestion. Jorge habrá cumplido ó no, con las obligaciones de la *curatela*, habrá fingido deudas y hecho inventarios falsos, habrá pagado el uno por ciento

por las deudas lejitimas; no habrà pagado nada; pero el caso es que toda su administracion aparece autorizada por el consulado inglés, y que él muestra actualmente escrituras que le declaran dueño de esos bienes.

—Pues todo eso es precisamente lo que lo pierde à mi juicio. Cuando hay menores de edad interesados en una herencia, los descuidos involuntarios aunque sean inocentes, toman el caracter de la culpa ò del delito, y los actos perjudiciales son reputados no existentes si de alguna manera afectan los intereses y los derechos de los menores. Jorge no puede exhibir inventarios irrecusables, porque los que dice haber practicado no tienen la sancion de la autoridad; no puede presentar una chancelacion justificada, porque no levantó el *Estado* de la sucesion à la muerte de Sconner, y aun cuando ha hecho creer al público que pagó las deudas, el ministerio tutelar de los menores ignora hasta hoy si en efecto existieron esas deudas, como ignora tambien con que fondos y con que bienes hizo frente à esas obligaciones. Luego su caracter legal, que produce obligaciones indeclinables, es el mismo hoy que lo fué el dia que aceptò el nombramiento de curador. En cuanto à la aprobacion del Consulado inglés, vale tanto, amigo mio, como si esa aprobacion hubiese sido dada por el Emperador del gran Mogol ó por el

Santo Pontífice. Riase vd. de todos esos malos pretextos que en definitiva no son sino caretas que han de caer al polvo apenas sean tocadas.

—Desgraciadamente no somos nosotros los que hemos de decidir, y ya que su conviccion es profunda, ensayemos el camino que propone el nuevo abogado.

—Gracias à Dios, dijo Pitt, enjugándose el rostro que parecia reluciente de sudor, arrancado por la contradiccion. Meñana iremos juntos, querido, le dijo al jóven comerciante, à casa de su amigo el nuevo abogado . . . .

La reunion quedò nuevamente convencida de que el tiempo perdido no era una derrota, y que todavia se podia triunfar sin grande esfuerzo.

En efecto al otro dia fueron à casa del abogado, que esperaba impaciente una contestacion, porque la oferta de un pleito de la importancia del de los jóvenes Sconner para el letrado que ama su oficio, es como la invitacion à un baile en casa de los Sres. Llavallol ó en el Club del Progreso para los que realizan en sus deseos todos los encantos del paraíso celestial.

—Estamos decididos, dijo al abogado el jóven negociante, à seguir el camino que Vd. nos ha indicado.

—En hora buena. Vamos à ponernos à la obra;

pero antes necesito que Vds. me hagan el servicio de prevenir al letrado director de este negocio, que me lo han encomendado, por que creen preferible el camino que les he indicado, al que se habia seguido, á fin, Señores míos, de que mi cólega, no crea que yo falto à la *moral jurídica*, ò que ignoro las reglas de conveniencia entre los comprofesores, como le sucedió à cierto médico que fué penado por haber salvado à un enfermo sin el consentimiento del médico de cabeza.

—Me parece escusado este paso, por que ya no es el mismo abogado el que dirige el asunto.

—Bien; lo harán Vds. con el que actualmente les presta sus consejos.

—En hora buena, se hará en el dia; pero que esto no le impida à Vd. ponerse á trabajar.

El nuevo abogado oyó la decision de sus clientes, como el enamorado oye el signo de la que le espera temblorosa del otro lado de la celosía, y sin mas preámbulos se puso à la obra.

Entre las desordenadas y numerosas leyes del código español que se llama *La Recopilacion de Castilla* hay una que ordena al juez poner en posesion de la herencia, sin tràmites, es decir, sin ninguna de las formalidades del juicio. al que se presentase con título de heredero del difunto, como el hijo lejítimo y reconocido, ó el padre, cuando el hijo hu-

biese muerto sin descendientes, y en esa ley fundò la reclamacion.

Los jóvenes Sconner justificaban esa calidad por medio de los documentos con que acompañaban la peticion, y al mismo tiempo presentaban tambien el inventario levantado por Jorge en su calidad de *curador*, de los bienes de que se habia recibido à nombre y en representacion de los herederos; de modo que la aplicacion de esa ley era de rigurosa oportunidad, y el Juez no pudo dejar de mandarla ejecutar.

Pero como en los procedimientos judiciales todo el talento consiste en evitar las trabas, para que la inmensa falange de las nulidades y de las apelaciones, no encontrase de que agarrarse, el juzgado convocó à una reunion à su presencia à todos los actores en el juicio y tambien al Sr. Defensor de menores.

Angela y Enrique asistieron à esa invitacion solemne y terrible para personas que no habian pisado nunca los umbrales de un tribunal de justicia, pero que perdió luego la austeridad de su caracter en fuerza de la fina amabilidad del *Judgador* y del joven letrado que desempeñaba las funciones del ministerio defensor de menores.

Tranquilamente analizada la peticion de los jóvenes y despues que se pasaron en revista los antecedentes del caso, no sin rectificaciones oportunas y

sin que todas las dudas quedasen disueltas, el juez pronunciò su *fallo* mandando dar á los hijos de Sconner la posesion de los bienes que aparecian pertenecerles por el inventario presentado, sin perjuicio de sus derechos contra el administrador para obligarle á dar cuentas.

—*Aleluya* pues, mis amigos, les dijo el abogado saliendo del juicio con la alegria en el alma, *chi ven comuncai á la meta del'opra*.

—¿Qué hay, como ha ido? dijo el viejo Pitt vieniendo al encuentro de la comitiva, pues habia esperado á sus amigos en los corredores de Cabildo.

—Victoria, victoria, mi querido, contestó el joven negociante que desempeñaba el cargo de *curador ad litem* de Enrique Sconner: prepàrese ud. á acompañarnos á tomar posesion de los bienes de su finado amigo, hoy de sus hijos, por mandato judicial.

—Un abrazo, hijos míos, dijo el noble viejo apretando á Enrique y á Angela contra su pecho, y no pudo decir una palabra mas porque las lágrimas no se lo permitieron.

Asi concluyó el primer acto de este drama jurídico, que, apesar nuestro, narraremos hasta el fin.

---

### XIII.

#### La campaña.

Tres dias despues de ese acontecimiento, à las seis de la mañana, la puerta de la casa de Mr. Pitt era un jubileo de gentes y de carruages que se preparaban à emprender la marcha.

El noble viejo aparecia radiante de alegria y sus numerosos amigos le acompañaban en su contento, dirigiéndole el uno una broma, el otro una palabra espiritual y de doble sentido, mientras que Angela se acomodaba con toda la gracia de su delicada educacion en la sólida calesa inglesa que debia conducirla.

¿Adonde se dirige esa reunion de contentos viajeros que parecia pedirle al dia largas horas sin cuidarse de las incomodidades del viaje?

Van à festejar el triunfo de la causa de los huérfanos en la propiedad de Mr. Pitt, que ha invitado à todos sus amigos, y que es lindera con la de Jorje.

Antes de la victoria el generoso amigo habia apostado almuerzos y comidas, partidas de caza, y muchas cosas mas, à condicion de que no se le obligaria à pagar sino en su estancia.

—Si pierdo, yo tambien ganaré, decia à sus ad-

versarios, porque para vengarme de mi derrota, haré un banquete à mi manera, homérico, que recuerde à mis amigos ingleses las fiestas primitivas de la vieja Albion, y que haga decir à los hijos del pais: ¡Qué barbaridad! Si gano, entonces me es necesario festejar la salvacion de los millares de ovejas inocentes que estaban condenadas á ser devoradas por los gastos del pleito, es decir por el abogado, los escribanos, etc. etc. . . .

—Alto ahí, dijo el letrado, que se presentaba en ese momento, seguido de su perro de caza, escopeta à la espalda, y vestido rigorosamente en caracter. Alto ahí, querido amigo, yo tengo la costumbre de vivaquear en el campo enemigo, y no aceptaré un peso, sino es de los fondos que tomemos à nuestro adversario.

—Perdon, Doctor, V. no entra en mi càculo; pero V. sabe que esa máquina del Cabildo no funciona sino à fuerza de aceite.

—Es el defecto de las máquinas modernas que ahorran los brazos y estrujan el bolsillo . . . . y bien . . . . ¿he sido exacto . . . .? ¡Qué idea de hacer levantar à la gente cuando todavia duermen las gallinas!

—Esperàbamos por V. solo.

—En ese caso, pido mil perdones, y en castigo me resigno à partir sin tomar mi *mate* sacramental.

—En Europa no tomaba V. mate y viajaba V. à toda hora. Al coche, Doctor . . . . y déjese V. conducir . . . . pero ese perro . . . .

—Yo le hago lugar á mis pies, dijo Angela, por que es mi amigo y el Dr. me ha ofrecido enseñarme à matar perdices al vuelo con su perro . . . .

—En marcha, en marcha pues, para que tengamos el tiempo de llegar con luz.

Coches y caballeros, amos y criados, todo el mundo se puso en movimiento, y la alegre compañía descendió pronto á la gran calle de Barracas.

Dejémosles marchar alegremente, para volver à Jorge que llegaba à Buenos Aires, como el Quijote de Cervantes, armado de sus escrituras, à desbacer los entuertos de la justicia, blasfemando contra la arbitrariedad de los jueces, contra la venalidad de los escribanos, y contra todos los que habian tenido parte en el hecho de que venia à quejarse.

El orgulloso ovejero no conocia el verso del Dante, ó el refran español que dice: “*Amor che à nello amato, amor perder donna*” ó amor con amor se paga, y creia en la exaltacion de su encono, que le hacia olvidar su propia biografia, que la restitution de lo que no era suyo, era un despojo inaudito, y una tirania insoportable.

Bajo de esas impresiones se presentó à su abogado habitual que alarmado de lo que sucedia, por

la gravedad del caso, y por el estado en que veía á su cliente, no trepidó en formular á la ligera un escrito de queja dirigido al Tribunal Superior prescindiendo del Juez que habia sentenciado, como si este le hubiese negado los recursos de la ley. Dijo de nulidad y dijo de injusticia patente.

Entre tanto nuestros alegres viajeros se habian apoderado de la propiedad de Mr. Pitt que sabia recibir á la manera de las Silvas del tiempo de Cárlos V, ó como se recibia en las ricas estancias de Buenos Aires antes de la tirania de Rosas.

Todos eran dueños y cada uno hacia su gusto no presentándose el propietario sino como humilde y agradecido sirviente de aquellos que para algo necesitaban de él.

Las vaquillonas de leche, que los gastrónomos genoveses llaman *vitella*, el pavo cebado y nutrido con nueces, los jamones de cerdos de raza inglesa, los pasteles monstruos de pollo, vecacina y perdiz, y en fin todos esos platos que si no son de una cocina *espiritual* reviven y rejuvenecen á los estómagos fatigados, eran el pasto ordinario, mientras que la caza, la pesca, los paseos á caballo, las carreras y todos los placcres del campo se sucedian sin reposo.

Los gauchos de la vecindad y los hijos de los viejos camaradas del finado Sconner, deseosos de co-

nocer á los hijos del amable viejo concurrían también à festejar un triunfo que no conocían sino después que Pitt se los narraba lleno de entusiasmo y de contento; de modo que la estancia era una feria donde rebosaba la alegría y la abundancia. ¿Para qué repetir las felicitaciones y las críticas, los episodios del baile al claro de la luna, ni las invenciones del deseo de agotar los placeres domésticos en medio de la abundancia y de la franca libertad? La risa y el buen humor se derramaba en todos los habitantes de la estancia, como el Jerez, el Oporto y el Champan corrían en la mesa.

Era demasiado buena la vida que se pasaba en la estancia de Mr. Pitt, para que durase mucho tiempo, y aunque parezca traído por los cabellos siempre será aplicable el verso del Petrarca á su Laura muerta, *Cosa bella et mortal passa et non dura*.

Si escribiésemos estudios filosóficos, nos ocuparíamos de la investigación de las causas que interrumpen la continuación del bien, como de las que producen la cesación del mal, pero estamos narrando los hechos de un pleito, y tenemos que ser fieles à nuestro propósito.

Al quinto día del paseo llegó un espreso de Buenos Aires con la noticia de que Jorge se había presentado à los Tribunales haciendo fuego por los cuatro costados, llamando ignorantes à los que le

habian vencido, hombres de mala fé á los que segun él habian sorprendido á la justicia, y pidiendo reparaciones de los agravios de que se quejaba, respecto á sus títulos, apertura de juicios ordinarios si algo pretendian sus primos contra él, y en fin alegando todas aquellas cosas que alarman á primera vista, aun que sean ridiculas y falsas tranquilamente analizadas.

Para los paseantes fué esa noticia como la llamada del tambor á los soldados que gozau del descanso, y en menos de dos horas todo el mundo estaba pronto á partir, menos Enrique que habia desaparecido de la comitiva, apenas conoció que se trataba de volver inmediatamente á Buenos Aires.

El poético y sensible jóven se hallaba de tal modo bien, respirando el aire de su suelo natal en esos campos que aun en Europa se le ofrecian á su memoria con el encanto de las primeras impresiones de la vida, prisms que duran siempre al traves de los años, que no pudo prescindir de ir hasta la altura de donde se descubre la *Casa blanca* del finado Scunner á decirle un adios y á tirarle un beso como el amante que se despide con la esperanza de volver.

Mr. Pitt empezaba á impacientarse cuando Enrique se presentò caminando lentamente y con la fisonomia mas melancólica que de costumbre . . . .

—Apúrese V. pues, para que tengamos el tiempo de llegar hoy mismo, le dijo el viejo.

—No la veré mas sino de lejos, mi querido amigo.

—Voto à brios que la verá V. por dentro y por fuera, de lejos y de cerca, al revés y al derecho, antes de un mes; ¿no es verdad, mi querido Doctor? . . . repitió el viejo dirijiéndose al letrado que jugaba con su perro al lado del carruaje.

—Así lo espero, mi buen amigo.

—A caballo y en marcha.

#### XIV.

### Modos de ver.

La vuelta aunque feliz no fué alegre como había sido el viaje de ida. Mr. Pit, el alma de la sociedad viajera, se mostraba preocupado, y menos decididor que de costumbre. En vano el abogado trataba de arrancarlo à sus meditaciones; el noble viejo rumaba en su alma todas las contingencias, todos los peligros, todas las combinaciones adversas de que podrian ser víctimas los huérfanos, y aunque sacudía la cabeza à la manera del potro que mira el espacio en que puede probar sus fuerzas, caía en si-

lencio y acaso en la melancolia sin poderlo remediar.

—No hace una hora, mi querido, le decia el abogado que vd. pronosticaba á Enrique su vuelta à la estancia de Sconner y ahora es vd. el que duda. Està malo . . . .

—Yo no dudo, mi buen amigo, porque la duda seria una injuria à los hombres rectos que desempeñan el ministerio de jueces, pero mi larga vida me ha hecho algo escéptico y tambien algo medroso. Si esta cuestion no abrazase sino intereses míos, yo me reiria de ella como lo he hecho mil veces, pero he jurado sobre el lecho de agonía del único hombre que amé con todo mi corazón en la tierra, que sus hijos serian mis hijos, que su honor seria mi honor, y que me hacia responsable de unos y otros.

—No soy de aquellos, Sr. Pitt, que todo lo encuentran fácil y realizado solo porque el primer paso sea feliz; pero tampoco soy de los que creen que en la administracion de la justicia entren para nada la casualidad, ni la habilidad mayor ó menor del abogado, ni la influencia de las combinaciones extrañas al buen derecho y à la verdad. Sus temores de vd. pueden tener algun pretesto, pero le confieso que esos temores no existen para mi que creo en el imperio de la verdad, sobre todas las formas, como creo en el poder del sol apesar de las tinieblas de la

atmósfera y de las tinieblas de la noche. Vencemos mi querido, porque es imposible no vencer este negocio.

—Todo es posible, mi buen doctor. . . y no es un mal consuelo para el enfermo cuando el médico dice, como vd. me dice ahora, que recobrarà su salud. Escuso decir à vd. que para conseguir el objeto que nos hemos propuesto no hay sacrificio à que no esté dispuesto: mi persona, mi fortuna . . . .

—La justicia no exige esas abnegaciones heroicas, mi querido Sr. Pitt; en las batallas forenses hay un àngel luminoso que està al servicio de la verdad, y ese angel se contenta con sus obras por toda recompensa . . . .

—Yo tambien creo que venceremos, dijo Angela, porque no hay habitante de Buenos Aires que ignore la historia de este triste negocio. ¿Qué contestaria Jorge si los jueces le preguntasen con que ha comprado toda esa fortuna? ¿Quién le puso en el camino de adelantar y como ha llegado à la altura en q' se encuentra? Jorge no sabia contestar à ninguna de estas preguntas y los jueces tendrian que ver por fuerza que todo lo que posee es lo que nos dejó nuestro padre.

—No es del todo justa esa observacion, dijo Enrique: supongamos que el fondo con que Jorge ha adelantado fuese nuestra herencia; y que de los productos de ese fondo haya pagado à algunos acreedo-

res, y que aun hoy tenga que cubrir otros compromisos ¿porqué le dejariamos en la calle, si con nuestro capital se ha hecho rico y nos ha enriquecido à nosotros . . . ? Esa resistencia à entregarnos nuestros bienes, no es sino una tentativa; mañana vendrà à nosotros con el corazon abierto y todo se arreglarà!

—Se conoce que vd. es artista, dijo Mr. Pitt, y que antepone el corazon à la cabeza. Jorge se dejarà vencer y condenar como si no los conociese à vdes. Este es mi juicio, y pronto saldremos de la curiosidad.

—Tambien es el mio, dijo el abogado, con la diferencia de que luego que se le haya pasado la cólera de su primera derrota, empezará à explotar los muchos recursos que ofrece una administracion irresponsable de 16 años. Ese sarà otro pleito, algo mas largo y algo mas incómodo que el presente, pero en el que tendremos la ventaja de la posesion ò de la seguridad de los bienes: lo que por hoy importa es hacer prevalecer el titulo con que pedimos; lo demas vendrà por si solo, pues tenemos en nuestro poder con que probar acabadamente que Jorge ha faltado à la confianza que se hizo de él, desde sus primeros pasos. Yo no dudo del éxito de la gestion actual, pero preveo largas luchas para despues, si es que nuestro adversario no prefiere la paz y la amistad con sus primos.

—Por mi parte, dijo Enrique, yo no deseo la ruina ni la deshonra de mi primo; mañana mismo le haria una declaracion en su favor, de la mitad de los bienes, pero una declaracion justa, legal y fundada en la *verdad* de los antecedentes, no como la que me hizo firmar en Inglaterra, habiéndome hecho creer antes que toda la fortuna de mi padre habia desaparecido, y que lo que nos habia dado à cuenta de la dote de mi madre, no era sino un rasgo de generosidad voluntario y gratuito:—no, yo le diria hoy—“la ambicion te hizo cometer una mala accion, pero has trabajado y eres feliz:”—ahora que comprendes todas las amarguras que nos has hecho sufrir à nosotros, víctimas inculpables de tu avaricia, ven, dividamos como hermanos, que con la mitad de lo que tienes hay bastante para la dicha de tu familia.

—El deseo es noble, dijo el doctor, pero me parece irrealisable. En el estado que tiene este negocio, Jorge no solo defiende su fortuna, sino tambien su honor, y una transacion, cualquiera que fuese su importancia, representarla una confesion de la verdad de lo que nosotros hemos asegurado. Pienso pues, mi querido amigo, que tendria vd. que devorar su deseo por falta de aceptacion.

--Me pesaria en extremo, porque no hemos entrado en esta cuestion sino impelidos por la evidencia de nuestros derechos. Puede ser que Jorge no los

vea, pero esto no impide que muchos de sus amigos se lo hayan explicado, y que la sociedad entera los conozca.

—Pues à mi me gustaria, dijo Angela, que ese caballero probase un poco lo que à nosotros, que le hemos querido tanto, nos ha hecho probar tan largamente.

—Asi debe ser, dijo Pitt, y asi es como se realiza la verdadera justicia en la tierra. Vd. mi querido doctor, procederà en este pleito como proceden los militares en la batalla, sin piedad hasta vencer, que luego hay tiempo de ser generosos.

—Su voluntad serà ejecutada, mi querido amigo, por que ella es justa, y yo pienso como el Tasso: guerra abierta al enemigo en pié, y generosidad al vencido . . . . ¿Pero donde estamos? ¿Falta mucho aún? . . . . Vds. saben que yo soy estrangero en el pueblo de mi nacimiento y que no conozco las calles . . . .

—Diez minutos mas, y le dejamos à Vd. en su casa . . . . , para que venga esta noche à la mia à que discurremos un poco de este negocio que no debe concluir mal, ya que ha empezado tan bien.

En efecto, algunos minutos despues cada uno de los viajeros se encontraba en su morada; los unos recordando los buenos dias pasados, y los otros ocupàndose del pleito que entraba de nuevo en la orden del dia.

XV.

**Batalla sin sangre.**

La queja de Jorge habia sido aceptada por el Tribunal de Justicia, y los efectos de la sentencia que ordenaba la entrega de los bienes á los huérfanos tambien habian sido suspendidos.

Mr. Pitt, que conocia la biografía del pleito como conocia la suya propia, no podia comprender que los Tribunales de Justicia concediesen á Jorge un respiro siquiera entre el mandato de dar la posesion á sus hijos adoptivos y el recuso de apelacion que se habia introducido:—hablaba, murmuraba y se quejaba de esa morosidad como de una injusticia, sin acordarse el noble viejo, que esos trámites, aunque morosos, son las garantías necesarias del procedimiento judicial.

El abogado le esplicó todo esto, y el entusiasta amigo pareció tranquilizarse.

—¡Qué hay ahora que hacer! le decia al Dr.

—Esperar á que se nos dé traslado de la espresion de agravios.

—No entiendo una palabra, respondia el viejo.

—No es extraño. El foro conserva sacramentalmente un idioma que algunos juristas ilustrados lla-

man *bárbaro*, porque es el mismo, mas ò menos, que se usaba en los tiempos de D. Alonso el Sábio. Entonces fué la perfecta y última espresion de la ciencia, pero hoy es incomprendible por que los progresos de la civilizacion en todos sentidos, han dejado muy atras à ese idioma, que para vd. como para muchos otros, necesita traductor. *Traslado*, quiere decir el conocimiento que se le dà à uno de los litigantes de lo que pide y ha dicho el otro; y *espresion de agravios* es la queja que hace el ofendido, por un mandato de Juez inferior, ante el Juez superior:—asi pues, *traslado de la espresion de agravios*, no es otra cosa que pasarnos los papeles del pleito, para que contestemos á lo que ha dicho Jorge, y vd. supone que hemos de contestar y gritar, y empedrar de leyes y demostraciones nuestro *escrito* para que el Tribunal no nos haga la mala farsa de revocar la sentencia que hemos ganado *abajo*, es decir, ante el Juez de 1<sup>ª</sup> Instancia.

—Oh! si, ponga vd. todo su empeño, querido Dr; porque, seria inúcuo que nos ahogásemos en la orilla.

—Mire vd., mi respetable Sr. Pitt, los abogados diestros son como los parejeros maestros. No ponen mas ni menos ciencia que la necesaria para vencer, como los otros mas ni menos velocidad que la necesaria para sacar la oreja à su adversario. Yo ha-

ré pues, como los parejeros maestros, y habré hecho lo bastante; y para eso no necesito de sus súplicas.

—¡Qué bello día, doctor, en el que vd. pueda decir à los huérfanos—ya os he restituido la honra de vuestro nombre y la fortuna de vuestro padre! . . . . Gozadla en paz, y sea esta la recompensa de vuestros largos sufrimientos . . . .

—Y ese día llegará, mi querido . . . . y para entonces le pido á vd. que me dé el ejemplo de saber soportar mi alegría, como le doy actualmente el de saber soportar mis temores . . . .

—Entonces vd. tiene dudas, vd. teme, vd. no está seguro de triunfar . . . . !

—No sabe vd. que hasta en las matemáticas se equivocan los hombres . . . . ! Yo no temo, ni tengo ándas, pero tampoco quiero despojar à las cosas de esta vida, de su infalibilidad natural! . . . .

—Vd. es fatalista, doctor?

—Hombre, yo soy una especie de contradicción en forma humana, con bonete de Dr. en leyes, mas tímido en ciertos negocios que los niños de pechos, mas *roué* en otros que los viejos castigados por todos los frotos de la vida, que creo en lo que otros no creen, y vice-versa, que temo lo que otros no temen, sensible y cruel à la vez, pero dotado de cierto instinto que es mi *providencia* y que me conserva en el equilibrio de la vida, sin que yo haga esfuer-

zos para tenerme en él, como tampoco hago para caerme. Esa providencia que me ha llevado por aqui y por allá como se le ha antojado, es mi consejera y mi amiga mas fiel, y cuando me encargué del pleito Sconner ella me dijo, en este pleito *venceremos*. Si cada uno de los que nos juzgan tienen su providencia, como yo. y esas *providencias* les dicen lo que la mia me ha dicho, ya podemos echar nuestras dudas á la espalda y ponernos á dormir.

—Es una teoria de raza, querido Dr; la que vd. me desarrolla en este momento. La inquisicion española no pudo modificar la sangre mahometana de los conquistadores de América, y esa sangre se descubre apesar del tiempo, de la distancia y de la influencia de la época en que vivimos.

—Dejemos estas cosas, mi querido Sr. Pitt, que no están bien en la boca de un ovejero, por mucho que vd. sea erúdito en el cruzamiento de las razas de sus merinos, ni en la de un abogado que no puede ocuparse de la cruz de sus códigos y doctrinas. Vámos al pleito.

Los *autos* acababan de entrar al estudio del abogado, chispeantes y altaneros con el *alegato* de Jorge que era en efecto como una bala de à ochenta, ó como la esplosion de la Santa Bárbara de un navío de tres puentes.

El abogado leyò su *alegato* con la atencion del al-

quimista que espera ver saltar el oro de su última combinacion, hojeó y confrotò lascitas, doblò y marcó ciertas fojas en esa manera especialísima que no saben usar sino los *curiales*, se levantó cuatro ò seis veces de su poltrona, abrió sus códigos y marcó algunas leyes, volvió à leer el *alegato*, y tomò notas. Cualquiera que le hubiese visto por la endija de la puerta, habria dicho lleno de làstima; el pobre hombre ha perdido la cabeza: pero poco á poco empezó à pintarse la tranquilidad en su rostro y pudo comprenderse que las facultades de su espíritu volvian à sus funciones habituales.

Mr. Pitt habia observado esa escena muda con religiosidad, y acaso con zosobra, y no pudiendo contenerse por mas tiempo, rompió el silencio, diciendo al abogado:

—¿Qué le parece à vd; querido Dr? . . . .

—Me parece, amigo mio, en primer lugar, que no es un tonto ni un rudo el abogado que dirige à uestro enemigo, y en segundo que es necesario que me deje vd. solo para poder trabajar . . . .

El Sr. Pitt empezaba à habituarse á las escentricidades del caracter del letrado, y sin decir una palabra, tomó su sombrero y fuese.

—Ahora á nosotros dos, dijo el abogado, apoderándose del espediente como quien toma à su enemigo por el pescuezo, à nosotros dos, hasta que el

uno quede à los piés del otro, inànime, muerto, hecho pedazos, chorreañdo sangre, sin fuerzas para pedir perdon—Ea pues, en guardia.

Apuntes para contestar,

—*Primera parte.* Se queja de no haber sido citado ni oido, antes de ordenarse la entrega de los bienes à mis clientes.

*No tiene razon*—porque Jorge Sconner no *posee* los bienes del finado Don Pedro sino como representante de los herederos, y el mandatario no es lejítimo contradictor, ya que la calidad de herederos forzosos no es contradicha à mis clientes.

*No tiene razon*, porque no siendo lejítimo contradictor, no es persona en el juicio, y no siéndolo su citacion era de todo punto innecesaria.

*No posté*, porque la posesion supone *buena fé y titulo*—Dos ecsigencias de la ley que pugnan de frente con los antecedentes de este negocio—Jorge Sconner aceptó la administracion de esos bienes por los herederos y por los acreedores de la sucesion, y ese nombramiento con todos sus cargos y con todas sus obligaciones subsiste hasta hoy porque ningun Juez ni ninguna autoridad le ha relevado de ellas.

Jorge Sconner no ha dado cuentas à mis clientes ni à la autoridad competente de su administracion; luego esa administracion continua hoy mismo, y tampoco puede oponer las escrituras en que se le reco-

noce por dueño de los mismos bienes de la sucesion, porque no habiendo podido venderlos por si mismo, tampoco pudo comprarlos en su calidad de administrador *dativo*.

De modo pues, que en cuanto à la citacion y à la audiencia, es ridicula la queja, y en cuanto al valor de sus escrituras, es importuna. Para que la una fuese atendible seria necesario desconocer la naturaleza de la accion privilegiada que se ha deducido, y para que lo fuese la otra, se deberia cambiar el procedimiento prescripto por las leyes y por la práctica inconcusa.

Pero se alega que mis clientes han reconocido ante escribano público, la legalidad de las ventas hechas por Jorge, y su buena administracion.

Ese reconocimiento es nulo y de ningun valor, porque los dichos de los menores no les obligan sino en lo que les favorece, y en este caso, esa confesion importa la sancion de su ruina.

Eran mayores en Inglaterra; pero son menores aquí, se dirà.

Pero la ley que rige en este pleito no es la inglesa sino la del pais, por razon de la existencia de los bienes, del nacimiento de mis clientes y de su domicilio.

¿Que queda pues del *alegato* contrario?

Ah! olvidábamos. La prescripcion de un año y un dia.

Esta prescripcion requiere esencialmente título y buena fé. La escritura de compra presentada por Jorge es la prueba palpable de la falta de buena fé, y faltando el antecedente, tiene por fuerza que faltar el consiguiente. Luego no hay semejante prescripcion, que en el lenguaje vulgar se llamaria de otro modo.

¿Queda aun algo? . . . . revisemos . . . . esto es todo? . . . . Si es todo.

Sobre ese *canabá* vació el abogado su gerigonza jurídica, apoyando cada uno de sus argumentos en leyes espresas, cada una de sus deducciones en hechos reconocidos, y cada uno de sus esfuerzos en la injusticia, en la usurpacion y en el *escándalo* de este negocio. La elocuencia de careta fué espléndida y seductora, à términos que los profanos podian haberla confundido con la verdadera, como le sucedió à aquel viajero que se encontró al trànsito de un entierro en Lima y tomò por deudos del difunto à los mercenarios que lloraban al lado del cadáver, porque habian sido *concharados* à tanto por hora porque llorasen.

El *alegato* estuvo *magnífico* como dijo de sí mismo uno de nuestros publicistas, y robustecido por la alocucion *fundacion*, el dia que se vió la causa,

ninguno de los que asistieron à ese acto pudo conservar la menor duda de que el triunfo de los huérfanos era infalible.

El benemérito coronel Preingles obtuvo por su heroismo una medalla de sus enemigos que decía *honor al vencido*, cuando por no caer prisionero, se lanzó al mar à morir con su espada en la mano; el abogado de Jorge mereció, al menos en el juicio de su adversario, otra medalla que dijese: honor al talento y à la estrategia jurídica.

Oida la inmensa charla por el supremo Tribunal, con aquella estóica tolerancia que prepara en la tierra la bienaventuranza en el cielo, los abogados se retiraron juntos, habiendo dado muestras en público de amistad y de recíproca satisfacción—La concurrencia quedó sorprendida de su conducta, al parecer inesplicable, pero ellos descendieron las anchas escaleras, tranquilos y acaso contentos en la conciencia porque cada uno habia cumplido con su deber.

La gran puerta giró sobre sus gósnos y el Tribunal quedó en su sala para deliberar.

## XVI.

### **Finis coronat Opus.**

No todos comprenden la ansiedad mortal de la es-

pera de una sentencia, porque no todos han sufrido el suplicio de *capilla*, ni pueden transmitirnos las sensaciones que se prueban mientras llega el momento fatal; pero el que ha deseado mucho alguna cosa cuya adquisicion dependa de la voluntad ajena; el que en el silencio de la noche al traves de los peligros de que està lleno su camino va en busca de *algo* que ambiciona frenéticamente, cuando ese *algo* està sujeto à la voluntad caprichosa de lo imprevisto, ese podrá formarse una idea aproximada de la íntima zozobra que afectaba á los huérfanos y à sus numerosos amigos.

Para el abogado la resolucion del Tribunal era una victoria ò una derrota; un suceso vulgar en la vida del foro; para los huérfanos era el último desengaño, la muerte de las risueñas esperanzas, y el desencanto en medio de la ilusion; para Mr. Pitt era un golpe mortal à la corona de todos sus deseos.

Cada uno de estos personajes espresaban à su manera sus dudas: sus temores y sus esperanzas. Al verlos reunidos en el Estudio del abogado, se habria podido creer que hacian el duelo de una persona querida, tal era el recojimiento y el silencio que observaban.

--Esto es demasiado incòmodo, dijo al fin Mr. Pitt. Van ocho dias y no tenemos ni un solo indicio, ni una vislumbre que nos descubra el modo de ver de

esos señores, y no es tan largo ni tan difícil poner al pié de los escritos uno de esos, *se confirma con costas y devuélvanse*.

—¿Cómo está Vd. al corriente de los términos del foro, Sr. Pitt? Con un pleito mas Vd. se hace abogado hecho y derecho! . . . .

—Dios me libre, querido Dr.; pero recuerdo esa frase porque en uno de los incidentes de mi pleito con Jorge, el Tribunal dictó esa providencia, que no me permitió dormir en tres noches.

—Entonces tiene Vd. el derecho de recordarla; si quisiese Vd. acercarse à la Escribania de Càmara, puede ser que algo supiésemos hoy, y la hora es apropòsito. Se anima Vd., querido amigo? . . . .

—Pues no me he de animar, contestò Pitt, y saliò precipitadamente . . . .

—Algo nos quedará aunque perdamos la cuestion, dijo el abogado dirijiéndose à Enrique. Si, algo nos quedará que nos consuele, y es el haber llevado à la conciencia íntima de toda esta sociedad la conviccion de la justicia de nuestras gestiones, Vdes. como hijos de un hombre calumniado, y yo como defensor empeñoso de los derechos desconocidos y despreciados por el usurpador. No siempre el fallo de los jueces responde à la bondad de la causa, ni al esfuerzo de la defensa; pero sobre la conciencia jurídica está la conciencia pública, que es omnipo-

tente, que es la espresion de la verdad, y que vale por si sola mil fallos de los Jueces. En el secreto de los Tribunales de Justicia quedan ocultos millares de esos crímenes que causan la ruina y la desgracia de familias inocentes, porque la luz de la publicidad no ha penetrado en esos centros tenebrosos; el litigante va à ellos como el penitente al confesonario, y allí entre las cuatro paredes de la oficina, sin otro público que el actuario y el Juez, se pasan acontecimientos que no se pasarían en público. Hemos cumplido pues con nuestros deberes, bajo todas sus faces y ahora ya no es nuestra la responsabilidad del resultado. . . . .

—*Se confirma, se confirma*, entró gritando desahoradamente el viejo Pitt, y cayó sobre una silla. . . .

—Por el amor de Dios, querido amigo, déjese V. de desmayos y hable V. . . . ¿qué dice V? . . . . Repítame esas palabras, dijo el abogado sacudiendo á Mr. Pitt que pretendía desmayarse. . . . .

—Ahora me puedo ir tranquilo al otro mundo, dijo el viejo, enjugando su frente, y llamando à los huérfanos hácia él:—*Se ha confirmado la sentencia*, hijos míos y sois ricos, y ya podeis llevar vuestro nombre con orgullo—*se confirma y devuéltranse*, ha dicho el Tribunal, como si estas dos palabras fuesen un juguete, *un beso á V. las manos*, ò cualquier otra cosa parecida. . . . *se confirma y devuél-*

*ranse*; pero esto quiere decir que la inocencia y la verdad han triunfado sobre la hipocresia y sobre el vicio; que la gracia de la bondad divina ha caido sobre vuestras frentes. Bendito sea Dios ¡bendito sea Dios! . . . . abrazadme hijos mios y que Dios os bendiga . . . .

El pobre hombre deliraba de contento.

—Esto quiere decir, amigos mios, que el dia de la alegria empieza para vdes. cuando empieza para otro el dia de las lágrimas . . . . ahora es oportuna y noble la generosidad . . . . El campo está abierto para las buenas voluntades, y yo sé que Enrique irá ahora mismo à llevarle à su primo un consuelo que en igualdad de circunstancias, èl no le habria traído; pero no importa, las buenas acciones no figuran en la cuenta corriente de los hombres entre sí. — ¿Quiere vd., Enrique, combinar la propuesta que vd. hará à Jorge à nombre propio, y en el de su hermana? . . . . dijo el abogado con semblante austero y solemne.

—Si Doctor, le dejaremos la mitad de la fortuna despues de deducidos los honorarios de vd. y los gastos del pleito. ¿Es bastante?

—Demasiado, porque en el pleito ordinario sobre propiedad de los bienes, Jorge serà tambien vencido como lo ha sido en el de posesion . . . pero vdes. son los dueños y mis honorarios no deben ser un obstáculo.

Ea pues, estas cosas se hacen pronto, ó no se hacen nunca—¿Quiere vd. ir à verle ahora mismo?

—Con todo mi gusto y vuelvo con el resultado.

El jóven salió lleno de contento y acaso lleno de entusiasmo, porque los corazones generosos se inflaman con el sentimiento del bien, como el héroe se exalta ante la abnegacion y los peligros.

—Todos vdes. han perdido la razon, dijo flemáticamente Mr, Pitt; vdes. no conocen à nuestro enemigo y van á llevarse un chasco.—Para mi y para mis hijos adoptivos, la sentencia era todo y la fortuna nada, pero para Jorge es lo contrario.—Mucho temo que al presentarse Enrique sea recibido como el ladron que salta la pared.

—¿Correria algun peligro? exclamó Angela sobresaltada. . . .

—No, no tema vd. nada, señorita. —El golpe moral es demasiado fuerte, para que quede en Jorge ni una gota de ese denuedo que vd. teme . . . . contestó el abogado.

—Pero estará enojado, y es furioso, violento de carácter.

—Pero Enrique es frio y valiente apesar de su debilidad corporal . . . . no tema vd., yo conozco los efectos de las sentencias judiciales como el marino

conoce los efectos de las baraduras—Las soportará y se resignará.

—Que trabaje y gane su fortuna honradamente, como la hemos ganado nosotros, dijo Pitt, sin ocultar su desprecio . . . .

—No sea vd. así, mi buen amigo, contestò Angela, tomando la mano del viejo—Con nadie es vd. rencoroso, y no hay para que serlo con el vencido.

—Pero es el único hombre que nos ha hecho sufrir en esta vida, y si perdono lo que á mi me toca, no puedo, no quiero perdonar lo que les debe à ustedes.

—Pues yo perdono . . . .

—Lo toleraré, dijo Pitt, y empezó à pasearse por el cuarto . . . .

Hace vd. bien, Angela . . . . mañana tambien perdonará Mr. Pitt y todos viviràn reunidos y contentos.

—Ja, ja, ja, refunfuñaba el viejo, y continuaba seándose . . . . .

—El caso es, dijo el abogado, que dentro de tres ò cuatro dias, será necesario hacer un nuevo viaje, no ya à las iumediaciones de la estancia de Sconner, sino à ella misma, y esta vez tendré que resignarme à no ser de la partida. . . . .

—Eso no, dijo Pitt, volviéndose hàcia el abogado

como si hubiese recibido una injuria—Eso no, mi querido, sin vd. no hay partida de campo, ni hay fiesta, ni hay nada que se parezca á regocijo . . . .

—Pero la partida que es necesaria hacer no es puramente de placer, sino necesaria para tomar la posesion, hacer los inventarios, y todas las diligencias del caso . . . . .

—Para eso está el *curador ad litem*, que ve mas con sus ojos azules que todos los argos de la fábula . . . . dejémosle á él este negocio, y vámonos á mi casa á consumir los restos de nuestro paseo anterior.—Bien merecido lo tiene por lo que nos hizo el tal Jorge . . . . .

—Y bien, Enrique, dijo el abogado, dirigiéndose al jóven que entraba en ese momento.—¿acepta ó no la propuesta?

—Lo ignoro, Doctor, porque ese infeliz no está en estado de hablar con nadie.

—¿Está furioso, no hermano? . . . .

—Está loco.

—Es lo mas feliz que podia acontecer dijo Pitt; porque los locos no sienten las penas morales.

—Doctor, dijo Enrique, le debemos á vd. el honor de nuestro nombre, y la fortuna . . . . ¿se le puede deber mas á un padre? . . . .

—Tome vd. mis mejillas, y deme vd. dos fuertes

besos, mi querido Doctor . . . y luego prométame que iremos juntos al campo, dijo Angela ofreciéndole el rostro.

—A mi casa, dijo Pitt.

—No, querido, á la de la *Familia Scomer*,

Buenos Aires, Agosto 27 de 1858.

FIN.

## FANTASIA.

Cuando en los bancos de la escuela se nos llenaba la cabeza con las revoluciones políticas de los patricios romanos, que, de la plaza pública subían à la tribuna, de la tribuna al consulado, y del consulado à la horca; cuando se nos hacía aprender de memoria que Roma, la señora del mundo, la vencedora de la Africa, de las Galias, de la España y de toda la tierra conocida, se hacía llamar Urbs para distinguirse de todas las otras ciudades; cuando en medio del invierno, en esas largas y heladas salas de la Universidad de Buenos Aires, entre el fastidio, la risa ò el poco respeto por el maestro, se nos llevaba à participar de los banquetes de Luculo, y de los furores patrióticos de Catilina, nos habíamos formado la idea de que Roma estaba situada sobre la mayor altura de la tierra, y que una vez en el Capitolio, se debía dominar la creación entera y verse los otros pueblos como enanos que se estiran por alcanzar à las rodillas del gigante. Una vez de pié sobre la montaña, nos decíamos, el espíritu debe dominar las artes, las ciencias, todo lo que los hombres han creado, como

dominaron los romanos; allí el hombre será mas hombre, grande y vasto en sus concepciones, porque en Roma, coloso del mundo inteligente, nada puede ser chico, y cuando descendamos para llevar á nuestras riberas del Plata el producto del estudio, el fruto de los peligros y de las fatigas, volveremos con el bautismo de una regeneracion completa, y seremos útiles . . . . .

Esta ilusion duró veinte años. Poder màjico de la pasion! . . . . Oh! sí, vendrà el dia, nos deciamos, en que pongamos los pies sobre la roca Tarpeya, en que refresquemos el cuerpo en los màrmoles de Caracalla, y en medio de esas sombras gigantescas podamos lanzar el grito del triunfo conseguido. “Vimos à Roma, hemos pisado su polvo y saludado su corona inmortal” ¿Quereis que os diga que la fantasia era preferible à la realidad? . . . ¿que con ella murieron ilusiones que ya eran parte de la existencia, secretos que se saboreaban en silencio, en la amargura de los desengaños cuotidianos? No, porque vosotros sabeis que el deseo satisfecho y la dificultad vencida . . . . .

Roma está situada como muchos pueblos italianos, ni mas alto ni mas bajo que otros . . . . pero ella tiene su S. Pedro, su Moises, su Coliseo y algo mas . . . . ¿Quereis que os hablemos de las damas romanas? las que sirvieron de modelo á la Eva de Miguel

Angel, valen bien un recuerdo que acaso reemplaza la fantasia que acabó con la visita.

Bien pues—y podeis creerme bajo mi palabra.

La dama romana es bella y elegante, lujosa, llena de poesia en su trage y en sus maneras. No observa la sencillez de la dama francesa en los colores de su trage, talvez porque bajo ese cielo caprichoso ama imitar sus contrastes. Su palabra es melodiosa y tranquila; el estrangero no encuentra en ella la altiva reserva de las damas del Norte, y es curiosa apasionada de todo lo que esta fuera de Roma, aunque se nota siempre el orgullo de la sangre. Dotada de imaginacion, es fanática por las narraciones fantásticas, y las simples aventuras de viaje la tendrian ocupada la noche entera, sin fijarse en el tiempo. De esta cualidad sacan partido los hombres de espíritu, y los hombres que saben interesar con la palabra, sean feos ò bonitos, jóvenes de veinte años ò hombres de treita y cinco. Una vez que la dama romana os ha devuelto vuestro saludo, podeis contarla en el número de vuestras relaciones, y si el cielo os ha dotado de un poco de osadía, ese mero cumplimiento de civilidad podria servir de titulo de introduccion . . . . ¿Quereis una prueba?

Una de las noches crepusculares del mes de mayo, nos vino la idea de visitar las ruinas del palacio de los Césares, que los siglos han destruido, se diria de

una manera calculada, para despertar la melancólica poesía de los recuerdos; la *calle del Corso* bullía de jente y ese movimiento puramente convencional, no ofrecía à nuestros ojos sino la imitación de lo que se pasa en los Boulevards de Paris, en la Strada nuova de Génova y en la *via Calsayuoli* de Florencia.

Vamos à las ruinas, nos dijimos, y vamos solos à sentir en el silencio la voz de esos restos que han presenciado tantas grandes acciones, tan profundas maldades y tantas miserias, porque el hombre es siempre el mismo, bajo todos los climas y bajo todos los tiempos.

Fácil es la satisfacción de los deseos de ese género. Llegados à la puerta, fuimos sorprendidos por la vista de una bella y elegante calesa descubierta, de cochero y lacayo en uniforme galoneado, y que al parecer esperaba à sus amos.

Tiramos el cordón de la gruesa campana y pronto se presentó la guardiana, buena y sencilla mujer; que por un franco nos habia permitido ya otras veces visitar su *palacio de recuerdos*. Conociónos inmediatamente, y con su franqueza genial nos dijo.... Adelante.

—Tememos perdernos si vamos solos, la dijimos.

—Hay gente en las ruinas.

—Entonces vamos tambien nosotros.

Y nos lanzamos por esas escaleras seculares, cu-

yas piedras contienen millares de nombres de los viajeros que creen hacerse eternos, uniendo el nombre propio á la vida de esos restos y pasar á la posteridad, como si el viage á Roma fuese una peregrinacion como el viage á la Meca.

No habiamos subido treinta escalones, cuando oimos la voz dulce y melodiosa de una boca romana, que decia en el tono de la risa, ¡qué graciosa, hoy tienes miedo; como si fuera la primera vez que lo hacemos! En dos brincos nos pusimos al lado de la que hablaba, y con el sombrero en la mano la dijimos . . . . .

—Señora, à título de hombres y en medio de las ruínas nos es permitido ofreceros nuestra compañía.

El *gracias* prosaico vino á helarnos la sangre; pero el momento era exigente y replicamos:

—Ofrecemos à vos nuestra compañía, mas en nuestro interés acaso, que como mera forma de civilidad. Estamos ciertos de estraviarnos si recorremos solas estas ruinas, y al lado de vos no se corre ese peligro.

—Entonces aceptamos la compañía, dijo una de las dos damas, y nosotras os serviremos de guia. Esta loca, agregó dirigiéndose á la otra, ha querido venir à visitar *sus ruínas* á estas horas, y ahora tiene miedo . . . . oh! como somos incomprensibles nosotras las mugeres!

—Pues bien, que la que tiene miedo, tome nuestro brazo, y vamos juntos à descubrir este mundo sombrío, como hizo el Daute ó Cristobal Colon.

Cuando la dama que tenia miedo dejó caer su brazo sobre el nuestro, sentimos deveras que se habia posado uno de aquellos que sirven à las bellas creaciones de los estatuarios romanos, que copiando al natural, mandan al estrangero esas perfecciones que luego venden como adivinaciones del genio.

—¡Que bella idea habeis tenido, señoras, en venir aquí esta noche, y que buena es la providencia que nos ha inspirado la misma.

—Debemos partir para Liorna, à pasar el verano, y yo no puedo abandonar *mis ruinas* sin darles un adios, dijo la que nos daba el brazo.

—Van dos veces que os oimos decir *mis ruinas* y la curiosidad es calidad esencial en los viajeros. ¿Porque decís *mis ruinas*? ¿por que sois de Roma, y porque estos restos son romanos?

—No, porque son mias y es una parte de la herencia de mis padres.

—Qué ¿todas las ruinas no son de propiedad pública?

—Al contrario, hay muy pocas que no sean de propiedad particular

—Entonces, señora, debemos trataros como à una de las herederas de los Césares?

—Simplemente como à la vizcondesa L. L.

—Mucho honor, señora, de hallarnos en vuestra sociedad. Habéis sido de una tolerancia infinita, pues nuestro aspecto, en el traje que vestimos, debe haber puesto delante de vuestros ojos uno de esos bandidos que hace la moda ò un artista, porque ambos visten poco mas ó menos.

—No; os hemos torrado, por lo que sois probablemente; un viajero que ama las lindas vistas y las bellas noches, y que acaso tiene algo dentro del pecho que lo aleja de la bulliciosa sociedad.

—Gracias, Sra., si es un elogio. No somos de Europa y nuestro pais se pierde en la carta del mundo à fuerza de estar lejos; somos de las riberas del Plata, en la América del Sud.

—Es la primera vez que oigo nombrar ese pais. No lo estrañeis, Sr., porque soy de una ignorancia completa en geografia.

—Perdon, señora, hay ministros de estado que no harian esa confesion y esos ministros tienen pendiente con nuestro pais una cuestiön diplomática desde ocho años atras y todavia no están bien ciertos si el Rio de la Plata es tributario del Nilo ò del Oceano.

—Y como se viene hasta Roma?

—Se puede venir hasta Civitavechia, por mar, en buques que hacen los viajes ultramarinos, y si es

buque de vela serian necesarios tres meses de navegacion à lo menos; y en buen buque de vapor 45 ò 50 dias.

—¡Dios mio! ¿Y que se hace todo ese tiempo? . . siempre en el mar, sin hacer escala como los vapores que van à Marsella.

—Siempre en el mar, sin otra compañía que el cielo que os cubre y el agua que os soporta: no es alegre de cierto una travesia tan larga; pero el hombre es hijo de los hábitos y llega à acostumbrarse à todo. En el mar se lee mucho, se estudia, se piensa tambien, se duerme y se come cuando el corazon està contento y el físico no padece, y se piensa mas que en todo en la q' quedó llorosa en la playa de la patria ó en la que espera palpitante de esperanzas en el puerto de llegada. ¿Veis como todo se encuentra compensado en este mundo?

—Por mi parte nunca tendria suficiente valor para hacer un viaje tan largo.

—Escusadme . . . . ¿sois casada?

—Soy viuda . . . . ¿Por que?

—Por que para responderos me era necesario averiguar antes si habiais sentido ya el influjo de las pasiones. Todas ellas se parecen, y hasta la que consiste en no tener ninguna es dominante y tiránica; sabeis que al *non far niente* se le dà siempre la cualidad de *dulce*. El comerciaute atraviesa los

mares pór sastifacer la pasion del lucro; el avaro por ocultar ó salvar lo que tieve, el viajero de placer por sastifacer su curiosidad; el sabio por estudiar la tierra y las sociedades que no conoce; y los desgraciados como nosotros por huir de una pena que les sigue á todas partes.

—Debe ser bien profunda.

—Depende de la naturaleza de cada uno: à vos no os aflijiria tal vez, y à nosotros nos mata. Hemos perdido la compañera de la vida.

—¿Tan jóven y viudo?

—Nos casamos niños y nos amábamos como grandes.

—¿Y la habeis perdido?

—Si, ahora ¡cuatro años . . . . Veis, señora, como este sitio arrastra à los asuntos tristes . . . . vos debeis sufrir tambien, porque hay una afinidad cruel entre todos las penas y me habeis dicho que erais viuda.

—Si, he perdido un amigo, no una pasion . . . . era imposible, pues el tenia 58 años y yo tengo 22 . . . . lo estimaba como à protector y como à padre . . . .

—Comprendo bien esa ley europea de matrimonios de conveniencia . . no se puede ser moral, bueno y feliz, sino cuando el corazon està contento, porque las comodidades y el lujo impresionan el primer dia, y mueren luego. ¿No es verdad?

—¿Como quereis que os responda?

—¿No conoceis la palabra que ha poetizado el Dante? ¿Si hubieseis tenido por marido al primer hombre que hizo palpitar de amor vuestro pecho, al jòven por quien en el Corso, en el Pincio, en la Argentina, os adornabais para ser mas bella, al que esperaba siempre sin haberle dado antes una cita, al que por veros hubiese espuesto su vida corriendo cien peligros, decidme ¿estas ruinas no hablarian à vuestro corazon mas que à los ojos y al espíritu? El recuerdo de los días felices, de las alegrías estintas para siempre, no vendria à interponerse entre los testimonios de la historia y vuestros recuerdos? Si el estuviese ahora conmigo, os diriais en el secreto del alma, aquí á mi brazo, bajo este cielo que no tiene una nube, à estaciarse sobre ese rayo de luna que cae sobre esa ruina y la viste de melancolia y de respeto, ¿no apretariais su brazo y le arrancariais à las tristes meditaciones?

—Como se conoce que esa reflexion pasa por vuestra mente.

—No os ofendais: las ruinas tienen una analogia bien cruel . . . huyamos de este sitio . . . y busquemos à vuestra hermana que me parece alegre de carácter. Que dichosos los que son dichosos!

Y fuimos à perdernos en el laberinto de esos restos, que iluminados por la luna de mayo del cielo de Italia, recuerdan las fantasias de los dulces años que pasaron.

Roma. Mayo 51 de 1858.

MIGUEL CANE.

## EN EL TREN.

No me digais que no es así.—Buenos Aires es un pueblo exagerado, y con razon le han comparado al pueblo de Paris. Nosotros hemos visto à un hombre pararse en la plaza de Vendome en el pedestal de la columna de ese nombre, sacar tranquilamente del bolsillò su antejo de teatro, ponerse á mirar el Cielo como si quisiese descubrir un nuevo astro, y ser rodeado instantaneamente por centenares de pasantes, qué tambien miraban al cielo y que al fin creian ò fingian creer haber descubierto un astro, un fenómeno ò un cometa. El farsante, autor intencional del motin, despues que habia conseguido su objeto, guardò con mucha calma su antejo de teatro, enjugó sus ojos y se retiró riendo dentro de si mismo de la cándida curiosidad del pueblo mas ilustrado de la tierra.

Buenos Aires está parodiando esa curiosidad parisiense con motivo de la *titulada* fiebre amarilla, que los médicos, los curanderos, las viejas y los poltrones aseguran que se ha derrainado sobre nuestra poblacion—No hay notario, escribano, cambista, corredor de número y estranumerario, banquero,

(hay quien se titula banquero entre nosotros) abogado, tendero, almacenero, cochero, galopin, cocinero, escribiente, redactor de diario, impresor, repartidor, fraile, clérigo, y hasta los sacristanes, que no entone el deprofundis en virtud de la inmensa calamidad mortífera que ha caído sobre la pobre Buenos Aires, destinada segun ellos, á ser devorada por la fiebre, como lo fué Babilonia por las llamas.

Al ruido de semejante alarido ¿cuál es el guapo que queda tranquilo en su casa, y no busca como el condenado á muerte el agujero que le ha de salvar su existencia?

San José de Flores, Belgrano, San Isidro, este pobre viejo abandonado, San Fernando, este santo lechuguino á la moda, las quintas poco há inhabitadas, gotosas y horror de las niñas, pero dulcineas estéticas de los buenos padres, y de los maridos tolerantes, todo ha sido invadido, tomado por asalto y metamorfoseado en un abrir y cerrar de ojos.— Gracias á la superabundante poblacion de Buenos Aires, que aun se nota la vida y el movimiento en sus calles, pero tenemos esperanzas que ocho dias mas de pánico y exageracion la convertirán en un desierto sepulcral.

Tanto mejor, decia uno de nuestros amigos, hombre frio que se burla de la fiebré amarilla como del año de 1999, así encontraré casa cómoda y central.

El caso es que la poblacion huye de Buenos Aires, como los hebreos de la tierra maldita. Felizmente no tienen que atravesar el mar rojo, aunque segun Napoleon *el grande* nunca falta el hombre à las circunstancias, y no se haria desear un nuevo Moyses en la ocacion.

Pablo se encontraba sentado al lado de una niña morenita y picante, como son todas esas violetas del barrio de la Piedad, en uno de los wagones del camino de fierro, que và preñado de jente en busca de aire sano à San José de Flores—La niña estaba vestida de luto, y ese color daba tal relieve à la blancura de sus dientes, al coral de sus labios, al magnetismo de su mirada, que Pablo olvidò sin quererlo los peligros de la peste, y las ideas religiosas que son del caso, por otras ideas menos serias y menos profundas, aunque acaso menos consoladoras tambien para la salvacion de su alma, victima como antes del miedo que à todos afecta.

—Va V. huyendo de la fiebre, señorita, le dijo el atrevido à la dulce muchacha que tenia à su lado.

—Si, señor, contestó la muchacha, antes de ayer hemos perdido à mi hermanito, y mamá ha tenido miedo por mi y por ella.

—¿De la fiebre, señorita.

—Así ha dicho el médico de cabecera, aunque los otros médicos aseguraron que no era de la fiebre.

—¿Qué tiempo tenia de enfermedad su finado hermanito?

—Pobrecito! . . . . seis meses poco mas ò menos, señor. Desde muy chico padecia del pecho, y ahora esta maldita fiebre se lo ha llevado.

—¿No cree V. mas natural, señorita, que se lo llevase la enfermedad que lo tenia postrado de seis meses atras?

—Así lo creia yo, pero el médico de cabecera asegura que esto es un desatino, que es necesario creer al médico.

—Pues yo, señorita, creeria mil veces mas la opinion de V., que la del proto-medicato de Buenos Aires, dados los antecedentes que V. me indica . . . . Si es así comprendo perfectamente que todo el mundo huya de Buenos Aires como huyen los pavos del sainete, cuando les calientan el proscenio por debajo.

—Y lo peor es que no sabemos donde nos alojaremos, porque nos han asegurado que todo està tomado en San José de Flores.

—Tanto mejor, porque así se compondrán bien los caminos para este invierno, ò hará doblemente su negocio la empresa del ferro-carril.—En los dos casos gana el pais, aunque algo sufran los bolsillos particulares . . . . No se aflija V. por alojamiento; yo soy hijo único de una viuda bastante rica, que tiene

una hermosa casa en este pueblo, perfectamente arreglada, desocupada enteramente y à la disposicion de su hijo querido, su humilde y querido servidor.

—Mil gracias, caballero, dijo una vieja abizcochada, que seguia despues de la muchacha.—Cree-mos que Tadea siempre tendrà un rincon en su casa para nosotros.

—En todo caso, dijo Pablo, yo acompañaré à Vdes. à casa de misia Tadea, y sino hay lugar, me permitiré forzar à vdes. à que acepten mi hospitalidad. Por lo demas no teman Vdes. incomodarme, porque yo me he propuesto venir todas las noches à dormir à Flores, y de mañana bien temprano irme à la ciudad.—Así seràn Vdes. dueñas absolutas de la casa, y prevendrè à mi madre que su visita puede ser importuna, y la buena señora no vendrà. Con que me dan Vdes. la palabra de aceptar, si misia Tadea no tiene lugar en su casa?

—Supuesto que no se incomoda el señor, mamá, dijo la niña . . . .

—Pero, hija, ¿y si la madre del señor quiere venir à pasar la fiebre?

—No, no tema V., señora, madre tiene otra quinta, por si le dà la gana de salir al campo . . . .

—Entonces, dijo la vieja, sino es un sacrificio y Tadea no puede recibirnos . . . .

—Aceptado, aceptado, dijo Pablo levantándose,

como si quisiese salirse por la ventana del wagon.

El tren llegó à tiempo. Da. Tadea no tuvo lugar en su casa para hospedar à sus parientes, y nos asegura Pablo, que tendria un disgusto mortal si los médicos declarasen que la fiebre reinante, no es la fiebre amarilla, pobladora apreciablesima de los alrededores de Buenos Aires.

MIGUEL CANE.



## CRONICA DE LA BIBLIOTECA.

### REVISTA GENERAL.

LA BATALLA DE LA VIDA—GUERRILLAS—LOS AUTORES—¡¡¡14 PATACONES!!!—LAS IMPRENTAS—LOS CAJISTAS—LOS ENCUADERNADORES—LOS REPARTIDORES—LOS CORRESPONSALES—LOS SUSCRITORES—IMPERTINENCIAS—CUENTA Y RAZON—PERDIDAS Y GANANCIAS—GASTOS DE IMPRENTA—ADMINISTRACION—CONDUCCION—FRANQUEO—COMISIONES—AVALANCHA Y STEEPLE CHASSE—LA VICTORIA Y LA DERROTA EN EL CAMPO DE LAS LETRAS—NUESTRO IDEAL—CORRESPONDENCIA ATREVIDA DE D. JOB CANTACLARO—RESPUESTA Y DUDAS DEL EDITOR.

### I.

Conversemos amigablemente, lectores míos, y procuremos sacudir el fastidio de que está impregnada la atmósfera hace días, según afirman los periodistas a fuer de inteligentes en la materia.

Hoy nos sentimos favorablemente dispuestos, y plácenos dar rienda suelta a la imaginación y a la pluma.

Contemplando *nuestra última obra*, la mejor de todas sin disputa, nos abandonamos a las efusiones del amor paternal.

Por desgracia, en el òrden físico como en el òrden moral, el primer acto del que nace, es un gemido ó un grito, como si de antemano protestase contra la vida. Gime el papel al sentir la presión de la màquina, como llora la criatura al herir su rostro la primer ráfaga de la nueva atmósfera que le rodea.

Esto nos prueba, amados leyentes, que hemos nacido para el dolor, para la lucha, para el sacrificio; y que nuestra vida empieza con un misterio, y se termina con otro mas insondable aun. No sabemos como entramos ni como salimos del mundo. Lo que hay antes ni despues . . . solo sabemos que estamos condenados à sostener una batalla eterna con los elementos, con las enfermedades, con nuestros semejantes, con nosotros mismos.

## II.

Esto también nos prueba, entre otras cosas, que al fin, *caros* lectores. lanzamos à la circulacion el cuarto tomo de la Biblioteca, no sin haber sostenido mas de una descomunal guerrilla con el autor para que hiciera terminar cuanto antes la copia del manuscrito de Esther, corrigiese pronto las pruebas, y satisfaciese la voracidad creciente de la imprenta; otras dos con D. Juan J. Soto, para que tuviese la galanteria de cedernos algunas resmas de papel de

la REFORMA (mediante catorce pesos fuertes cada una); favor inapreciable, sin el cual no hubiera podido salir à luz este tomo; tres ó cuatro con el impresor, para que apresurase la impresion, y no se declarase en este siglo de las luces, del vapor y de la electricidad, tan retrògrado y aparcerero de las tortugas, tan débil, por no decir culpable, en la perpetracion de las erratas, letras corridas y demas iniquidades, torturas y mutilaciones imprentiles ó inquisitoriales; horrores indignos de esta época de libertad y civilizacion, y que al verlos producen en la biliosa complexion de los autores el efecto que les produciria el embadurnamiento hecho con el cilindro ó rollo de dar tinta en las bellas facciones de un hijo idolatrado.

Es verdad que la letra de los escritores y escribientes, y sus correcciones, suelen correr parejas con los famosos geroglificos egipcios, y que la raza de los cajistas, generalmente hablando, no descende de Champollion, el célebre descifrador de charadas antediluvianas.

La masa cerebral y el òrgano del *sentido comun* parecen haberse atropifiado en la mayor parte de estos desgraciados con las deletéreas emanaciones del plomo que respiran desde la infancia. Son como criaturas educadas en la atmósfera del vicio: estan en pecado mortal y no lo conocen. Roban, ca-

lumnian, despedazan, asesinan, palabras, ideas y hasta párrafos enteros, y no hay código que les aplique la pena del talion; como por ejemplo, azuzarles un tigre cebado, ó acariciarles la parte donde termina el espinazo con un centenar de bendiciones de San Juan de Palermo por cada errata garrafal, estupenda, inaudita, megatérica!!! (1)

En cambio, apresurámonos à decir que el cajista inteligente es para el escritor lo que un buen actor para el poeta: dà nueva vida al pensamiento inerte, y lo saca à luz con el acierto de una hábil comadre al niño encerrado en el claustro materno.

### III.

Como la soga tras el caldero, y no diremos como el tajo al lado del verdugo, plagiando à Verazzi, cuántas veces, cuántas! ya se tratase de un folleto de 10 páginas, ya de un tomo de 300, no hemos andado de Herodes à Pilatos, como quien dice de casa del impresor à la del encuadernador! Sea este quien fuere, siempre son indispensables media docena de recados y quince ò veinte visitas en persona nada mas, para rogar al ciudadano artista en dobleces, costuras y recortes, émulo de Perico lijero, que doble, corte y cosa como Dios manda; tanto vale de-

---

(1) *Nota para los atudidos*—El megaterio es el cuadrúpedo mas grande que ha existido, segun los geólogos, antes del diluvio.

cir con prontitud, con limpieza, sin cambiar pliegos ni cometer otros anacronismos que ponen à una ruda prueba la magnanimidad del individuo mas pacato . . . .

La ley es demasiado severa, y hay quien afirma que si no temiese las represalias y el lamentable abuso que el hombre encolerizado hace de los mas sanos principios, sostendria *ex-cáthedra* que en ciertos casos el homicidio sin efusion de sangre, por estrangulacion ó acogotamiento, deberia permitirse como un legítimo desahogo, como una necesidad editorial, como el único medio de aplacar los males de los suscritores borrados ó furiosos, al recibir tarde y mal un libro que por sus cuatro costados peca gravemente contra todas las reglas del arte y el buen gusto.

#### IV.

Y los repartidores? . . . indudablemente el hombre no es perfecto; y los repartidores, no obstante que abrigan la pretension de ser la imágen del movimiento continuo, dejan mucho que desear à este respecto.

Los buenos, como en todas las cosas, son escasos; *avis rara!* Siempre tienen mas trabajo que el que pueden desempeñar con regularidad, de lo que resulta que à veces con el mejor deseo hacen el reparto con mucho retraso, dando márgen à que llue-

van quejas y reclamaciones à la Administracion.

En cuanto à los malos—lo dirémos con franqueza—eclipsan à las siete plagas de Egipto. Quebrantan todos los mandamientos; pero en particular el octavo y el décimo. A todo suscriptor que vive un poco lejos le levantan el falso testimonio de que se ha borrado; y à lo mejor, como son tan susceptibles, (desde que llega el fatal instante de aslojar la mosca agena,) ò presentan las cuentas del gran capitan, ò se incomodan, y desaparecen, aplazando el darlas en el valle de Josafat, el dia del juicio final.

Estamos en la creencia de que los abusos deben cortarse de raiz para que no retoñen, y sino supiésemos las dificultades que los intereses egoistas crean en la práctica à toda idea elevada y filantròpica, propondríamos una *razzia* general, como la que suele practicarse en el verano con menos razon y justicia, en los individuos de la estirpe canina. Tratóndose de vivientes dañinos, la ley no debe establecer preferencias odiosas: todos tienen igual derecho, sino à la macana y à la estrignina, al menos al extrañamiento en la frontera y al alcance de los indios. Cada oveja con su pareja.

## V.

Quedan los corresponsales, y por buenos que estos sean, dejamos al buen juicio del lector calcular las ventajas de mantener correspondencia, entre

buenos y malos, entre amigos y no amigos, con docientas personas à la vez; escribir y contestar à todos, reuniéndose á veces veinte y cinco ò treinta cartas en un dia; ser conciso, esplicito y urbano al mismo tiempo, sin herir ninguna suceptibilidad; insistir sobre la necesidad de establecer ciertos puntos capitales, sin los cuales es materialmente imposible llevar à cabo empresa alguna. Convencerlos de la conveniencia recíproca de ahorrar tiempo y trabajo, evitar repeticiones enfadosas, cartas y gastos inútiles, y sobre todo, de trazarse una regla general para en adelante.

Constándonos el buen deseo de todos en general, les recomendamos como la primera condicion del éxito la actividad, el orden y la exactitud en sus compromisos.

Empeñados en esta abrumante tarea, buscamos todos los medios de allanarles el camino.

Hé aquí lo que escribiamos á algunos de nuestros corresponsales y de los que mejor se han portado hasta ahora.

“No estraño lo que V. me dice de las dificultades que presenta la cobranza; pero es preciso obviarlas. Al suscriptor que no pague à la segunda ó tercera vez de haberle llevado el recibo, no se le envia el tomo siguiente hasta que abone el importe del anterior. Vd. comprenderà que necesitando man-

tener una vasta correspondencia con los pueblos del Estado de Buenos Aires, Confederacion Argentina, República Oriental y Paraguay, se hace cada dia mas necesario simplificar la contabilidad, ya de suyo complicada y fastidiosa, y tener una base segura de operaciones. Vd. se quedará sorprendido, cuando le diga que contando la Biblioteca mas de seiscientos suscriptores, estoy muy lejos todavia de cubrir gastos. En no pocos puntos está por cobrarse aun el tomo primero.

“El único medio que hay, el único eficaz para allanar las dificultades y poder hacer frente à los desembolsos inmediatos que demandan las ediciones mensuales, seria el franco y decidido apoyo de los corresponsales ò agentes. Conocido el número de suscriptores en cada localidad, y calculando la venta ó remesas realizables, ¿qué dificultad hay en anticipar el importe de la cantidad que representen, deducida la comision, al recibo de cada tomo de la Biblioteca? En el intervalo que transcurre de un mes al otro, puede fácilmente hacerse la cobranza, y avisar las bajas ó aumentos de suscriptores que haya, especificando los nombres de unos y otros. Vd. nada perderia, desde que yo quedo obligado à indemnizarle las pérdidas que sufra, y tendrá siempre en depósito diez ò quince tomos mas. Es de suponer que el aumento de suscriptores compense

las bajas, ò que las equilibre la venta de tomos parciales.”

## VI.

La mayor parte han contestado negativamente, alegando razones mas ò menos atendibles; otros están por contestar aun, pero siguen pidiendo nuevas remesas, que no les haremos hasta que uos pongamos de acuerdo, ò mas breve y mas claro, *hasta que paguen las que deben.*

Oportunamente hemos de publicar un balance general, dando à cada uno lo que le corresponde; pero consignemos desde ahora que solo tenemos motivos de gratitud para los escelentes correspondientes, que nos han servido con tanta inteligencia como actividad. No ha faltado entre ellos quien lleve su desinterés hasta no querer recibir comision alguna: en cambio les hemos ofrecido un ejemplar de la Biblioteca, mas como señal de aprecio que como retribucion. Tampoco han querido admitirlo.

Pasemos por alto los estravios que han sufrido algunas remesas; las càndidas pretensiones de algunos suscriptores que *en vista de las grandes utilidades que nos proporciona la Biblioteca*, se avanzan hasta escribirnos que estamos en el deber de reimprimir los tomos agotados, cuando ellos ni pensaban siquiera en suscribirse; la sal atica de tres ó cuatro necios (cuyos nombres merecerian fi-

gurar en letras de molde) que han devuelto el tomo con indirectas algo impertinentes, sin reflexionar que si se les hizo el honor de enviarseles, fué porque encontramos sus nombres en las listas, remitidas por las librerías ò por los agentes de la empresa. Por nuestra parte hemos llevado la delicadeza hasta el punto de no invitar, ni por escrito ni de palabra, aqui ni fuera de aqui, à ninguno de nuestros amigos personales, como pueden atestiguarlo los señores Màrmol, Acevedo, Palacios, Esteves, Lacasa, Fajardo y otros muchos, con quienes hemos tenido que disculparnos por haberlos considerado, no invitàndolos, de peor condicion que à los estraños é indiferentes.

Procediendo de este modo: ¿puede ninguno ser racional imaginarse que enviàsemos tomos à nadie, què no creyésemos realmente suscriptor?

## VII.

Ya que nos encontramos en este terreno y en el capítulo de las confidencias, plácenos decir cuatro palabras para que se comprenda una vez por todas, la clase de compromiso que nos hemos echado voluntariamente sobre los hombros y las utilidades que nos reporta,

Las aves ignobles, huyendo de la claridad del dia, se esconden en las entrañas de la tierra y solo al-

zan su rastrero vuelo en las tinieblas: las de aliento soberano buscan por instinto la luz y las alturas. En vez de temer y esquivar el sol, clavan con júbilo su audaz pupila en su disco centelleante.

Cada tomo que se publica nos cuesta 8,400 pesos pagados al terminarse la impresion. (1) . . . . . 8400

Los gastos de administracion, el arreglo de los paquetes para las remesas, la conduccion de estas hasta el lugar de su destino, el franqueo y porte de cartas (mensual) ascienden à tres mil pesos aproximadamente . . . . . 3000

La impresion de prospectos, circulares, recibos y carteles, importan en cada tomo trescientos pesos . . . . . 300

Pagamos aqui el diez por ciento por el reparto y cobranza: igual cantidad à los libreros sobre la venta; y el veinte en San Nicolas, Montevideo, Paraná y otros puntos, sobre el importe total de la suscripcion y de la venta.

En la Asuncion y en los pueblos de la costa argentina del Uruguay el quince.

---

(1) El primer arreglo que hicimos con el Sr. Casaballe fué de 7,000 ps. por tomo (en mano) y tirado à mil ejemplares, calculando el papel á ochenta pesos resma; pero desde el tomo segundo tuvimos ya que abonarle, segun convenio, el exceso del valor del papel, que por ahora no lleva trazas de bajar de precio.

En los de la campaña de Buenos Aires, el diez.

Alecionados por la experiencia, y firmemente resueltos à quemar primero nuestros libros que tenerlos que ceder mas tarde à un precio tan infimo que permita venderlos por cuenta de papel viejo, prescindimos de la ganancia eventual, y tomando por ùnica regla el número de suscriptores, solo imprimimos mil ejemplares.

Razones de alta política socialista, y cuya fórmula mas exacta seria la explotacion del hombre por el libro; razones de las que puede decirse con Carlos V. à los profanos: *con que yo las sepa basta*, nos han hecho sacrificar à la publicacion de cada tomo, una hecatombe de doscientos ejemplares marcados con una enorme G., cuyo producto líquido se traduce con una serie de—000000000000000000.

Pongamos solamente cien, ya que en adelante tratándose de obras que no nos pertenecen, no podremos recargar nuestra conciencia disponiendo arbitrariamente de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Y tanto mas estamos obligados à hacerlo asi, cuanto la cifra de los siniestros (léase tomos perdidos, impagos etc.) en los tiempos que corren, anda por un diez por ciento, lo que equivale à cien ejemplares por mil.

VIII.

Demos de barato que se realicen los ochocientos restantes, ó lo que viene à ser lo mismo, que nos entreguen su importe.

Ochocientos volùmenes à veinte y cinco pesos: son: pesos . . . . . 20000

Como à la fecha debemos tener setecientos suscriptores (y quizá mas) aumentemos quinientos pesos por la diferencia de cien tomos vendidos á treinta pesos. . . . . 500

Y ciento cincuenta por la comision gratuita de sesenta tomos al 10 p<sup>o</sup> . . . . . 150

La diferencia del cambio donde se paga en plata, si existe, es muy insignificante, y en último resultado redundará en perjuicio nuestro, desde que corriendo en las provincias la plata boliviana, se paga en esta ruin moneda que no vale en Buenos Aires mas que diez y ocho papeles el peso, sin tener à menudo en cuenta los que deben tenerla, que no son reales bolivianos, sino reales fuertes los que està obligado à pagar el suscriptor; y de paso abriremos aqui un paréntesis para advertir à quien corresponda, no por el peso sino por los ocho reales, que consentir este abuso seria autorizar un verdadero escàndalo republicano, un ataque à la religion del bolsillo, ó si se quiere à la propiedad, piedra angular del órden social en la Confederacion y en todas partes. La cons-

titucion, la ley en este caso está bien clara y terminante . . . en las portadas de los libros.

Déjense, pues, los Sres. suscritores y correspondientes de sofismas y paradojas subversivas, y no embromen, que en el Rio de la Plata no se encuentran *zonzos ni aun para remedio*.

### IX.

Perdónesenos esta lijera digresion, como nosotros perdonamos (por esta vez) à los transgresores, y continuemos nuestro cálculo matemático, para estímulo y solaz de la falange de cofrades que contaminados sin duda por nuestro ejemplo, hacen sudar las prensas en demanda de gloria, suponemos; porque si aspiran à algo mas sólido, no les arrendamos la ganancia en estos momentos de crisis metálica y papelifera.

Qué espantosa *avalancha* y vertiginoso *steeple chase*! . . . . Cómo no ha de andar el papel de imprimir (y el moneda) por las nubes?

Cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo, y librenos Dios de marchitar ilusiones en la flor de su inocencia. Tal vez los aludidos desean aprender como nosotros la numismática coleccionando medallas con el producto de su ingenio, y aunque el deseo es muy legitimo y loable, seria demasiado cruel decirles de sopeton que si no se realiza un milagro en su favor, corren el riesgo de morirse antes de

palpar el busto à las susodichas. Tan ariscas son y difíciles de atrapar!

Al espresarnos de este modo, repetimos que no queremos desalentar sino por el contrario mostrar las escabrosidades del camino à los que recien empiczan la reñida batalla de las letras, esa batalla que suele durar años entre el escritor y el público y que trae con la derrota el ridículo, la obscuridad y el desprecio; y con el triunfo, el amor de los pueblos, la consideracion y el respeto de los hombres, y tal vez la fortuna. Batalla que imprime en el alma del vencedor el noble orgullo de llevar la frente tan alta como el mas soberbio magnate; victoria que le asigna por despojos no solo la riqueza intelectual sino aun la material en todo el rigor de la palabra: porque donde quiera que vaya, donde quiera que se venera el talento y sea este una fuerza, el escritor digno de ese nombre, encuentra en la misteriosa alquimia de su cerebro el secreto de convertir en onzas de oro ó billetes de Banco una resma de papel. Bastale para eso una pluma y algunas horas de inspiracion!

Involutariamente nos hemos elevado hasta las nubes: bajemos à galope hasta la llanura ó quebrada de los descuentos.

X.

300 tomos al veinte por ciento de comi- sion ó venta sufren un descuento de ps. ....	1500
100 idem al quince .. .. .	375
340 idem al diez .. .. .	850
	<hr/>
Total de descuentos .. .. .	2725
Tendríamos pues de entradas en cada to- mo, si estas se hicieran con toda regularidad 20650	
Gastamos .. .. .	14425
	<hr/>
Producto liquido .. .. .	06225

Nuestra *colosal ganancia* suponiendo que la edición entera se realizase, se reduciría á seis ó siete mil pesos m. c. mensuales, poco mas ó menos; pero no se olvide que ponemos á disposicion de los autores la mitad del producto liquido de sus obras.

Se nos objetará que el dia que la Biblioteca haya afirmado su crédito, el dia que cuente en todas partes con activos é inteligentes corresponsales, triplicaremos la suscripcion, y por consiguiente la tirada, ganando mensualmente de 20 á 30,000 pesos.

Es muy cierto, y allá vamos, mas allá todavía, á un ideal que si se realiza nos habilitará á la vuelta de pocos años para hacer ediciones de diez mil ejemplares. Como? .... cuando? .... donde? .... Per

ahora, lectores míos, volvemos à repetiros con Carlos V: “*Con que yo lo sepa basta.*”

## XI

La perspectiva de la estatua ofrecida por Cané contribuye no poco à hacernos tomar desde luego una actitud régia digna de la magestad del bronce ó el mármol; pero dejando bromas à parte, quien dudará que si el que escribe estas líneas ú otro cualquiera, fuese tan afortunado que lograse resolver satisfactoriamente el arduo problema (en la América del Sud) de levantar la literatura nacional al rango de un poderoso agente de civilizacion y progreso, creando à la vez un nuevo ramo de industria y riqueza y un vasto teatro para las revelaciones de la inteligencia americana; quién dudará que por considerables que pudieran ser las utilidades reportadas por la empresa y los autores, que solo entonces tendrian una recompensa digna de sus vigilias, quién dudará que jamas el lucro estaria en proporcion con la nobleza del propósito, con el mérito de las dificultades vencidas, y con la grandeza de los fines? . . .

Hay servicios que no se pagan con dinero, ni es este, aunque grande y poderoso, el móvil principal que los impulsa: buscamos *honra y provecho*, es cierto; y si los alcanzamos, no serian mas que la justa remuneracion de un trabajo que representa ya

un capital de tiempo, de inteligencia y de *dinero*; pero no nos conocē personalmente quien no nos crea dispuestos à sacrificar el segundo à la primera, siempre que sea necesario, como—podemos decirlo en voz alta—lo hemos hecho mas de una vez.

Francamente, si no nos alentase un pensamiento grande y generoso, basado en el amor invencible à las letras que nos domina desde la niñez; si no hubiésemos estado convencidos que con fé y perseverancia se allanan los montes, jamas hubiesemos em̄prendido esta tarea, en que son condiciones indispensables para el éxito, la constancia del público, tan versatil en las obras de largo aliento; la actividad y buen desempeño de los agentes; la naturaleza misma del negocio, espuesto à mil contingencias desesperantes; la indolencia y el *desencanto* de los escritores, que, obligados con marcadas escepciones à ganar el pan cotidiano con el sudor de su frente, solo pueden ocuparse de literatura à ratos perdidos. Sòbrales buena voluntad; pero fáltales el tiempo material, la tranquilidad y expansion de ánimo necesarias. Su falta de cumplimiento desbarata las mejores combinaciones, y apremiarlos y hacerles cargos, equivale à romper lanzas. Finalmente, superados bien ò mal todos estos obstáculos, necesitase todavia una paciencia evangélica, sujeta à pruebas diarias, de las que tal vez no saldria victorioso un monje de la Trappa!

## XII.

La perseverancia es el genio, dice un axioma vulgar, queriendo manifestar así el triunfo definitivo en el tiempo y en el espacio, de la idea que jamás vacila ni retrocede, porque se conoce á sí propia, sabe á donde va y á lo que aspira, y por eso permanece firme á todos los embates y resistencias que encuentra en su camino. Podrá acaso retardarse su cumplimiento; pero en el día y en la hora marcada por el Altísimo, ella ha de convertirse en magnífica realidad.

Bien considerado todo, individualmente ni como escritores ni como editores, tenemos derecho para quejarnos. Sabiamos de antemano lo que nos esperaba, y las contrariedades que sufrimos nos crisan los nervios, porque estamos mal acostumbrados. A veces olvidamos que un abismo de dos mil leguas nos separa del viejo mundo.

Pero no estamos en Paris ni en Madrid, sino en Buenos Aires, y no es poco lo que se ha conseguido en tan breve tiempo, para quien conozca las condiciones literarias de estos paises: para quien se fije en que son contados los libros que se publican entre nosotros sin subvenciones oficiales. ó sin sacrificios pecuniarios por parte del autor.

No es poca satisfaccion poder decir que *apesar de*

*todo, la Biblioteca Americana tiene ya vida propia, y que su éxito futuro, su lógico y espléndido desarrollo dependen únicamente del proceder de nuestros corresponsales. “That is the question:” esa es la cuestión, ese el tremendo to be or no be de Shakspeare, ò hablando en latin para mayor claridad: “Rebus in adversis facile est contemnere vitam: Fortiter ille facit qui miser esse potest.”*

Lo que traducido libremente significa:

Cuando barranca abajo

Las suscripciones van ¿quién no las deja?

El hacerlas subir . . . . hé ahí el trabajo!

O como cantan los arrieros allà en Castilla:

Para las cuestas arriba

Quiero mi mulo,

Que las cuestas abajo

Yo me las subo.

### XIII.

Cerraremos esta revista general con la última y atrevida carta que nos ha escrito el Sr. D. Job Cautaclaro. Este Sr. justifica demasiado su apellido, y esta vez nos parece mas procaz é insolente que de costumbre. La primera parte de su misiva es atroz, y no puede publicarse: en cuanto à la segunda, aunque el autor nos pone como ropa de pascua, le otorgamos cabida en nuestros editoriales, únicamente para dar una prueba mas de nuestro respeto

à las opiniones ajenas y à la libre emision del pensamiento. Dice asi:

Sierra de Mahoma, Noviembre 3 de 1858.

Muy Sr. mio:

.....

Rechazo con toda la fuerza de mi gznate la suposicion perversa y solapada de que me espreso con tanta acrimonia porque mis libros no se leen, lo que equivale à decir ¡oh rabia! que no se venden.

Sino conociera el flaco de Vd. que es la vanidad literaria, creeria que tomaba Vd. por regla de criterio para juzgar à sus cólegas el conocido adagio: *¿Quién es tu enemigo? . . . el de tu oficio.* No se trata aqui de una miserable cuestion de *boutique*; no, Sr. editor! no es cuestion de plata (que en Buenos Aires es un mito) sino de moneda corriente, lo que es muy diverso. Sepa Vd. Sr. Cervato, que en estas tierras hay mas compradores forzosos que lectores voluntarios, y sentada esta base, sepa Vd. si lo ignora, que el progreso editorial, el verdadero progreso, el único honesto y fecundo, no se mide por el número de suscriptores, sino por la utilidad que dejan. Se imagina Vd. cándido utopista, cabeza rellena de metáforas y desatinos rítmicos, insigne sofista y visionario à quien la Residencia reclama à gritos; se imagina Vd. que estas empresas se llévan

à feliz término solo con hermosas frases é hipótesis tan audaces como inadmisibles, atendida la radical imperfeccion humana y los bueyes con que tiene Vd. que arar? ¿De donde ha sacado Vd., economista de à real y medio, que en el comercio de libros dos y dos son cuatro, y oro todo lo que reluce? . . Ya hablaremos: tiempo al tiempo: otra cosa es con guitarra!

Argumentos sólidos, de *peso*, son los que inclinan la balanza: sin ellos, todo lo demas *con papeles y sin papeles*, con manuscritos interesantes ó con rapsodias abominables, es música celestial, variaciones de marimba y unatraca, en vez de un concierto à grande orquesta: pañativos y paños calientes que prolongan la vida del enfermo algunos dias; pero que no le arrancan de las garras de la muerte.

En justa represalia, yo deberia ahora anunciar una obra mia y *proclamar* hipócritamente á los suscriptores de Vd. para que se borrasen; pero no lo haré, considerando que en el pecado lleva la penitencia, habiéndose Vd. entregado en cuerpo y alma à esa hidra de mil cabezas que se llama público; à las uñas de nuestros impresores que acabarán de dejarle calvo; al humor atrabiliario de la estirpe de pluma (no se imagine Vd. que me refiero à las gaviotas, tan feas como chillonas) sino à las àguilas ó gavilanes que tienen que ahuyentar à las musas, esas

jóvenes hechiceras y poéticas, para abrazarse ¡infelices! con las viejas Pandectas ú otro cualquier prosaico instrumento de *pane lucrando*: escelentes muchachos ó viejos, muy campechanos, muy locuaces, muy liberales en eso de prometer, pero mas rehacios y pesados que niña bonita para cumplir, etc. etc.

Con su pan se lo coman, Vd. yellos, y le daré una prueba mas de altura y abuegacion, aconsejando à sus lectores, *paganos* ò judios, que siempre que se les proporcione ocasion plausible levanten à los cuernos de la luna la idea y las obras de la Biblioteca; que obliguen à sus amigos á que se suscriban *por la razon ó la fuerza*; pero que no presten ningun tomo á nadie, sea quien fuere, bajo pena, si es hombre, de suspension vitalicia de todos los derechos polítics y civíles, quedando *ipso facto* fuera de la ley; y si es mujer, de reclusion perpétua.

Les inculcaré en obsequio de Vd. que las obligaciones de un buen suscritor no se limitan à pagar con la exactitud de un cronómetro, à recibir con resignacion estoica, y à leer con religioso recogimiento cuanto le den. Eso lo hace cualquier buen patriota amante de las glorias nacionales. Hay algo mas dificil y meritorio que conviene tener presente.

Una ley moral que el hombre (y la mujer) no pueden quebrantar sin faltar á su destino, les impone durante su corto tránsito por el mundo, la accion.

el combate, el concurso de su individualidad para el triunfo de todo lo que crean racional y justo. Por consiguiente, ningun afiliado ó afiliada en las listas de la Biblioteca, debe entregarse al reposo sin haber llenado antes el sublime precepto de un gran filósofo griego, y preguntarse antes de cerrar los ojos: *que accion útil á mis semejantes he practicado hoy? . . . .* y si aquel dia ha proporcionado cierto número de suscritores à la Biblioteca, por ejemplo, su conciencia puede estar tranquila y dormir à pierna suelta *el sueño de la vida.*

Para alcanzar este resultado es preciso gastar mucha saliva, lo que aligera los pulmones, y prescindiendo de que las dotes oratorias se desarrollan ejercitándolas, y que todos los buenos ciudadanos deben soportar por igual las *cargas* sociales, aunque bufen, es notorio que la union constituye la fuerza y que no habrá paz en estos paises si una vez por todas no fraternizamos todos con las *buenas ideas.*

En fin, si como asienta uno que lo entiende, porque habla *pro domo sua*, la gloria literaria es la inmortalidad del alma de los pueblos; esa gloria bien vale la pena de promover una cruzada para infundir la luz à librazos,—proyectiles mas formidables y certeros que las lanzas y las bolas,—á los sarracenos del mundo de Colon.

El batallon sagrado de la inteligencia se encarga-

ria de administrarles el agua purificadora del bautismo, y las legiones de suscritores entonarían el *hosanna* ó el *de profundis*, à medida que ganasen un hermano, ó contasen un enemigo menos.

Adelante, pues, jóvenes y provecos guerreros, y ojalà pueda la generacion que os suceda, como dice poéticamente el Redactor de *El Nacional*, ceñir la corona de la gloria literaria en la frente radiante de la libertad del Plata!

Yo que solo he cosechado ingratitud, miseria y desengaños, me retiro como Aquiles à mi tienda, ò hablando con mas propiedad, à mi rancho en la sierra de Mahoma.

Esto es cuanto tiene que contestar por hoy à sus torpes y malévolas insinuaciones—Su *jorobado* ex-amigo

*Job Cantaclaro.*

#### XIV.

Pocas palabras contestaremos à este Sr. que escribiendo desde la Sierra de Mahoma abusa evidentemente de la circunstancia de hallarse entre moriscos para atacarnos à mausalva, y descolgarse con las mas absurdas y descabelladas ideas.

Al buey por el asta y al hombre por la palabra. Le conocemos, y no nos alucinan sus protestas.—Bajo la capa del oficioso amigo, vislumbramos al

traidor Cartáginés; bajo la piel del cordero vemos al lobo que asoma las uñas.

*Denunciamos el proceder del Señor Cantaclaro.*

Está furioso con nosotros, y todo porque? . . . Lo diremos con franqueza, le arrancaremos la máscara para que no seduzca á los incautos. Obra así, porque conociendo su carácter bilioso-sulfúrico-rabioso no quisimos darle el gusto de que figurase su nombre entre el de los colaboradores de la Biblioteca.

Temiámos sus avances, y esperábamos de este modo vernos libres de compromisos.

Nos equivocamos: nuestro Aristarco pertenece al número de esos hombres tan malos para amigos como para enemigos. Con ellos en paz ó en guerra, siempre está uno espuesto á que lo ultimen por la espalda.

No por miedo, sino por quitarle hasta el pretexto de soñados agravios, haremos un sacrificio en obsequio á la paz que debe reinar entre hermanos de causa.

Bastantes enemigos gratuitos tiene cada hijo de vecino para querer aumentar el catálogo con escorpiones de aguijon tan venenoso como el de D. Job. Mándenos su libro titulado: *Miel y acibar ó meditaciones de un jorobado*, y se lo publicaremos.

*A l'œuvre on connaît l'artisan*, obrãs sou amores. Vale mas la accion que la murmuracion; poner el hombro, que desmoronar el trabajo ageno.

Ahora se desata en improprios y extravagancias, confundiendo las nociones mas sencillas, y avanzandose sin que nadie ni nada le autorizen para tanto, á querer imponer à nuestros suscriptores molestias escusadas y consejos irritantes, inspirados indudablemente por el despecho ó la envidia. Miserable desahogo del amor propio hérido y del hambre canina de quien jamàs, apesar de su indisputable talento, logrò reunir media docena de suscriptores!

Nosotros respetamos demasiado el libre albedrio para aceptar de plano tales consejos, y querer penetrar en el hogar doméstico y hasta en el santuario de la conciencia. Preste ó dé cada uno sus libros ¿que nos importa? (si los ha pagado).

El excesivo rigor de las penas subleva los sentimientos de la humanidad y las hace caer en desuso. Son ademas impias é inmorales: por eso rechazamos enérgicamente las que propone D. Job, con el perverso designio de esparcir el terror y atraernos la odiosidad de nuestros suscriptores. Basta de tiranias, de sable ó de pluma.

En lo que atañe al nocturno exámen de conciencia y á la pretension desmedida de que dichos suscriptores hablen à sus amigos, y los matriculen :

voluntariamente, si se prestan à ello; asestàndoles un trabuco al pecho, sino quieren; lo mas que podemos hacer (y no es poco) para no pasar por intolerantes y desagradecidos, es dejar su cumplimiento à la voluntad de cada uno. Por nuestra parte nos lavamos las manos, y el que la haga que la pague.

Sin embargo, del enemigo el consejo, dice el refran, y los refranes son hijos de la experiencia, madre de la ciencia. Talvez no sean tan desacertadas las indicaciones de D. Job. Saber dudar es el principio de la sabiduria, segun Volney. Resuelvan este litis nuestros suscriptores si gustan, y aunque el resultado dé la razon á nuestro adversario, nos resignaremos é inclinaremos la frente ante los hechos consumados, ante la fuerza de la verdad, ò el *peso* de los argumentos como el escribe.

Acatando el voto de la mayoria, ley suprema en las democracias, y partidarios de la union y concordia, estén seguros que no cometeremos la groseria de rechazar los nuevos suscriptores que nos envien. Creemos que no se puede ni debe exigirse mas de un hombre que ha profesado siempre el mayor respeto à las bellas teorias de fraternidad universal: ojo al Cristo que es de plata: entre bobos anda el juego: el que no corre vuela.

Buenos Aires, Noviembre—1858.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Pasemos ahora à transcribir los juicios críticos, cartas y artículos relativos à la Biblioteca, sin olvidar por supuesto las listas de suscritores, que si carecen de interes literario, lo tienen grande, nmenso, como dato estadístico y editorial. El lenguaje de los números es tiránico, pero elocuente como ninguno—no admite réplica ni controversia. Creer ó reventar: la elección es libre.

---

### La novela en papel sellado.

Tous les germes sont bons, hors  
ceux qui manquent.

Ya caduco bajo el peso de los abusos, de los privilegios sin pretesto, y de los monopolios sin compensacion, el siglo XVIII, se reclinaba hácia las vorágines en cuyo fondo confusos aun, pero siniestros empezaban á hervir los elementos de la renovacion revolucionaria.

La filosofia de Voltaire jugando con todo, hasta con lo mas sagrado, *la verdad*, habia derribado las bases del altar, haciendo caer de las alturas del púlpito para clavarla en el banquillo del ridículo toda doctrina religiosa. Las clases medianas aspiraban con todos sus pulmones las brisas lejanas de la libertad, y con la vista y el oido tendidos hácia el por-

venir, no sentian detras de sí, la marea furiosa de las muchedumbres hambrientas que subia, subia siempre para llegar tambien al nivel de los goces materiales y de la independendencia moral.

Entretanto los grandes de la tierra, mas soberbios é imperiosos que los Idolos de que habla el rey Psalmista se sonreian, aplaudiendo con ambas manos à la filosofia destrozadora y alimentando con sus riquezas la vida material de los satíricos.

En aquel momento, es decir, cerca del año 1775, apareció el hombre preciso del punto en que se hallaba la obra de destruccion: apareció Beaumarchais.

El no cayó en la vulgaridad de cebarse en las entrañas del dogma yacente en el suelo en medio de las carcajadas diabólicas, él no cometió la pobreza de tirar una piedra mas contra las magestades titubeantes de la diadema, pero, atacó frente á frente una Diosa aún subsistente, la justicia, arrancòle el velo hipócrita con que bajo el pretesto de imparcialidad disfrazaba los ojos para mejor sonreir à la riqueza y al privilegio, y haciendo pedazos el *peplum* antiguo que abrigaba su pretendida virginidad, la abandonó dejándola como una pros'ituta vulgar à la risa impúdica de los transeuntes.

Para llegar à ese resultado fatal, inmenso, Beau-

marchais inventó una clase de literatura que llamaremos la *Novela en papel sellado*.

Hace tiempo que el político tenia negocios entablados con la señora Temis y no podia conseguir unas *denegaciones de justicia* envueltas con las fórmulas legales. Hizo reventar la fórmula y sobre salir la iniquidad, hizo correr el telon sobre la comedia del *Palacio*, las intrigas de bastidores y del último fondo de ese mundo aparte, siguió al magistrado hasta en su intimidad, le despojó de la peluca de tres martillos, penetró hasta en la alcoba conyugal, hizo patentes las intrigas, las complacencias, las bajezas de uno y otro esposo, descubrió las visitas de la parte interesada, las maniobras, los regalos, en una palabra toda la tramitacion de la corruptela judicial.

El parlamento consiguió una carta cerrada para el Sr. Gobernador de la Bastilla, es decir una sepultura provisoria de Beaumarchais, pero las ideas caminaban; cortesanas, mugeres honestas, camareras y duquesas suplicaron é intervinieron à favor de Beaumarchais que salió, teniendo en la mano su máquina de guerra mas amenazadora.

*El casamiento de Figaro*, y hasta el viejo ministro de la vieja Monarquia el conde de Maurepas fué seducido, y se representó el casamiento de Figaro y

fué la justicia abofeteada en las tablas, en medio de aplausos universales.

La novela en papel sellado no podia perderse ni se ha perdido; vivirá hasta el juicio final al lado de los abusos, asi como vive el remordimiento al lado del criminal.

Los jurinconsultos franceses mas eminentes, la esplotan bajo la forma de memorias que llaman *extra-judiciales* y que son en realidad novelas tan picantes como escandalosas.

Varias veces, el príncipe actual del foro frances Mr. Berryer la hizo intervenir, en medio de sus defensas orales y el célebre Chaix d'Estange la usa como el elemento indispensable en todas esas causas de divorcio (*separation de corps*) que son el dominio esclusivo de sus facultades.

Eugenio Sué en el *Judio Errante*, contando una espoliacion célebre bajo el velo de las desgracias de la familia *Renepont*, y en fin entre nosotros el doctor Cané, hace algunos dias en la "Tribuna" ha restituido toda la forma novelesca, sin sacarle nada de su interés punzante à la novela en papel sellado.

Pero esas hojas de D. M. Cané no han sido sino un ensayo, y sabemos que tiene pronta ya otra produccion del mismo género, mas dramática aun, mas sarcástica y mas implacable.

Esa novela va à salir un dia de estos y tendrá her-

manas y hermanos menores. Cuidado con las conciencias recargadas que van à soportar el juicio de la opinion pública, el mas imparcial y el mas tremendo despues del juicio de Dios.

Bossuet decia à los reyes: *Erudimini qui judicatis terram*. La eleccion puede ser aprovechada aun en una democràcia. (Tribuna.)

Montevideo 31 de Julio de 1854.

Mi querido Cané:—Fui hoy à verlo y habia salido Vd. à caballo. Le llevaba su manuscrito. Lo he leído y releído mas con el ánimo de encontrar algo que criticarle, que con el de alabarlo; porque entiendo que à los amigos se les debe decir la verdad entera. Puedo asegurarle à Vd. con la mas leal verdad que he encontrado trozos bellisimos de estilo en medio de una diction constantemente limpia y animada. Es un escrito ese que va à ser leído con placer por la multitud de lectores. En cuanto à la filosofia que él encierra no puedo decirle que sea de mi gusto; es como la de Werter y Jacobo Dortis, hija de una alma enferma y desfallecida (que no es la de Vd.) que ha cerrado sus puertas à las risueñas esperanzas del porvenir, despues de ver que se le deshoja la última flor que le quedaba sobre la tierra. ¿Pero, cree Vd. que esta es la inspiracion que debe alimentar el alma de un argentino? . . . Yo le hubiera pedido à Vd. mas virilidad en los fines, mas

poder para poner su pié sobre las contrariedades del destino, mas jovialidad en las miradas que dà al mundo, menos despecho en sus enojos con la sociedad y el hombre. Las grandes ràbias no me parece que cuadran bien sino à los grandes pueblos, que aplastan con su enorme mole las partículas de que se compone su pedestal. Miremos de veras à nuestro alrededor, y verá Vd. que todas nuestras pasiones son chicas como todos nuestros intereses. Goethe, Foscolo y Byron son y seràn para siempre europeos.

Otra cosa que no me agrada en la filosofia de ese corto escrito (que la tiene en gran cantidad) es la carcoma con que se muestra roida la institucion del matrimonio. Vd. sabe que entre nosotros el matrimonio està espuesto à todos los embates del sentimiento primo y de la liviandad. Pero no lo creo atacado por el lado de la saciedad de las ideas, ni por el temple intelectual de la muger. Me dirà V. que su heroina es inglesa; y esta es una verdadera respuesta, concluyente. Pero yo le observaria que la lectura de su trabajo es exclusivamente porteña; y que nuestras mugeres aman de otro modo y pecan de otro modo tambien.

Lo que es precioso en su manuscrito es la revista de las bellas obras del arte italiano. Hay tanta viveza en sus evocaciones que à todo lector le parece-

rà lo que à mí—haber sido su compañero en esos paseos. El estilo con que Vd. habla de todo eso se convierte en rasgos de buril; me parece que viera su pluma tocando el mármol de las estàtuas y los hombres de la historia florentina; y le digo à Vd., con la mano en el corazon—que si toda esa gentileza de ejecucion la hubiese Vd. empleado sobre un fondo menos sepulcral, mas potente de vida y de porvenir; si no viera yo al lado de Vd. à ese niño de cinco años amenazado de perder la estimacion de su madre; si no viera un acto de valor y de abnegacion ser origen de la ruina moral de una familia, no tendria que decirle à Vd. que su libro deja una impresion disgustante, porque no puede uno depositar todo su cariño sobre ninguno de los personajes que lo constituyen.

Ahora bien: ¿porqué no hacer de su Esther una muchacha soltera de las que puedan dar toda su pasion y su inocencia por un momento, sin cerrarse el porvenir, ni tener que ir à la tumba? El marido se convertiria en un padre, con todos sus defectos; el niño en un hermano; el salvador en un querido franco, que cede à la pasion pasajera de un viage; y asi—vuelto este à su verde *Plata*—tendria el plaçer de recibir una carta de Lady W., diciéndole que sus lecciones la habian hecho amar el Arte, la Italia y el Plata, tendria Vd. un recuerdo de amor, y no el re-

cuerto de una tumba, y q' habia un jòven y una familia en Inglaterra que pensarian siempre en él. Su libro ganaria (me parece) en frescura y belleza, todo lo que ganaria en inocencia y en moralidad: seria mas americano, mas desprendido de esas emanaciones satánicas que formaban la atmòsfera de Byron y de Fòscolo, y que como Vd. sabe, parecen el silvido de las parcas ahullando sobre los sepulcros: un dolor que no està todavia en nuestras tradiciones.

Esta es, mi querido amigo, la espresion frauca de mi parecer.

Le acompaño ese cuadernito, que le ruego que lea, para que corrija las palabras relativas à mi padre. Va tambien una foja de notas.—Suyo siempre:

V. F. Lopez.

---

*Al Sr. Dr. D. Vicente F. Lopez.*

Mi querido: .

Probablemente habria Vd. conseguido que yo hiciese de mi *Esther*, otra cosa que no era ella, mas perfecta, mas moral, mas risueña sin duda; pero otra cosa que no era ella. Para los que no aceptan la biografia como parte de la historia, para los que no quieren ver en los episódios de la vida individual sinò destellos que nacen y mueren como la lágrima que se esconde à los ojos del indiferente, la *Esther* será una criatura de un espíritu dominado y enfermo; para mi es un episòdio histórico rigoro-

mente verídico de la vida del hombre que figura en ella.

De cierto que seria mas dulce recordar à la mujer inglesa repitiendo en su vida las confidencias sobre el arte italiano que recibì de Eujenio, que la tumba que habla al corazon de un afecto estinguido; de cierto que me habria gustado mas santificar al matrimonio que atacarlo, porque yo soy casado y amo la lójica en todo; pero el matrimonio de Esther, como todos los matrimonios de la aristocràcia europea, no son nuestro tipo ni pueden serlo, porque al afecto del corazon se anteponen los intereses de la fortuna: el capital y el rédito figuran en el lugar en que hacen su papel nuestros suspiros y nuestras lágrimas, y los que han llorado y sufrido tanto en este mundo tienen el derecho, me parece, de lanzar su protesta al menos una vez en la vida, contra ese egoismo social que pugna con el egoismo del verdadero amor.

La Esther es el momento de una vida escepcional, si Vd. quiere, pero verídico, palpitante . . . Eugenio encontró esa mujer en el mundo como el esclavo del Brasil halla un brillante de precio, perdido en las arenas, y la tomó à fuerza de magnetismo y afecto verdadero; ella, tenia un marido y un hijo tales cuales yo les he retratado y no queriendo desfigurar la verdad, sagrada y querida à mis recuerdos

de amigo, dije sencillamente lo que sucedió, no para los otros sino para mi.—Ahora la Esther es una sombra, que desapareció para siempre, y cuya reaparicion en el mundo no causará lágrimas ni sonrojos á nadie.

Acéptela Vd. pues, mi querido, con todas sus imperfecciones y con todas las bellezas que Vd. se ha dignado encontrarle.

Buenos Aires, Noviembre de 1858.

*Miguel Cané.*

---

## LISTAS DE SUSCRICION.

Suma del anterior volúmen.....	440
Suprimidos por varias causas.....	18
<hr/>	
Quedan .....	422
Añadiendo ahora DOSCIENTOS CINCUENTA Y DOS nuevos suscritores que hemos tenido de aumento del tercero al cuarto tomo, dan un total de.....	674

Como puede comprobarlo el curioso lector tomándose la pena de ejercitarse en la aritmética, contando las siguientes listas de

## NUEVOS SUSCRITORES.

### PARAGUAY.

*Asuncion*—Sres. D. Andres Velazquez—Antonio Nin Reyes — Antonio Bambergcr—Adolfo Soler—Bartolomé Quintanilla— Benigno Barrena—Cárlos Saguier—Domingo Parodi—Dionisio Lirio—Estevan Chassaing—Felipe Pairó—Francisco Solano Le-

pez (General)—Ignacio Ruiz—Ildefonso Bermejo—Juan Francisco Decoud—José T. Ramirez—José M. Gonzalez—José M. Ladines—José Alberto Calcena—Juan A. Galarraga—Leon Spalding—Luis Vallet—Pascual Lavie—Santiago Canitall—Sinfiorino Alcega.

#### REPUBLICA ORIENTAL.

*Paisandú*—Sres. D. José Mundell—Martin Reinoso.

*Mercedes*—Sres. D. Ambrosio Agustini—Bernardino Echeverria—Cárlos Trápani—Cárlos Granmont—David Antonio Silveira—Emilio Albin—Fermina Alzaga—Federico Dorrey—Francisco Albin—Francisco Haedo—José M. Molina—Joaquin T. Egaña—Juan M. Braga—Juan B. Fernandez Braga—Juan Warren—Manuel Sandalio Roselló—Manuel Chopitea—Sociedad Constanca.

#### CONFEDERACION ARGENTINA.

*Paraná*—Sres. D. Avelino Suarez—Cayetano Rodriguez—Juan Moreno (Intendente de Policia)—Pedro Hondarrague—Secretaria del Senado.

*Guaileguay*—Sres. D. Clemente Basabilbaso (Comandante militar)—Doroteo Torrea—Jacinto Calderon—Julian Lopez—José Maria Aleman—Juan J. Rocha—Luis Lopez—Manuel Dussol—Manuel Berdín—Nemesio Patino—Rafael Zaballa—Salustiano Moreya—Salustiano Calderon—Vicente Urquia.

*Nogoyá*.—Señores D. Elias Martinez—Evaristo Martinez (Coronel)—Feliciano Vivanco—Francisco Salas—Juan Bautista Quadri—Juan Lopez de Osornio—Meliton Martinez—Manuel Navarro (Gefe político)—Manuel Reguera—Ramon Arigós—Seferino Miño.

*Tala*—Señores D. Antonio Maseiva—Agustin Martinez—Bartolo Guerra—Juan Castro (Comandante militar)—Rosario Albornos.

*Concepcion del Uruguay*—Señores Dr. D. Alberto Larro-

que—Anastasio Cardasi—Enrique Victorica—Fernando Martinez—Federico Ibayguren—Ignacio Barañao—José de Urquiza—Juan Coronado—José Montero—José R. Baltoré—Martin R. Moreno—Mariano Troncoso—Nicolas M. Fontes (Teniente Coronel)—Dr. Patricio Rocca—Pascual Calvento—Pedro M. Gonzalez—Restituto Fernandez—Vicente Montero.

*Concordia*—Señores D. Bernardo Ramirez (Vista)—Benjamin Gadea—José Maria Otana—José Carlevaz—Mariano R. Querencio (Administrador)—Mateo Bautista Iglesias—P. Catto. (1)

## ESTADO DE BUENOS AIRES.

*Capital*—Srs. D. Alejandro Muratore—Bernardo Whiman—Dr. Carlos Eguia—Cipriano Lopez Quezada—Catalina Demarchi—Colejio del Liceo del Plata—Daniel Posse—Emilio Cabral—Dr. Francisco Elizalde—Enrique Solanet—Guillermo Matti—Juliana Gauna—J. Tomas Guido—Julio Loyoza—José Letamendi—Manuel Gomez—Máximo Mármol—Manuel Medrano—Pedro Lacasa—Pedro Berne—Santiago Perez Millan—Ventura Fernandez—Sebastian Casares.

*Azul*—Sres. D. Adolfo Reyes—Alejandro Brid—Calixto Olmedo—Francisco Eliseo—Ignacio Rivas—Juan Maria Lavie—José Viton—Juan Lartigo—Leonardo Brid—Manuel Amesa—Pedro Loustean—Pedro Salaberry—Pablo Muñoz—Pedro Serantes—Santiago Borda—Severo Alvarez.

*Dolores*—Sres. D. Domingo Aleman—Luis Ardit—José Aguirre.

---

(1) Hay que añadir á la lista de la Confederacion veinte y ocho suscriptores de Córdoba y diez de Gualaguaychú, segun carta de los Sres. D. Juan Piñero y D. Eleuterio Grané, que han olvidado remitirnos sus nombres. Irán en el próximo tomo.

*Pergamino*—Sres. D. Domingo José Silva—Juan Trie—Prudencio Saenz.

*Lobos*—Sres. D. Adolfo Rojas—Enrique Ordoñez—Félix Araux—José Maria Velarde—Julio Tiola—Jose Gonheo—Lorenzo Varela—Mariano Atucha—Marcos Noguera—Santos Casaballe.

*Navarro*—Sres. D. Francisco Cabrera—José Salgado—Manuel Cevantes.

*San José de Flores*—Dr. D. Manuel Soriano.

*San Fernando*—Sres. D. Daniel Cruz—Fernando Barros—Ignacio F. Peralta Martinez—Saturnino Duarte (hijo.)

*Rojas*—Sres. D. Antonio Linera Melian—Ataliba Roca—Benjamin Calvete—Bernabé Bojorge—Francisco Roca—José Luis Elordi—José Miguel Arredondo—José Gonzalez—José Maria Lapuente—Nicolas Vedia—Zacarias Fretes.

*Cañuelas*—Sres. D. Justo Fuentes—Pedro Urrutia.

*Villa de Mercedes*—Dr. D. Domingo Matheu.

*San Andres de Giles*—Sres. D. Guillermo Andrade—José Piqueto—Pedro del Sar—Pedro Conza.

*Ranchos*—Sres. Secretario de la Munic.—Andres Serrano (Presbítero)—Bautista Arabehty—Emilio V. Villanueva—Francisco Villafañe—Isac Giles—Indalecio Flores (Juez de Paz)—Jesus Campero—Justo Villanueva—Pastor Villanueva.

*San Nicolas de los Arroyos*—Sres. Dr. D. José G. Garcia de Zúñiga—José Tomas de la Torre—Ramon Aragon.

*Bragado*—Sra. Da. Dominga Villoldo de Diaz.

*Salto Argentino*—Sres. D. Eulogio Payam—Francisco de Orube—José Amesaga—Marcelino Diaz Herrera—Manuel Montes y Marull—Virgilio Mugica—Wenceslao Henestrosa.

*Fortin de Areco*—Sres. D. Domingo Olivera—José Maria Rodriguez—José Manuel de Olano—Santiago Dowling.

*Exaltacion de la Cruz*—Sra. Da. Juana Barreyro de Mey-

relles (Preceptora)—Sres. D. José S. Sosa (Juez de Paz)—Leon Bordon—Juan Cullen (Presbítero)—Marcelino Ordo—Nicanor Faure—Pedro Yuma—Dr. Ramon Arca.

---

Como una ligera muestra de los errores que se deslizan en la composición, rectificaremos algunos de la última lista de suscritores.

Los cajistas, los escribientes ó los correctores de pruebas, (porque à todos se les puede acollarar y à menudo es muy difícil por no decir imposible averiguar quien tiene la culpa) suprimieron de *motu proprio* el título de Dr. al Sr. D. Alejandro Heredia, y el título y el apelativo al Sr. D. Alejo Gonzalez: en cambio se lo regalaron *gratis et amore* à una apreciable señora porteña, que se distingue por su instrucción, por su ingenio y ameno trato; igual liberalidad tuvieron con el Sr. D. Alvaro Barros, Prefecto de San Nicolas; pero se mostraron tan avaros como olvidadizos no queriendo decir q' D. Honorio Guilbeant, residente en Dolores, se había suscripto por cuatro ejemplares, y D. Manuel Castro (en el mismo punto) por dos. Pusieron D. José Ferreira en vez de Torreira; D. Nicolas Muñoz, en vez de Muiños; D. Augusto Shaws, en vez de Shang; D. Manuel Ferreira de nuevo, en lugar de Cervera; en fin, sería cosa de nunca acabar. Ya hemos dicho y volvemos à repetir que los individuos, cuyos nombres falten ó estén equivocados, se sirvan avisar, si quieren, en el punto donde se hayan suscripto, y oportunamente se salvará la omisión ó el error en las listas sucesivas.

---

## OPINIONES DE LA PRENSA.

La abundancia de materiales, nos obligó à suprimir en nuestra crónica anterior, entre otros artículos, el siguiente publicado en el NACIONAL ARGENTINO del 12 de Octubre.

### Horas de melancolía.

*Poesías de D. A. Magariños Cervantes.*

Como nuestros lectores conocen ya bajo que condiciones pueden suscribirse à la biblioteca de cuya

compilacion se ha encargado el distinguido escritor D. Alejandro Magariños Cervantes, nos ocuparemos hoy de un tomo de poesias suyas, que forma el segundo de la coleccion, perteneciente à dicha Biblioteca.

Seca nuestra alma por la polftica—durante algunos dias,—las *Horas de Melancolía*, han sido para ella lo que el rocío del cielo à la flor agostada por los rigores del estío.

“Modesto y humilde,—el Sr. Magariños,—no aspira sino à ser el confidente y à compartir en *ciertas* horas el recojimiento y las expansiones de las almas sensibles y poéticas.”

Sin embargo, ese tomo de poesias que tenemos sobre la mesa, es algo mas que un confidente:—es un misionero lleno de fé,—cuya palabra tranquiliza el espiritu y devuelve al corazon sus ilusiones.

Leedlo y vereis abrirse vuestra alma à todas las ilusiones perdidas,—como el caliz de la flor al soplo de las auras matinales.

Pero à qué es debido el poder màjico de ese libro? me direis, vosotros, los que esclamais:

“La vida es la vida: cuando ella se acaba,  
Acaba con ella tambien el placer,  
¿De inciertos pesares porque hacerla esclava?  
Para mì no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal bora,  
O en buena, cual dicen, ¿que me importa à mì?  
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,  
Y el diablo me lleve si quiere al morir.!”

Cual es ese màgico poder? deciamos: es la fé pura del poeta,—es el sentimiento de lo bello,—la no-

cion del bien,—es la atmòsfera filosòfica en que el Sr. Magariños ha envuelto por una predisposicion de su espñritu sus composiciones mas ligeras.

No vendemos un elogio,—traducimos nuestras impresiones, con el propòsito de recomendar un libro, que en su género es de lo mas bello que ha producido la prensa americana.

*Las horas de melancolia* del Sr. Magariños, como el lucero matutino, brillan radiantes en el crepùsculo de la BIBLIOTECA: son precursoras de trabajos que haràn honor à las bellas letras sud-americanas.

Despues de haberlas leído,—nos felicitamos doblemente de que un juez tan competente se haya encargado de formar la BIBLIOTECA AMERICANA.

Descubrir tanta piedra preciosa estraviada per ahí,—reunir otras mas ò menos conocidas,—hasta formar, lo que podremos llamar, sin criticar el titulo adoptado, nuestro Mosaico literario, es una tarea que exige mucho tacto, delicadeza y buen gusto,—cualidades que reúne el autor de las *Horas de Melancolia*.

Pero ya hemos dicho que no hemos tomado la pluma para hacer un elogio,—se nos ha escapado contra nuestro propòsito.

Ademas, el mismo poeta lo ha dicho en su *Ultima página*:

“Muy pocos son los hombres,  
Cuyo loor me exalta,  
Y nunca sus aplausos  
Me infunden vanidad;

Pero ¡ay! dentro del pecho,  
El corazon me salta,  
Cuando una linda boca  
Su parabien me dà.”

No pertenecemos à *esos pocos*, ni nuestra boca,—  
es de esas que hacen *saltar el corazon*.

En cambio, decimos siempre la verdad.  
Que le place mas al poeta?—él lo sabrà.

LUCIO V. MANCILLA.

---

### Adelante.

“Confianza y no temor, á la pelea!  
“Ved que el bronce se funde con la idea.”

Tomas Gutierrez.

Nuestra esperanza de futura vida literaria empieza à convertirse en realidad. Podemos decir que nuestro siglo literario ha llegado, y que á manera del siglo de Pericles, en Grecia, de Augusto y Marco Aurelio en Roma, de Luis XIV en Francia, la literatura tendrá el suyo en Buenos Aires, que empezó á señalarse con los primeros pasos del *Ateneo del Plata*, del *Liceo*, y particularmente con la buena acogida que el público ha dispensado à los tomos impresos de la *Biblioteca Americana*, iniciada por el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.

Ya lo digimos, nada prueba mas el progreso de un pueblo que su movimiento literario, nada ofrece mayor idea del retroceso de un pueblo que la estagnacion de las letras.

La historia, ese reflejo eterno de la humanidad pasada, nos lo confirma. Y si alguna nacion ha me-

recido consignarse para lo futuro, resaltar sobre el piélagó de pueblos que han vivido en la barbarie, que han vegetado en la vida brutal, es puramente por su progreso intelectual, por sus tendencias á educar el pensamiento.

La Grecia, cuna de lo bello, sale de la oscuridad en que viven los demas pueblos que la circundan, porque dà nacimiento á los Homeros y los Hesiodos, porque escucha embelesada los cantos de los Pindaros y las Saphos, porque se doblega á la elocuencia de los Pericles y los Demòstenes, despues de castigar á los calumniadores de los Sócrates y *divinizar* el genio de los Platones.

Roma atrae por *primera vez* la admiracion del mundo que la contempla *en paz*, cuando un Octavio desde el trono tiene por amigos á los Mecenas, protege á los Virgilibios, estimula á los Horacios.

¿Y los grandes conquistadores que son medidos por sus batallas, pesados por la sangre derramada en ellas? Alejandro, el grande Alejandro viviria en el olvido, sin su maestro y amigo el colosal Aristóteles. Carlos V recuerda al mundo que en sus dominios jamás se ocultaba el sol, por la proteccion que tributó á las letras, por el empeño de ilustrar la humanidad. Y como él Alfredo, el rey pastor de la orgullosa Inglaterra, se conservará en la memoria de los pueblos por sus conquistas en la instruccion pública, como Luis XIV por sus Bossuet, Fenelon etc. Napoleon por sus còdigos, Washington y Rivadavia por el impulso moral dado á sus virgenes regiones.

El Dr Gomez ha tenido amplia razon al decirlo: “un pueblo necesita el cultivo de las letras para lla-

marse civilizado,” para marchar de nivel con los que se señalan en la carrera de los siglos.

Por eso nos alegra la marcha literaria que Buenos Aires empieza à trazarse: por eso agradecemos al Sr. Magariños su empeño y sus trabajos por escitar esa marcha, por activarla en cuanto es posible.

La *Biblioteca Americana* cuenta ya mas de cuatrocientos suscriptores en ambas orillas del Plata, y aunque ha merecido la acogida que pocas obras han conseguido, necesita nuevos auxilios para confiar en su porvenir y esperar segura sus resultados.

Ninguna publicacion de tanta importancia, si esceptuamos la *Galeria de Ilustraciones Argentinas*, se ha ofrecido al público pidiendo su proteccion.— La *Biblioteca Americana* que ha empezado con las obras del Sr. Magariños, que continúa con las del Dr. Cané, que insertará las de Gomez, Sarmiento, Mitre, Alsina, Gutierrez, Màrmol, Lopez, Dominguez, Figueroa, Tejedor, Indarte, Alberdi, y cien otros, que abarcará estudios p̄ofundos como la historia y el derecho, festivos como la sàtira, simpàticos como la novela y queridos como la poesia, es sin disputa alguna la obra que ofrecerá el continente sud-americano para luchar en el certamen de la civilizacion con las naciones del siglo.

Sus esfuerzos primeros serán débiles quizá, pero la lucha empezada traerá el estímulo, exhortará al estudio y concluirá por lo menos nivelando nuestras obras, con las obras concienzudas de los hombres de la cansada Europa.

Tenemos fé en el porvenir y alentamos en el pueblo que comienza à valorar las obras de la intelligen-

cia en su justo prez, auxiliando ò mejor dicho llevando à cabo las obras iniciadas por los que buenamente quieren impulsar la civilizacion de estas comarcas.

Concluiremos pidiendo la proteccion necesaria para la *Biblioteca Americana*, donde desde el aficionado à la novela hasta el ilustrado en el derecho y el erudito en la historia y geografia, encontrará algo que le satisfaga ò ayude en sus trabajos. Al Sr. Magariños le diremos:

“Goufianza y no temor, à la pelea!

“Ved que el bronce se funde con la idea.”

R. VARELA.

---

## No hay mal que por bien no venga.

Novela americana por el Dr. D. A. Magariños Cervantes.

La Biblioteca Americana, esa coleccion de obras de hijos del pais tan à propósito para desarrollar y dar impulso al pronunciado gusto à las bellas letras que caracteriza à la jeneracion que se forma, ha publicado el tercer tomo, de interesantissima lectura. *No hay mal que por bien no venga*, novela esencialmente local, del aventajado escritor Magariños Cervantes es una joya literaria en la que, con una sencillez de lenguaje encantador, con una naturalidad en el argumento, que desde las primeras paginas identifica al lector con los héroes de ella, se desenvuelven las mas conmovedoras y palpitantes escenas. Nada de esa ampulosa palabreria, de esa hinchazon digresiva que revelan al escritor pagado à la linea: ninguno de esos caractéres que para ser

sostenidos sin que decaigan, necesario es que sean llevados hasta la exageracion, y que á veces concluyen por deslizar en el animo del lector, que aun no tiene conciencia exacta formada del bien y del mal, un veneno letal y corrosivo: ninguno de esos tipos, refinamiento de la perversidad y del vicio, que tan esplotados han sido en la novela y que aun cuando materialmente puedan existir, moralmente no pertenecen à la especie humana; puesto que esas almas de cieno carecen de todos los atributos que la ennoblecen; de esos tipos, que quedando à veces en la novela sin el condigno castigo à que rara vez se escapa en la tierra el malvado, pueden ser susceptibles de hacer nacer en naturalezas débiles é irrespectivas apreciaciones tan inesactas como peligrosas. . . . La novela del Sr. Magariños Cervantes no solo no adolece de los inconvenientes que puede ofrecer *una mala compañía*, sino que con justicia puede decirse que es una *buena amiga* con la que no puede menos de simpatizar todo obrazon bien formado, toda alma bien templada.

Asi es que no estrañaremos ver à la aparicion del tomo próximo duplicada la suscripción à tan importante *Biblioteca*, tanto mas cuanto que aun no figuran en ella—apesar de ser numerosos—los nombres de muchos capitalistas, comerciantes y hacendados, à quienes su fortuna posibilita el procurar à sus familias lectura tan deleitosa, moral é instructiva, y de quienes es conocida la liberalidad.

El cronista de la “Reforma” celebra el grandioso porvenir que se anuncia para la Biblioteca Americana del infatigable y acreditado literato Sr. Magariños Cervantes. — MANUEL CARRILLO AGUIRRE.

La favorable acogida que ha merecido del público la publicacion que ha emprendido el Sr. Magariños, está fuera de toda duda, en vista del aviso que mas abajo insertamos.

El Sr. Magariños no puede menos que hallarse altamente complacido, pues que un resultado semejante en países en que las producciones literarias no cubren ni los costos de edicion, habla bien alto en obsequio de las aptitudes y contraccion de este amigo para ese género de trabajos.

(*Nacional de Buenos Aires.*)

---

Acaba de publicarse el tercer tomo de la Biblioteca, que contiene lo siguiente:—La auto-biografía del editor, el Sr. Magariños Cervantes; juicios literarios sobre sus obras, por los Sres. Ventura de la Vega y Eugenio de Ochoa. La novela del Sr. Magariños titulada—*No huy mal que por bien no venga*; la novela del Dr. Cané—*Una noche de boda*; la lista de los suscriptores de la Biblioteca; los artículos publicados en los diarios respecto à esta interesante publicacion, y algunas noticias y rasgos humorísticos del editor, sobre lo mismo.

Apesar de las dificultades que ofrece la falta de papel de imprenta, el Sr. Magariños cumple con su promesa. El patrocinio del público empieza à hacerse efectivo, pues ya la Biblioteca tiene 440 suscriptores.

(*El Orden.*)

---

.....  
Por nuestra parte auguramos al Sr. Magariños el

mejor resultado. Ideas tan nobles y elevadas como la suya no pueden menos de encontrar la mas favorable acogida en todos los corazones que amen las glorias de su pais. La *República* y sus redactores se honrarán en prestarle su pobre pero decidido apoyo, como periodistas y como escritores; aun cuando el Sr. Magariños hubiera prescindido de darles un lugar en el monumento literario que desea levantar á la literatura americana y en particular á la del Rio de la Plata. Los que sabemos lo que eso cuesta, y el mérito é importancia de la iniciativa, prescindimos con gusto de consideraciones de otro género. Reciba pues, el distinguido escritor oriental nuestros cordiales parabienes, y con ellos la seguridad de nuestro franco y leal concurso.

(*La República.*)

---

Es notable el interes que ha despertado el tercer tomo de la publicacion del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes: nos aseguran que desde su aparicion la suscripcion se ha aumentado considerablemente, y que la edicion se halla casi agotada. Mucho nos felicitamos de este resultado, pues la actividad é inteligencia con que el Dr. Magariños ha superado las dificultades que presenta entre nosotros toda obra literaria, merecen bien ser coronadas con un éxito brillante. La *Biblioteca Americana* tiene desde hoy gran porvenir.

(*Reforma Pacifica.*)

---

UN HURRA—Al inteligente editor de la *Biblioteca Americana* por el buen éxito con que han sido

coronados sus esfuerzos. He aquí las líneas que nos dirige, y que insertamos en este lugar para recomendar su lectura y darles mas publicidad. Pedimos á nuestros cólegas de Buenos Aires, la Confederacion, República Oriental y Paraguay las reproduzcan igualmente en sus columnas, puesto que no es solo aquí, sino tambien en esos puntos donde la *Biblioteca* cuenta una numerosa y escojida suscripcion. Dicen asi las líneas à que nos referimos.

*Biblioteca Americana*—Habiéndose agotado completamente el tomo primero, y no existiendo mas que treinta ejemplares del tomo tercero, el editor previene à sus corresponsales que le es materialmente imposible atender los nuevos pedidos que le hacen de dichos tomos; y ruega à los suscritores de Buenos Aires, cuya direccion ignora por no haberla dejado en las librerías los interesados, ó por otras causas, se sirvan acudir, si gustan, hasta el veinte del corriente à las librerías de Ledoux Perú 20, Cosme Martin, Santa Rosa 19 y medio, Lucien, Victoria 49—y Mackern, San Martin 20, únicas librerías donde hay tomos en venta y se admiten suscripciones.

Los tomos se llevan à las casas; pero es necesario prevenir en los puntos de suscripcion, ò en la administracion calle de la Defensa nùm. 9 en los altos, las mudanzas de domicilio, faltas de los repartidores etc.

Transcurrido el plazo marcado, se cubriràn los pedidos con los tomos que existen, hasta donde alcancen y no quedará un solo ejemplar en Buenos Aires.

Como cada tomo forma una obra aparte, en realidad la falta de uno ò dos ningun perjuicio ocasiona

al suscriptor; pero debemos y hemos querido ser consecuentes con nuestros primeros favorecedores y tributar este homenaje de aprecio al pueblo donde sale à luz la Biblioteca. Los suscritores tardios no pueden resentirse de una preferencia tan racional y justa, aunque redunde en perjuicio de la empresa.

Prevenimos tambien, que no nos es posible por ahora hacer nuevas ediciones de las obras agotadas, ni incurrir otra vez en el error (sin contar antes con el público) de imprimir un número tan considerable de volúmenes como hicimos con el tomo segundo. La suscripcion únicamente nos servirá de regla para aumentar ò disminuir la tirada, y en adelante, no se pondrán tomos en venta, sino despues de estar cubiertas todas las suscripciones.

El tomo cuarto està en prensa, y saldrà à luz, probablemente, dentro de quince ò veinte dias. — *El Editor.*

(*Tribuna.*)

---

Rosario Octubre 28 de 1858.

*Mi querido D. Alejandro:*

El domingo último le escribí à V. una larga y soporífera misiva q' confié inmediatamente al Correo, y supongo ya en sus manos. En ella me permitia llamarle la atencion sobre la necesidad de inclinar la juventud al estudio de la historia patria, materia sobre que V. ha trabajado con tanto empeño como buenos resultados. Siento que en el momento de escribir aquellos renglones ignorase yo los pormenores de la inauguracion del *Liceo*, porque eutonces habria

hecho justicia à los ensayos en prosa que en aquel dia solemne se leyeron con tanto aplauso de la concurrencia inteligente. El primer paso està dado. Y no solamente en aquella corporacion comienza el deseado movimiento. El *Ateneo* tambien entra en el sendero deseado bajo la direccion de Sarmiento, cuyo trabajo leido allì espero con suma curiosidad, porque el punto de arranque y las miras con que se resuelvan los hechos pasados, serà de suma trascendencia para el fruto social que el presente debe cosechar de lo que queda atras. Si se forma una escuela històrica sin bases firmes en los principios eternos y sin suficiente coleccion de hechos bien clasificados y estudiados, el resultado serà que nos llenaremos de disertaciones à priori y de conclusiones absurdas, amargadas con la sal caústica de la polémica periodistica. Y justamente es para sanar los males causados por està última, que debe tocarse llamada à lo que fuè para que el juicio imparcial de lo que hoy es ya la posteridad, lo juzgue con templanza y altura, dando à cada cosa la razon de su existencia, sin capitular no obstante con aquello que quebrantó las leyes eternas de lo bueno y de lo justo, ya con respecto à la libertad, ya con respecto à todos los demas elementos del progreso social.

Yo insisto en la necesidad de dar al estudio de la historia entre nosotros el caracter erudito y crono-

lógico: en esto consiste la mitad cuando menos de la verdad histórica. Somos demasiado inclinados à poetizar y à generalizar para que no sean necesarias esas rémoras, que dan pulso y gravedad y son las verdaderas inspiradoras por cuanto ponen al escritor en caminos nuevos. Creo, que si se examinan los sucesos de la América española (por ejemplo) con conocimiento de la manera de ser de la Península y de los fines que en la política de la metrópoli debian desempeñar sus colonias, resultarian sus hechos presentados con mas novedad que la que tienen mirados. al traves del entusiasmo revolucionario y de la reaccion de la independendencia. Tendrian mas novedad y mas verdad tambien. Tengo mis sospechas de que muchas de nuestras declamaciones contra nuestros antiguos amos son exajeradas, y que mas dispuestos hemos estado à aceptar los cargos de los enemigos de la España, que los descargos que los escritores españoles han dado sobre esas acusaciones. Al examinar, por ejemplo, las leyes dadas por los reyes católicos, (desde los que llevaron por primera vez este dictado) sobre libros é imprentas, seria oportuno tomarse el trabajo de averiguar cual era el caracter de la literatura vulgar en España durante el siglo XVI, y cuales los libros populares que abortó la prensa castellana inmediatamente despues y un poco antes que la Biblia poliglota de Cisneros. Si hoy,

cuando una de esas colmenas humanas que se llaman *colonias* viene à situarse en estos territorios independientes y es à condicion de trabajar y de poblar que son bien aceptadas, es natural que la España descubridora no mirase de buen ojo à sus hijos distraidos en el nuevo mundo con la lectura de los *cancioneros* y de los *libros de caballeria*, que antes de morir bajo la pluma de su tocayo Cervantes, ya les era vedado pasar á América para no alimentar la quijoteria. Sin embargo de estas prohibiciones, no nos hemos visto libres de la guitarra ni de los romances en que se cantan hechos de malhechores, como si fuesen proezas de heroes cristianos. Las leyes económicas dictadas para este continente podrian estudiarse tambien bajos nuevos puntos de vista. Es preciso que la verdad sea una. Y mientras tanto tenemos el fenómeno de que es positivo para los espíritus españoles lo que es negativo para nosotros. Felipe II es un monstruo decimos por acá, y mientras tanto, la severa austeridad del Escorial hace palpitar el corazon español, rememorando la vasta estension de los dominios que aquel heredó del moderno Carlo-Magno. Sobre todo lo que importa es estudiar profundamente las cosas, formar de ellas un juicio propio y no cometer à cada momento la liviana vulgaridad de representar todo lo cruel, todo lo monstruoso, todo lo absurdo con nombres propios

tomados de una historia que no se conoce. Escribo, estas últimas palabras autorizado por una observacion constante. No ha mucho que recorriendo un excelente libro, elogiado hasta por los enemigos del autor, argentino de mucho talento, vi con sorpresa que su ilustrado autor hacia del hijo de Juana la Loca dos personajes distintos, llamando al uno Carlos I y al otro Carlos V; y á ambos les daba su merecido por sus errores económicos.

He indicado lo que antecede para decirle fundando mi modo de ver, que seria una cosa gloriosa para las lecciones históricas del *Ateneo* y del *Liceo*, el emprender la obra de poner á buena luz y bajo el peso de la sana crítica nuestra historia colonial, como prenda de paz eterna con nuestros mayores y de bien para los estudios históricos subsiguientes. Faltarán ahí émulos de la gloria de Prescott? Este mismo, apesar de su circunspeccion protestante y de su inclinacion al pais en donde ha hallado el pábulo de su gloria literaria, deja mucho que decir y mucho que investigar: sobre todo no ha llegado á nuestras regiones, y si ha tocado á Pizarro y á Cortés, nos ha dejado á Cabeza de Vaca, á Solís, á Mendoza, á mil héroes subalternos egecutores de lo que á la vez les mandaba su arrojo y sus monarcas, que són otras tantas responsabilidades de que tienen que responder ante la historia.

El objeto con que tomé la pluma no es el que esta

andariega ha desempeñado echándose à correr. Querria pedirle que me enviase todas las publicaciones que ahí se hagan y que valgan la pena de leerse: y querria tambien felicitarlo por la parte activa que Vd. toma en esas lizas de la inteligencia, cuya noticia solo me llega, y tarde, por los diarios de esa ciudad.

He recibido y he leído de un sorbo su novela (1). El argumento ofrece novedad é interes. Como estilo fácil y correcto, es la mejor que conozco *escrita por los nuestros*.

No hay que desmayar: adelante! en esa Biblioteca se puede encerrar el jérmén de la vida intelectual de todo el mundo hispano-americano—de lo que fué y de lo que ha de venir. Ojalà mi deseo tuviese el poder de un huracán—que entonces iria Vd. viento en popa con su loable empresa.—Dios la salve del *Sella* de la indiferencia y del *Caribdis* de la noveleria: ambos son escollos de la familia geològica del *banco inglés*.

De un momento à otro tendré aqui mis papeles y arreglaré la compilacion que le ofrecí: si hubiese tenido esos papeles estaria ya lista, porque he gozado de dias enteramente desocupados, aunque sin estímulo para tomar la pluma.

Si los discursos y versos del *Liceo* se imprimen à

---

(1) No hay mal que por bien no venga.

parte, mándeme un egemplar: que necesito aqui de la bondad de los amigos para no acabar de enmoheceme. Suyo invariable etc.

*Juan Maria Gutierrez.*



Cerraremos esta crónica dando á nuestros suscriptores una buena noticia. El inteligente y erudito escritor D. Mariano Larsen, tan ventajosamente conocido en la República de las letras, en la actualidad director del *Liceo del Plata*, está escribiendo para la Biblioteca un interesante y curioso libro titulado:—“DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA ANTES DE COLON.” Ha prometido entregarnos el manuscrito, pronto para la impresion, dentro de tres ó cuatro meses, *sin falta*; amenos que alguna causa muy grave y justificada se lo impida. Escusamos añadir que en cuanto lo tengamos en nuestro poder, lo enviaremos inmediatamente á la imprenta.

Desde que empezó á publicarse la Biblioteca escribimos á este caballero, invitándole á que nos favoreciese con algunas páginas de su bien cortada pluma: *sus muchas y apremiantes ocupaciones y el deseo de no prometer con ligereza lo que no estuviere dispuesto á cumplir religiosamente, (son sus*

palabras testuales,) esplican su tardanza en contes-  
tarnos. Mas vale asi: le agradecemos el obsequio,  
la franqueza y la leccion.

A. M. C.

# INDICE.

	<u>Página</u>
El Editor à los suscriptores . . . . .	5
Cartas del Dr. D. Juan Maria Gutierrez . . . . .	6-288
Reseña biográfica del Dr. D. Miguel Cané . . . . .	18
Esther . . . . .	25
La Familia de Sconner . . . . .	106
Fantasia . . . . .	220
En el Tren . . . . .	230
Crònica de la Biblioteca . . . . .	236
La Novela en papel Sellado . . . . .	264
Carta del Dr. D. Vicente F. Lopez . . . . .	236
Respuesta del Dr. Cané . . . . .	271
Listas de suscriptores . . . . .	273
Opiniones de la Prensa . . . . .	277
Una buena noticia . . . . .	296



